

Los sabores de mi vida:  
memorias de cinco generaciones alrededor del fogón

Fátima García Lastra

# Los sabores de mi vida: memorias de cinco generaciones alrededor del fogón

Fátima García Lastra

Premios DEMAC 2011-2012



México, 2013

Primera edición, septiembre de 2013

Los sabores de mi vida:  
memorias de cinco generaciones alrededor del fogón  
por  
Fátima García Lastra

Diseño de portada:  
Mariana Zúñiga Torres  
[www.marianazuñigatorres.com](http://www.marianazuñigatorres.com)

© Derechos Reservados, primera edición, México, 2013, por  
Documentación y Estudios de Mujeres, A.C.  
José de Teresa 253,  
Col. Campestre  
01040, México, D.F.  
Tel. 5663 3745 Fax 5662 5208  
Correo electrónico: [demac@demac.com.mx](mailto:demac@demac.com.mx)  
[librosdemac@demac.org.mx](mailto:librosdemac@demac.org.mx)

Impreso en México

ISBN 978-607-7850-46-5

Queda prohibida la reproducción parcial o total de esta obra por cualesquiera de los medios –incluidos los electrónicos– sin permiso escrito por parte de los titulares de los derechos.

# ÍNDICE

Prólogo.....	9
Capítulo 1 .....	15
Capítulo 2.....	23
Capítulo 3.....	33
Capítulo 4.....	43
Capítulo 5.....	61
Capítulo 6.....	75
Capítulo 7.....	103
Capítulo 8.....	127
Capítulo 9.....	141
Capítulo 10.....	163
Capítulo 11.....	177
Epílogo .....	197
Bibliografía.....	205

A mi madre, Elizabeth, como un homenaje, con la ilusión de que a través de estos relatos sigas viviendo... Con todo mi amor, fuente de inspiración.

A mis motivos, tus nietos: Álvaro, Fátima, Juan Pablo,  
Leopoldo Agustín, Luisa Elizabeth y Silvia Alejandra...  
Y los míos: Mateo, Patricio y los que vengan más adelante.

A mi amado compañero: Álvaro.

## PRÓLOGO

### ¿QUÉ COMEREMOS HOY?

Disponer la comida todos los días es algo que con los años se va volviendo tedioso y, por simplificar, se cae en repetir los platillos de siempre. De recién casada me esmeraba muchísimo por probar guisos distintos, ensayar recetas laboriosas y complicadas, pero después se volvió rutina por aquello de que “con Álvaro no tengo problema, pero si hago tal cosa, a Juan Pablo no le gusta; si le pongo chícharos, a Fátima tampoco...” Total, por los hijos, con tal de que comieran, el repertorio de platos se redujo a los probados y aprobados por quienes a diario se sentaban a mi mesa.

En la actualidad, una vez que los hijos han tomado su camino, he vuelto a innovar mi menú con recetas que dejé de hacer por mucho tiempo o con otras que no había probado de las tantas que mi mamá me escribió y que, con el deseo de consentir a papá, se ponía a buscar para halagarlo. En honor a la verdad, mi mamá también gustaba mucho del buen comer, aunque ella, gracias a Carmela, rara vez entraba en la cocina, sólo en ocasiones especiales para hacer algún postre, una entrada o algo similar. Tenía verdadera pasión por las recetas y llegó a tener un acervo impresionante. Cuando le proporcionaban alguna, la experimentaba y la sometía al juicio de papá; si era de su agrado, entraba al repertorio, y si no, la conservaba en otra libreta pensando que a alguno de la familia le podría gustar; por supuesto, hubo muchísimas que no fueron sometidas a juicio. Mamá siempre respetó el derecho de autor de ese sinnúmero de recetas, junto al título asentaba la procedencia.

Su papá había nacido en la hacienda y al ser huérfano, no era de comidas elaboradas ni de celebrar nada. Pero, a pesar de ello, la abuela, más cosmopolita, disfrutaba de la buena comida y las tradiciones. Decía mamá que cuando ella era niña, en su casa no se festejaba la Nochebuena; el abuelo, como ya lo mencioné, no tenía la costumbre. Pero para el día de Navidad, la abuela disponía una apetitosa comida.

La cocina de la región campechana, su lugar de origen, es muy diferente de la de otras partes del país. La variedad de sus ingredientes va desde los autóctonos, como el achiote, por mencionar alguno, hasta los europeos: el azafrán o el queso de bola holandés cubierto de cera roja, cuyo uso se generalizó en el sureste porque los barcos que venían por palo de tinte u otras maderas lo traían como lastre entre otras mercancías. Asimismo, los piratas la enriquecieron al llevar a su puerto diversos condimentos del Caribe. En fin, es una cocina mestiza con múltiples colores y sabores.

En el año de 1929, doña Adela Lily Mena de Castro publicó el libro *Cocina campechana*, que fue un éxito en la ciudad de Campeche. Doña Lily era una persona distinguida, oriunda de ese lugar, quien había tomado cursos especiales de cocina y repostería en el extranjero. Mi abuelita le regaló a mamá esta publicación que se convertiría en su primer libro de cocina. Ambas compartían esta pasión, así que además le escribió varias libretas de fórmulas de: sopas, helados, postres y guisos... conservo una pequeña, con la pasta de color azul oscuro con vetas negras, raspada por el uso, muy peculiar, la tituló: *Guisos de mi gusto, para Chabel*. De las tantas fórmulas escritas ahí que me llamaron la atención, transcribo una por la forma en que está redactada y las cantidades especificadas todavía en reales:<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Ocho reales, un peso; cuatro reales, un tostón (50 centavos) y dos reales, una peseta (25 centavos).

## MOLE

Desde la tarde se sancocha el pavo, al otro día se fríen las presas. Se muele ajonjolí, ½ libra; 4 panes tostados en rebanadas; se muelen chiles de color, un real; tomates bastantes, ½ tablilla de chocolate de canela, almendras tostadas, cebolla y ajo, todo molido, se deshace en el caldo del pavo y se cuele, se le pone sal suficiente, se pone a hervir el caldo con suficiente manteca, hasta que esté espeso y se menea para que no se queme y luego se echan las presas.

Mamá se engarzaba como una argolla más en la cadena de esta tradición; más tarde también yo lo haría.

Ella y yo fuimos muy unidas, fue para mí la persona en quien podía encontrar la solución a cualquier dificultad que se presentara, siendo de la índole que fuera; aceptaba sus sugerencias a ojos cerrados, nunca imponía, era sutil, la caracterizaba la bondad y la prudencia.

Cuando me casé, me hizo un recetario y, en algunas ocasiones, me daba alguna más, pero cuando realmente se volcó en la escritura fue un año después de la muerte de mi papá, con el subtítulo: *Recetas que he reunido durante cuarenta años, y las dedicatorias: "Solamente mi amor por ti pudo inducirme a emprender esta 'obra romana'... En esta forma siento que te ayudo y continúo"*, inició una empresa formidable ¡doce libretas de cocina!, sí, doce, de ésas de pasta dura y con quinientas hojas, de las de La Tarjeta,<sup>2</sup> un verdadero tesoro culinario perfectamente organizado: una libreta de carnes y vísceras, dos de dulces, una más de pasteles, otra de postres navideños, ni qué decir de la de pastas, de diario y de postín, la de maíz y tortillas, y... tantas más que terminó teniendo como impulso su inmenso amor: "Para mi adorada Faty: con el deseo de ayudarte, aun después de haberme ido para siempre... Mis manos

<sup>2</sup> Papelería que fue una institución de Puebla en la segunda mitad del siglo xx.



y las horas vuelan cuando se trata de copiar recetas para ti". Esas libretas primorosas con forros alusivos y sus señalizadores son ahora mi fuente de inspiración; sí, continúa y me sigue ayudando.

Esta mañana, examinando esos recetarios, vino a mi memoria la imagen de Carmela cuando le preguntaba: "Doña Chabela, ¿qué comeremos hoy?"

Este rito se repetía diariamente, y mamá, buscando en sus libretas, disponía la comida con todo cuidado; a su vez, Carmela le pedía que leyera la receta, con eso era suficiente para realizarla con esmero. Hasta ahora que recuerdo este momento, me pregunto por qué le pedía que se la leyera, si ella sabía leer y leía mucho. Supongo que, al escucharla, se le grababa y así empezaba su rutina cotidiana: ir al mercado a comprar lo que se necesitaba para el menú del día; mientras vivimos en el centro, al mercado de La Victoria; cuando nos cambiamos de casa, al mercadito del Carmen.

Mi familia, cuando nací, se componía de papá, mamá, abuela materna —quien hacía dos años había enviudado—, un hermano: Polo; Carmela,<sup>3</sup> quien fue la cocinera de mamá prácticamente desde que se casó, y Carmen,<sup>4</sup> mi nana. Esta estructura familiar permaneció inmutable hasta que mi abuela murió; yo tenía doce años entonces. No teníamos familiares cercanos en Puebla. Mi papá era español, había radicado en Campeche, donde conoció a mi mamá. Ella era originaria de ese estado. Gustavo, mi primo, quien tenía quince años cuando murió su papá, hijo de la única hermana de mamá, vino a vivir con nosotros por una breve temporada para terminar sus estudios; más adelante, a su debido tiempo, vendrían Eduardo, Zoila y Carmen María, sus hermanos. Durante un lapso más o menos largo vivió aquí tía Estelita con su familia; ella era una prima muy querida de mamá. Algunos años después estuvieron en la casa varias primas de Campeche, sólo

<sup>3</sup> Pérez.

<sup>4</sup> Contreras Sánchez.

por cortas temporadas, porque allá no había la carrera de docente; de manera que lo reducido de nuestro núcleo familiar fomentó una gran unión entre nosotros, era mi mundo perfecto, aquel que deseaba que no cambiara nunca. El amor y cariño lo percibí a través de su actuar y esto me labró.

Gracias a la enorme confianza que fluía entre mamá y yo, fui objeto de muchos testimonios que, en su elocuente conversación, transmitía; tantas historias y anécdotas familiares o de contemporáneos; experiencias vividas en ambientes totalmente ajenos a los míos; pláticas salpicadas de emoción y cariño. Al escucharlas le decía: "Mamá, ya verás, todas estas anécdotas las voy a recopilar, las escribiré para que queden como un legado para tus nietos y los míos".

Eran los albores del siglo xxi cuando Álvaro y Juan Pablo, mis dos hijos mayores, ya habían emprendido el vuelo, y Fátima, la más pequeña, estaba a punto de hacerlo. Yo acababa de cumplir cuarenta y ocho años, la vida hacía una pausa para replantearme metas. Así fue como renació en mí la inquietud de estudiar una carrera universitaria porque estaba en deuda conmigo misma, además fue un impulso irrefrenable el deseo de aprender, saber más y la motivación para escribir estas conversaciones y ubicarlas en el contexto adecuado: cuándo, cómo y dónde sucedieron. Tenía la esperanza de hacerlo antes de que mamá nos dejara y que de viva voz, una vez más, me relatara esos extraordinarios sucesos. Lamento que no fuera así; sin embargo, ahora como un homenaje trataré de recrear, de la mejor manera posible, todo aquello que, al escucharlo, permeó en mi ser y de la misma manera que al agregar ingredientes a un guisado, me condimentaron.

Para mí la comida es un hecho preponderante, en algunos casos porque me considero de muy buen apetito y disfruto de ella; en otros, porque mamá gozaba con la búsqueda y experimentación de nuevos platillos; o porque me gusta cocinar; o porque quienes los preparaban fueron muy especiales, o tal vez porque al valorarla

me enseñaron que detrás de la comida hay más que la simple materia, citando a Adriano:<sup>5</sup>

Comer un fruto significa hacer entrar en nuestro Ser un hermoso objeto viviente, extraño, nutrido y favorecido como nosotros por la tierra; significa consumir un sacrificio en el cual optamos por nosotros frente a las cosas. Jamás mordí la miga de pan de los cuarteles sin maravillarme de que ese amasijo pesado y grosero pudiera transformarse en sangre, en calor, acaso en valentía.

En este escrito trato de plasmar fragmentos de mi entorno infantil y los relatos de mamá, como en los capítulos uno, dos, tres, cuatro y cinco, en los que es ella quien me presta su inolvidable voz para narrarlos y darles vida, así como en todas las recetas, a excepción del capítulo ocho, en el que es Carmela quien me instruye para incursionar en la cocina; en el siete, me apoyo en las cartas del abuelo Pablo; el seis y los restantes están sustentados en la memoria y conocimientos de mi hermano Polo y otro tanto en la bibliografía que él me proporcionó, así como en mis vivencias. Las recetas que los enmarcan son pertinentes, y todos tienen, como en el festín que es la vida, colorido, magia, verdad y fantasía.

<sup>5</sup> Marguerite Yourcenar, *Memorias de Adriano*, Barcelona, Planeta, 1998, p. 17.

# CAPÍTULO 1

## Fu-Fú

En casa de mi abuela Pepilla se hacía con frecuencia el Fu-Fú, le gustaba mucho, además le hacía recordar su amada tierra: Cuba... Cuando lo prepares, escoge cinco o seis plátanos machos que estén maduros, no demasiado; córtales las puntas y después pártelos en dos o tres trozos...

Siendo aún muy joven mi abuela Pepilla —Josefa del Río Cabrera—, junto con su madre y hermanos, se vieron obligados a abandonar la villa de Remedios, en la provincia de Santa Clara en la isla de Cuba, donde habían nacido; estaba por desencadenarse el primer movimiento de independencia en ese país. Su padre, Alejandro del Río y Rodríguez, formaba parte de la corriente de pensamiento que buscaba un nuevo proyecto de sociedad, la república democrática, soberana y de justicia social,<sup>1</sup> que dejara de lado el colonialismo y la esclavitud reinante, lo que ponía en peligro no sólo su vida, sino la de toda su familia. Siguiendo el consejo de su correligionario y amigo, Pedro Santacilia,<sup>2</sup> embarcó esposa e hijos rumbo a México, a excepción de Joaquín, el primogénito, con quien compartía, además de profesión, los mismos ideales y había decidido permanecer con él en Cuba.

<sup>1</sup> Eduardo Torres-Cuevas, *El proyecto independentista de 1868 y la masonería cubana*, Casa de Altos Estudios Fernando Ortiz, La Habana, <<http://dialnet.uniroja.es>>.

<sup>2</sup> Esposo de Manuela Juárez Maza, hija mayor de Benito Juárez.

Santacilia le sugirió que se establecieran en la capital del país, donde radicaban varios amigos comunes que, como él, habían sido exiliados; contarían además con el apoyo de miembros del gobierno mexicano que comulgaban con el pensamiento liberal. Sin embargo, la familia Del Río Cabrera se estableció en la ciudad de Campeche, tal vez para no sentirse tan lejos de Cuba. Es probable que esto haya sucedido algunos meses antes de que se iniciara, en 1868,<sup>3</sup> la Guerra de los Diez Años.

Mi bisabuelo Alejandro descendía de españoles canarios: Antonio Luciano del Río y Catalina Rodríguez; él había nacido en Remedios, en la calle de la Amargura —ahora lleva su nombre—, el 11 de abril de 1812. Es ahí donde realizó sus primeros estudios y más tarde se trasladó a La Habana. Ingresó en la Real y Literaria Universidad de La Habana, donde cursó la licenciatura en Farmacia.

En la universidad, yacimiento natural de intelectuales, conoció a gran parte de los iniciadores del movimiento revolucionario, personajes de inteligencia poco común y muy amplia cultura influidos por el ideario de la Revolución francesa. Como ellos, se sintió contagiado de la ideología libertaria. La Facultad de Medicina y la de Farmacia fueron el semillero de estos conspiradores.<sup>4</sup>

... los pones a hervir con todo y cáscara; ya cocidos, se pelan y muelen en metate...

Una vez concluidos sus estudios, regresó a Remedios y fundó una farmacia, la cual atendió con mucha entrega. Algunos años después contrajo matrimonio con Josefa Cabrera y de Rojas y

<sup>3</sup> 10 de octubre, Demajagua, y 3 de noviembre, el Grito de Yara. Se denomina Grito de Yara al inicio del proceso independentista de Cuba del reino de España.

<sup>4</sup> Véase <<http://www.uh.cu/historia>>.

procrearon seis hijos: Alejandro, Antonio, Josefa, Concepción, gemela de Juan, y Joaquín.

Alejandro, mi bisabuelo, era una persona de valores, muy generoso; cuando llegaba al mercado de Remedios algún cargamento de esclavos, iba y compraba, según sus posibilidades, de uno a tres, a quienes primero les enseñaba el idioma, luego algún oficio y finalmente les otorgaba su libertad, con lo que pasaban a ser libertos. Por este motivo era muy querido por la población negra de este lugar. Quienes lo conocieron hacían referencia a la nobleza de su mirada, carisma y bondad. Es precisamente la abolición de la esclavitud uno de los motivos que lo arrastraron a involucrarse en el movimiento de independencia.

... ya molidos los plátanos, se fríen ligeramente en manteca, poniéndoles antes un poco de sal al gusto, se extiende en un platón...

Algunos de sus biógrafos han escrito que en su farmacia se llevaban a cabo las reuniones con los adeptos a la causa, lugar que se tenía como centro revolucionario de toda la jurisdicción:<sup>5</sup> "Se incorpora a las filas del Ejército Libertador cubano en febrero de 1869. Es nombrado miembro de la Cámara de Representantes de la República en Armas con el cargo de inspector de las Fuerzas Armadas".<sup>6</sup> Además era diputado por la provincia de Los Remedios.

Durante el gran levantamiento de los patriotas en febrero de 1869, se encontraba reunido en una casa, cuando llegó una pareja de guardias a detenerlo, pero una sirvienta de color que trabajaba ahí lo llevó a las caballerizas y lo escondió tras un caballo que estaba echado. Al parecer, se acostó detrás del caballo y no lo vieron. Gracias a esto pudo continuar en el movimiento, no sin ser perseguido.

<sup>5</sup> Véase <<http://www.ecured.cu>>.

<sup>6</sup> Idem.

Uno o dos años después, en plena lucha, fueron copados por las tropas. Mi bisabuelo se encontraba enfermo y Joaquín, su hijo, lo llevaba en brazos. Los soldados le dispararon en los pies a Joaquín para detenerlos, y fue así como los llevaron presos. Al bisabuelo Alejandro, al ser registrado, le encontraron el pliego que lo acreditaba como inspector de las Fuerzas Armadas de la República en Armas. Fue enviado a Remedios para ser fusilado. Él era una persona muy respetada, por lo que le ofrecieron su libertad si abjuraba de sus ideas. No lo aceptó; hasta el final fue congruente con su ideal. Trataron de impedir su muerte cubanos y españoles que simpatizaban con la causa, pero no lo lograron y el 10 de octubre de 1872 fue fusilado en esa villa. Joaquín, su hijo, fue condenado a quince años de prisión, de los que purgó diez en Ceuta, África,<sup>7</sup> y cinco en Málaga, España. Una vez transcurrido este tiempo, regresó a Cuba, donde se casó, pero no se volvió a saber nada de él.

... La carne de res o cecina [ésta muy similar a la machaca, tal vez más seca que la cecina que conocemos, por ese motivo tenía que hervir] se pone a hervir para que ablande y se muele o deshebra...

Cuando la familia Del Río Cabrera iba a abandonar Cuba, el bisabuelo Alejandro le entregó a mi bisabuela una insignia, una estrella de cinco picos, elaborada con oro y cada punta de un color de esmalte diferente: amarillo, verde, rojo, blanco y azul, y en el

<sup>7</sup> Es probable que no haya sido Ceuta, sino la isla Fernando Poo, Guinea Ecuatorial, que era el presidio político: "Allí en las canteras guardaron prisión también los profesionales de la salud de aquella época, que cambiaron el instrumental médico por el machete [...] Entre los deportados figuraban diez médicos, dentistas y farmacéuticos, que fueron trasladados a su lugar de destino a bordo del buque San Francisco de Borja. Ellos fueron [...] Joaquín del Río, farmacéutico de Remedios de treinta y ocho años". Véase <<http://www.uvs.sld.cu>>.

centro tenía varios símbolos. Le dijo: “Si en algún momento te encuentras en un aprieto, sólo con enseñarla a algún masón, te ayudará”. En la familia nunca se asumió que el bisabuelo fuera masón. La versión transmitida era que un masón de alta jerarquía a quien él había ayudado se la dio en señal de agradecimiento; años más tarde, mi mamá me confesó en secreto que la insignia perteneció al bisabuelo: “Por diversas fuentes podemos conocer que, para ser iniciado en la conspiración, era necesario militar en el GOCA (Gran Oriente de Cuba y las Antillas)”<sup>8</sup> y también ahora sé que: “De los quince asambleístas, trece eran masones”<sup>9</sup>.

... primero se fríe cebolla picada, después se agrega la carne, se le pone una cucharada sopera de buen vinagre, se sazona con sal y pimienta; se cubre con esto la capa de plátano...

En el año de 1944, mi mamá donó al museo de Remedios, José María Espinosa,<sup>10</sup> una carta que, horas antes de su fusilamiento, el bisabuelo Alejandro le escribió a la bisabuela Josefa, en la que se despedía de ella y sus hijos; les pedía que siempre fueran coherentes con sus ideas, mantuvieran una conducta ética y moral y nunca se olvidaran de los desvalidos y necesitados; además le reafirmaba lo orgulloso que se sentía de morir por una causa tan noble. La noticia de la donación salió publicada en un periódico local de Remedios llamado El Faro: “Valiosa donación hecha al museo de Remedios, por la señora María Zuluaga, de Campeche, México [...] una carta autógrafa de don Alejandro del Río y Rodríguez, escrita poco antes de su muerte. Fue entregada a la Dirección

<sup>8</sup> Eduardo Torres-Cuevas, op. cit.

<sup>9</sup> Gustavo Pardo Valdés, La masonería en Cuba, <<http://www.visionmasonica.org>>.

<sup>10</sup> En la actualidad se llama Museo Municipal de Remedios Francisco Javier Balmaseda.



del Museo por el doctor Manuel Pérez Abreu, comisionado de la distinguida donante, nieta del ilustre patriota remediano...”

Al llegar a Campeche, mi bisabuela y sus hijos establecieron una factoría de puros. Tenían fama los puros cubanos, y con ellos trajeron gente que sabía elaborarlos; es probable que hayan sido mujeres.<sup>11</sup> Sin embargo, no dejaron de encontrarse con ciertas dificultades; la bisabuela intentó hacer uso de la insignia que trajo consigo, pero en Campeche nadie supo de qué se trataba, tal vez en la capital hubiera sido diferente, porque en esos momentos allí se encontraban en plena efervescencia las logias masónicas.

Alejandro, el mayor de los hijos que vinieron con ella, era abogado y no pudo ejercer porque desconocía las leyes de México, pero como tocaba el piano y la guitarra muy bien, se dedicó a dar clases de música. Antonio, el segundo, era médico y no tuvo problema. Juan murió niño. Concha, a quien de cariño le decían Conchanquito, quedó soltera y vivió hasta su muerte con mis abuelos Pepilla y Joaquín Zuluaga.

Es muy probable que la tía Concha haya sido quien heredó el cariz generoso de su padre. De niña, aún muy pequeña, cuando le daban alguna golosina, ponía la mitad en un palito y, estirando el bracito al cielo, en voz alta decía: “Toma, Juan”, ofreciéndolo a su hermanito gemelo, quien ya había muerto. De joven regalaba todo lo que poseía entre las personas necesitadas. De repente se encontraba con que ya no tenía qué ponerse, por eso con frecuencia Pepilla la reabastecía de ropa y calzado. Como era costumbre, durante la cuaresma había quien realizaba alguna forma de penitencia, Conchanquito optó por dejar de tomar agua en el día, algo complicado para el clima tropical. Pepilla la reprendía porque consideraba que eso podía dañar su salud: “¡Concha, no hagas eso, te vas a morir!” Concha fue una mujer piadosa y buena,

<sup>11</sup> El atractivo principal del puro era que, al final de su elaboración, el tabaco lo enrollaban las cubanas sobre su muslo desnudo.

muy cariñosa con las sobrinas; de la misma forma, ellas siempre la quisieron mucho.

... Para preparar la salsa que irá encima de la carne se pica cebolla, jitomate y chile, si se desea picante...

Con la familia de mi abuela Pepilla vino sólo una doncella negra que había sido esclava, llamada Caridad. Toda la servidumbre quería viajar con ellos, pero dadas las circunstancias en que salieron, no fue posible. Pepilla nos platicaba que entre los sirvientes que se quedaron en Cuba había otra doncella negra, de nombre Poncia que, al parecer, por los tatuajes que tenía, fue una princesa en su tribu. La enseñaron a peinar a toda la familia y, en algunas ocasiones, cuando había fiesta, hasta la esposa del gobernador de Remedios solicitaba los servicios de Poncia para que la arreglara; también sabía encañonar<sup>12</sup> y realizaba algunas labores sencillas, pues trataban de respetar su rango. Los mozos y trabajadores que se quedaron en Cuba lloraron mucho por no poderlos acompañar a México, y una vez que la familia dejó la casa, salieron huyendo.

Pepilla se casó en Campeche con Joaquín Zuluaga Clausell. Algunos años más tarde regresó a su país natal, junto con su hermana Concha, llevando a sus dos hijas mayores: María, mi mamá, tenía ocho o diez años y Estela uno menos. Cuando desembarcaron en el muelle de La Habana, ya se había corrido la voz de que las hijas de don Alejandro del Río iban de visita, y un grupo copioso de población negra se presentó a recibirlas. Al bajar del barco, se acercaron a ellas y les besaban la orla del vestido en señal de gratitud y cariño por lo que había hecho su padre.

<sup>12</sup>Encañonar: componer o planchar una cosa formando cañones; como las vueltas almidonadas. Diccionario Enciclopédico Espasa, t. 10, Madrid, Espasa, 1979, p. 533.

En 1898, Pepilla, con sus cuatro hijas y Concha, su hermana, asistieron como invitadas a la ceremonia de Independencia en La Habana. En el acto oficial, mientras se arriaba la bandera de España, el soldado español a cargo cayó muerto como consecuencia de un ataque al corazón; esto le imprimió dramatismo y mayor emotividad al momento. Cuando izaron la bandera de Cuba, expresaban que para ellas el momento de mayor alegría fue al comprobar que la muerte de su padre no había sido en vano.

El bisabuelo Alejandro ha sido calificado por la historia como un prócer; sin embargo, esto no consoló jamás a Conchanquito, quien, refiriéndose a su padre, decía: "Un héroe no es más que el último escalón en el que se impulsan otros para triunfar".

Mi abuela Pepilla no era una mujer bella, pero sí muy distinguida, de cuello muy largo y de figura esbelta, poseía una gran personalidad. Con el inexorable paso de los años, engordó; motivo por el cual mi abuelo Joaquín le decía: "Pepilla, yo que me casé contigo porque parecías una palmera y te me convertiste en una mata de mango". Sin embargo, su arreglo era elegante y poseía gran gusto por las joyas. Cuando hablaba de sus recuerdos de jovencita, hacía mención especial de sus visitas a La Habana. Comentaba que le gustaba salir con su nana al mercado y contemplar con enorme curiosidad las alhajas que salían a vender las mulatas en unas jícaras enormes, producto del robo de los filibusteros que asediaban la isla; como ellos no podían hacerlo, mandaban a sus mujeres a ofrecer la mercancía mal habida en sus atracos. Durante la Revolución mexicana, Pepilla se mandó a hacer una especie de chaleco largo, con muchas bolsitas ocultas, donde guardaba todas sus prendas; lo usaba diario, por si llegaban a asaltar su casa o la tienda, nadie podía imaginar que encima llevaba sus bienes.

... se sancocha la cebolla, luego el chile, se le agrega el jitomate, se deja sazonar hasta que esté chinito, se le da su punto de sal y cuando está lista, con esta salsa se baña la carne y el plátano.

## CAPÍTULO 2

### POLLO ESTOFADO

Observa cómo en el estofado campechano se reflejan todas las culturas que enriquecieron la cocina de mi tierra; se acostumbra servir para los días de fiesta, lo mismo puedes hacerlo con lomo de puerco, tortuga, patillos de mar, gallina o cualquiera otra ave; mi preferido es el de pollo, tal vez yo debía haber sido un zorro de monte y por eso me encanta.

Los ingredientes que lleva son: pollo en piezas o la carne que se desee; aceitunas, pasitas y almendras, al gusto; jitomate, cebolla y ajo, todo asado; azafrán, sal, canela y pimienta negra molida; vino jerez y vinagre...

Mi abuelo Joaquín Jesús de la Santísima Trinidad nació en Campeche<sup>1</sup> y fue el mayor de seis hermanos.<sup>2</sup> Sus padres fueron José Zuluaga<sup>3</sup> Gutiérrez, español vasco, y Francisca Clausell y Couto, campechana. Su abuelo materno,<sup>4</sup> catalán, era armador de barcos en el puerto de Campeche, y me parece que este parentesco lo compartía con Joaquín Clausell, el relevante pintor impresionista de origen campechano. En mayo de 1861, cuando cumplió los veintiún años, al abuelo Joaquín Zuluaga, además de la mexicana,

<sup>1</sup> En 1840, aproximadamente.

<sup>2</sup> Ana, José, Manuel, Carmela y Fernando; éste último, hijo póstumo.

<sup>3</sup> Originalmente Zuloaga, con el pasar de los años y a fuerza de escucharlo así, se transformó en Zuluaga.

<sup>4</sup> Francisco Clausell Rosell.

le fue otorgada la nacionalidad española por el consulado de España asentado en ese puerto del sureste mexicano, dando fe de ello el vicedónsul don Vicente Ferrer.

El abuelo, aún adolescente, fue enviado por su padre a Estados Unidos para realizar estudios superiores, iniciando con el bachillerato. Se dio de alta en el St. Charles College, institución jesuita ubicada en Springfield, Illinois, cerca de Chicago.

Al terminar el bachillerato, inició la carrera de comercio; cuando cursaba el tercer año y después de haber radicado allá cinco, murió su padre. Esta circunstancia lo obligó regresar a Campeche para hacerse cargo de los negocios que aquel había fundado: las tiendas El Brazo Fuerte. Dos establecidas en la ciudad de Campeche: una en el barrio de San Francisco, que era estratégica para recibir las mercancías procedentes del extranjero, en especial de Europa, y la otra dentro de la muralla, en la calle 10; una más en la villa de Palizada, Campeche, la más importante en la región de los ríos<sup>5</sup> y la Laguna de Términos, desde donde se distribuía a las demás y otra en Jonuta. No tengo la seguridad de si también había una tienda en Tenosique, cerca de la frontera con Guatemala, o si únicamente se instalaban durante la feria del lugar. Estas dos últimas eran en el estado de Tabasco.

Además de colocarse al frente de los negocios, quedó como cabeza de familia. Él, junto con su madre, tomaba las decisiones importantes relacionadas con los hermanos.

José había ido a estudiar medicina a París, en la Sorbona. La profesión lo sobrepasó, cada vez que tenía que asistir a una disección, no podía dominar la repugnancia que le causaba e invariablemente vomitaba. Al morir su padre, regresó a Campeche, abandonó la idea de ser médico y le abrieron una tienda en el

<sup>5</sup> Se conoce así a una zona específica que abarca territorio de los estados de Campeche, Chiapas y Tabasco.

centro de la ciudad, frente al parque. Tiempo después contrajo matrimonio con Adela Lapierre, una mujer muy bella de ascendencia francesa.<sup>6</sup>

... el pollo se prepara con vinagre, pimienta y sal. Se dora y se aparta, ahí mismo freír las minestras<sup>7</sup> asadas, ligeramente molidas...

Ana se casó con Anacleto Gutiérrez, un español radicado en Campeche, vivieron ahí un tiempo y después se fueron a Cuba. No tuvieron hijos. Anita profesó enorme cariño y simpatía por las sobrinas Zuluaga del Río, se identificaba mucho con mi abuela Pepilla, las prefería a las Zuluaga Lapierre.

Manuel se casó en Campeche y tampoco tuvo familia.

A Carmelita la pretendía Manuel Quintana, una persona a quien mi abuelo Joaquín no conocía, motivo por el cual lo mandó a investigar y pedir referencias de él en España, su país de origen. Resultó ser un buen hombre que, al enterarse de esto y contarlo a Carmelita, se ofendió mucho. Los hermanos se distanciaron. Ella y Manuel se casaron y se repetía la historia: no tuvieron descendencia. Debido al disgusto con Joaquín, Carmelita se sentía más inclinada por las Zuluaga Lapierre, decía que eran las sobrinas más bonitas y no simpatizaba con las Zuluaga del Río.

Fernando, el más pequeño, quien fuera hijo póstumo, y por lo tanto muy consentido de la madre, hermanas y cuñados, no fue más que un señorito elegante, muy bien parecido y distinguido. En algún momento, a la abuela Francisca y a las tías les surgió la peregrina idea de casarlo con la sobrina consentida: mi mamá, pero cuando la abuela Pepilla se percató de sus intenciones

<sup>6</sup> Su padre vino a México con Maximiliano. Más tarde se estableció en Hecelchakán, Campeche, donde instaló una panadería.

<sup>7</sup> Voz italiana que significa menestras; los aliños que se le agregan al guisado.

durante un viaje a La Habana, puso tierra de por medio. Fernando murió muy joven, sólo tenía treinta y ocho años; supuestamente de cólico miserere.<sup>8</sup>

Joaquín, una vez establecido de nueva cuenta en Campeche, reanudó amistad con Joaquín Baranda y Quijano<sup>9</sup> y con Joaquín Gutiérrez McGregor, quienes además eran sus vecinos. Ellos eran los “tres Joaquines”, así les llamaban, solteros codiciados por las jóvenes casaderas campechanas.

El abuelo era guapo, con un bello perfil que más adelante heredaría mi mamá; muy vanidoso, le gustaba mucho retratarse; carismático y elegante, un hombre con una vasta cultura que además hablaba inglés y francés.

Varios años más tarde conoció a Josefa del Río y Cabrera, con quien, después de un noviazgo no muy largo, contrajo matrimonio. Joaquín y Pepilla se instalaron en la casa de doña Francisca Clausell, madre de él, que se encontraba en la planta alta de la tienda de la calle 10, en el barrio de San Román; ésa había sido su casa desde que se casó y donde él vivía con su madre. La tía Concha y el tío Antonio del Río se alojaron con ellos. Doña Francisca era una persona autoritaria y dominante; ahí no se colgaba ni un cuadro sin su autorización.

Pepilla y Joaquín habían procreado dos niñas: María del Buen Viaje,<sup>10</sup> mi mamá, y Josefa Estela. Cuando Adrián, el encargado de las tiendas de Palizada y Jonuta, murió de viruela, mi abuelo sintió la necesidad de trasladarse allá para atenderla, al menos mientras encontraba a una persona de confianza que lo hiciera.

<sup>8</sup> Cuando exhumaron su cadáver descubrieron, en el sitio donde se encuentra el hígado, un sinnúmero de pedruscos.

<sup>9</sup> Quien fuera nombrado ministro de Justicia y de Instrucción Pública por el entonces presidente de México, don Manuel González, puesto que desempeñaría durante dos décadas con don Porfirio Díaz.

<sup>10</sup> Advocación de la virgen patrona de San Juan de los Remedios, Cuba, tierra natal de Pepilla.

Supongo que la abuela Pepilla debió haber brincado de alegría al ver la oportunidad de salir de la casa de su suegra.

Palizada era un importante puerto fluvial, ubicado en un afluente del río Usumacinta y con el mismo nombre, la principal población que la laguna de Términos ligaba con Ciudad del Carmen, lugar desde el cual se exportaba a Europa el palo de tinte:<sup>11</sup> “Las oficinas principales de la compañía francesa que compraba y exportaba el palo de tinte estaban en Palizada...<sup>12</sup> Toda esa zona de ríos y canales tenía enorme relevancia comercial. Campeche estaba decayendo en ese rubro; los yucatecos fundaron el puerto de Sisal y, más adelante, Progreso, situación que acarrió una dificultad más al roce que ya existía entre ambas entidades. Por estos puertos los yucatecos empezaron a exportar henequén, el oro verde, y dejaron de usar el puerto de Campeche para sus embarques.

... ya que esté sofrito, se agrega el pollo dorado, una taza y media de agua caliente y vino jerez...

El abuelo Joaquín, además de la tienda, se dedicaba a la exportación de pieles de lagarto y plumas de garza a Estados Unidos y Europa, mercancías que recolectaba en esa zona a través de la constante circulación de las múltiples embarcaciones que movían productos diversos por el río. Mi abuelo encontró mayor oportunidad de hacer negocios y aprovechó para establecerse ahí, lugar donde nacieron sus dos hijas pequeñas: Sara y Josefina.<sup>13</sup>

<sup>11</sup> Con el palo de tinte o tinto se producían colorantes de diversos tonos, según el procedimiento empleado. Por su dureza también se usaba para elaborar durmientes de ferrocarril. En los albores del siglo xx se empezaron a fabricar anilinas sintéticas, lo que hizo decaer el comercio de las tinturas naturales.

<sup>12</sup> Francisco Lastra Lacroix, *Crónicas para no olvidar*, México, ed. de autor, 2008, p. 16.

<sup>13</sup> Fina.



Por esta época recibió la invitación de su entrañable amigo Joaquín Baranda para colaborar con él en la capital del país, ya que era una persona muy preparada, pero el abuelo no aceptó. Tenía sus propios negocios, bastante prósperos, y en aquel momento ya habían nacido sus cuatro hijas, por lo que consideró riesgoso para ellas llevarlas a vivir a una ciudad tan grande y llena de peligros como lo era México. Decidió quedarse con su familia, a vivir definitivamente en Palizada, la cual transitaba por su mejor momento.

La casa de Palizada se ubicaba a la orilla del río, junto a una casa de altos que era un hotelito. La primera puerta junto a esta construcción era la sala de mi abuelita Pepilla, tenía una reja de fierro y una ventana de madera con rejillas que se abría como puerta. Las puertas de madera siempre estaban abiertas y la reja, cerrada. En la parte superior de cada una de las hojas de la reja había una letra, al cerrarla, en el centro, a manera de remate, se distinguían las iniciales JZ.

Seguían los dos portones de la tienda del abuelito Joaquín; en la trastienda, mi abuela había hecho colocar un pequeño catre donde ella se recostaba cuando de madrugada se levantaba mi abuelo a recibir los productos que le llegaban, de esa forma le hacía compañía. Después venía el zaguán, por donde entraba y salía la mercancía, el cual, una vez que murió mi abuelo, clausuraron por detrás con madera y se lo rentaron a don Ángel, el Canario; le decían así porque era originario de las islas Canarias, de oficio carnicero y guardaba la carne en ese lugar porque era fresco. El alquiler lo pagaba a mi abuelita con sus productos.

... a medio cocimiento, añadir pasitas, aceitunas y almendras peladas, el polvo de canela y el azafrán disuelto en agua hirviendo...

En el interior de la casa había un hermoso patio enladrillado con arriates, mi abuelita tenía sembrado un árbol de maculis, que cuando florecía parecía de encaje y despedía un delicioso aroma

a miel. Ahí, en ese patio, cuando llovía, se formaban unos charcos enormes donde a Chole y a mí, nos encantaba chapotear, mientras mi abuelita Pepilla ponía el grito en el cielo porque andábamos descalzas y mojándonos.

Los cuartos y la cocina daban hacia el patio. En el cuarto de mi abuelita Pepilla, frente a su cama, había dos cuadros, dos enormes litografías, una de un Cristo y la otra de la Inmaculada Concepción; frente a ellos ardía siempre una lámpara de aceite. El Cristo fue un regalo de sus cuñadas: Ana y Carmen, y la virgen, regalo de su suegra cuando nació mi mamá. Esta misma Inmaculada es la que ella me regaló y que yo te di el día que te casaste.<sup>14</sup> Cuando mi mamá me lo entregó, le tuve que hacer algunas reparaciones y recortes, estaba toda picada porque, con los años que estuvo cerrada la casa de la abuelita Pepilla, casi se lo acabaron las polillas, ésa es la razón por lo que ahora es nada más un medallón.

Después de la casa Zuluaga y El Brazo Fuerte, seguía La Siempreviva, tienda y morada de los Cabrales, propiedad que mi abuelo les rentaba y más tarde le comprarían.

El abuelo entabló una buena amistad con el doctor Lafont, médico de la compañía francesa que comerciaba en Palizada el palo de tinte. Era un personaje muy interesante con quien mi abuelo disfrutaba practicando su francés. Era también muy culto y conocedor de una serie de prácticas muy peculiares, algunas útiles, como la de usar la caseína de la leche cortada para agregarla a la pintura de cal a manera de pegamento; con esto pintaba su casa y perduraba más que la común. También tenía la costumbre de vaciar el queso de bola holandés por un pequeño orificio y dejar la costra; posteriormente, ésta la rellenaba de vino, no recuerdo de

<sup>14</sup> Este cuadro tiene en la parte posterior un escrito que dice así: "1874 Francisca Clausell viuda de Zuluaga a Josefa del Río de Zuluaga; a María Zuluaga de Lastra; a Elizabeth Lastra Zuluaga al ingresar en la Congregación Mariana de San Luis Gonzaga el año 1934, 21 de marzo; a Fátima García Lastra el 7 de junio de 1975 cuando se casó con Álvaro De Velasco Rivero".

qué clase, lo dejaba fermentar tapado y, al cabo de un tiempo, le comía a cucharadas todos los gusanos que se habían formado. El abuelo Joaquín jamás se atrevió a probar lo que el doctor Lafont consideraba un manjar de dioses.

Mi abuelo se sentía de lo más orgulloso de sus hijas. Durante la comida mi mamá tocaba el piano o la guitarra, a veces tía Estela la acompañaba cantando, lo que hacía muy bien. Mariquita decía haber sido la consentida de su papá porque tenían mucho en común.

Cuando por las tardes se sentaba en la sala de su casa rodeado de sus hijas, Joaquín comentaba:

—Qué preciosa y adornada se ve mi sala con mis cuatro hijas, ojalá así permanezca y no venga nadie a llevárselas...

A lo que la tía Concha le replicaba:

—Sí, muy bonita, y todavía más cuando dentro de unos años estén sentadas cuatro solteras cotorras cabeceando... —comentario que le hacía bromeando para que no se le fuera a ocurrir de verdad impedirles casarse.

Los cuñados del abuelo, Anacleto y Manuel, se asociaron y decidieron instalar una cordelería en La Habana con el dinero de las esposas. Las dos familias se fueron a vivir a Cuba y se llevaron con ellas a su madre y a Fernando, aún adolescente. En la ciudad de Campeche ya no quedaba familia. José y Manuel ya habían muerto y Joaquín vivía en Palizada, razones suficientes para que la bisabuela Francisca aceptara viajar con ellos a La Habana.

... si la salsa está un poco suelta, se espesa con polvo de galletas de soda. En caso de desearlo dulzón, agregar una cucharada de azúcar...

La tía Carmelita Zuluaga enviudó. La familia empezó a insistirle en que se casara de nuevo porque, si moría el tío Anacleto, ¿quién iba a ver por los negocios familiares? Ella no lo deseaba, pues decía haber vivido enamoradísima de Manuel,<sup>15</sup> su primer

<sup>15</sup> Quintana.

esposo; sin embargo, se casó por segunda vez con otro Manuel, Escudero Rascón, caballero español muy acaudalado, pero tampoco tuvieron hijos. De nueva cuenta enviudó. Anciana y sola —ya habían muerto su madre y hermanos—, regresó a la ciudad de México a vivir con las sobrinas Zuluaga Lapierre, que radicaban en la capital, hasta que un sobrino, Roque Escudero, hijo de un hermano de su segundo esposo, la convenció de regresar con él a Cuba. Él sería el heredero de la fortuna de la familia Zuluaga.

Mi abuelo Joaquín murió en Palizada a consecuencia de una infección generalizada por una inyección mal puesta; todavía no cumplía los setenta años.

La familia Zuluaga Clausell desapareció de Campeche. De hecho, el apellido Zuluaga se extinguió, los varones murieron muy jóvenes o sin descendencia. Cuando regresó mi mamá a Campeche, se encontró a Santiago, quien había sido un fiel empleado de mi abuelo Joaquín. Era un español que había llegado de niño en un barco y que había crecido en casa de los Zuluaga, por lo que, al referirse a él, le decían “Santiaguito, de casa de los Zuluaga”.<sup>16</sup> Al visitarla, le dijo muy apenado que iba a pedirle disculpas porque, a pesar de sus ruegos, sus dos hijos habían decidido adjudicarse el apellido Zuluaga. Decían que, al fin y al cabo, ya no había nadie en Campeche que se llamara así, ni quien les reclamara y a ellos les gustaba. A Santiago le parecía una falta de respeto, pero no hubo poder humano que los hiciera cambiar de opinión y se lo dejaron. Mi mamá le contestó que no se mortificara por eso, ya que no tenía la culpa. Ella decidió no darle importancia.

... se sirve solo con sus minstras, si se desea se le puede acompañar con arroz blanco o amarillo.<sup>17</sup> ¡Delicioso!

<sup>16</sup> Esta referencia se fue abreviando hasta quedar como Santiago ca'Zuluaga; posteriormente, como Santiaguito los Zuluaga.

<sup>17</sup> Preparado con azafrán.

## CAPÍTULO 3

### TAMALES COLADOS

Compras un kilo de masa de nixtamal, la diluyes en agua con la mano, aproximadamente dos litros, una vez desbaratada, como un atolito ligero, se cuele a través de una manta de cielo o cedazo, esto es lo que hace que quede muy fina la mezcla; se deja reposar...

José Felipe, tu bisabuelo, hombre de cabello y ojos claros, alto y apuesto, era descendiente de José Eusebio Sainz de la Lastra, un personaje de gran carácter, voluntad y constancia, con alto sentido del honor y muy altivo.

José Eusebio era hijo, no primogénito, de un noble español, y por lo tanto sin derecho a herencia conforme a la ley española del mayorazgo. Se educó en la Real Armada española. Como capitán de alta graduación, capitán de mar y guerra, y habiendo obtenido una merced real,<sup>1</sup> vino a América<sup>2</sup> en la segunda mitad del siglo XVIII para fundar poblaciones que consolidaran el poder español ante el peligro que representaba la penetración de los ingleses a partir de la laguna de Términos, de la cual habían sido expulsados

<sup>1</sup> España vivía en esos momentos una precaria situación económica que le dificultaba mantener alejado al enemigo de sus posesiones. Con la iniciativa de fundar una ciudad para la Corona, ésta pagaba con una merced real y permitía, a quien se le otorgaba, explotar las riquezas del lugar para sacar los costes, mantener su destacamento militar y hacer fortuna.

<sup>2</sup>“Al igual que dos de sus hermanos, Antonio se establece en Cuba y Diego toma rumbo a Tampico; en la huasteca potosina viven sus descendientes”. Véase <<http://www.catazaja.gob.mx>>.

pocos años antes. También existía enorme interés de encontrar para Guatemala una salida al Golfo de México.<sup>3</sup>

Recuerdo haber oído en mi juventud que todavía se conservaba, y obraba en poder de la rama familiar que heredó El Tintillo,<sup>4</sup> la hacienda de José Eusebio, la espada y uniforme de grado de la armada borbónica española, atributo de su categoría y mando, y que habían sido mantenidas por más de ciento cincuenta años como reliquias, con fervor y veneración, por sucesivas generaciones de Lastras.

... cuando la masa se haya asentado en el fondo del recipiente, se le tira el agua...

José Eusebio entró a América por Guatemala, de donde pasó a Chiapas y fundó el pueblo de Playas de Catazajá.<sup>5</sup> Fue toda una hazaña cruzar la sierra de Guatemala por estrechas veredas lodosas en las altas montañas cubiertas de bosques de pinos, donde el frío estremece y a ratos el camino es tan angosto que únicamente puede circular un solo hombre a la orilla de precipicios interminables. Más adelante, al descender los montes, cerca del nivel del mar, se topó con ríos caudalosos y la jungla, su maleza, el sofocante

<sup>3</sup>"El lugar donde hoy está el pueblo de Catazajá, desde épocas prehistóricas fue un paso por donde existía la comunicación fluvial de Palenque hacia la costa del Golfo de México". Idem.

<sup>4</sup>"Don José Eusebio fundó también la finca El Tintillo a orillas de la laguna del mismo nombre, en el municipio de Catazajá. En la ribera de ambas lagunas, Catazajá y El Tintillo, crecía la selva, de la que una amplia franja era de palo de tinto", F. Lastra Lacroix, op. cit., p. 15.

<sup>5</sup>"Los primeros asentamientos humanos son de origen maya. En el siglo XVIII fue fundada la Villa de Playas de San José de Catazajá por el capitán de armas español José Eusebio Sainz de la Lastra, quien estableció el corte del palo de tinto". Los municipios de Chiapas, México, Centro Estatal de Estudios Municipales/Secretaría de Gobernación/Gobierno del Estado de Chiapas (col. Enciclopedia de los Municipios de México), 1988.

calor y la lluvia tropical.<sup>6</sup> El poblado era y es aún muy pequeño; se asentó en medio de la densa selva, entre ríos y pantanales, cerca de la nada, a orillas de la laguna del mismo nombre. Catazajá es como una península que entra en la laguna. A él se accedía de dos formas: desde la ciudad de Guatemala,<sup>7</sup> a través de las altas montañas y los continuos y caudalosos ríos de la zona; o bien desde el mar, por alguno de los grandes brazos del Usumacinta que desembocan en la laguna de Términos o en el litoral de Tabasco, en la zona de los pantanos de Centla. La población relativamente más cercana era Palenque, en el estado de Chiapas, donde termina la sierra y se domina toda la planicie tabasqueña, dependiente en aquel entonces de la Capitanía General de Guatemala.

... El medio kilo de manteca se pone a calentar con un diente de ajo, cuando está disuelta, se retira el ajo y se vierte sobre la masa, se revuelve muy bien, se prueba de sal y se añaden las hojas de epazote picadas...

Desde ahí, el apellido Sainz de la Lastra se difundió en la región en que confluyen los estados de Chiapas, Tabasco y Campeche. Éste fue simplificado posteriormente en Lastra; es probable que esto haya sucedido por la influencia de los afanes antinobiliarios producto del momento independentista.

Él se casó en primeras nupcias con Rosalía Maricci,<sup>8</sup> dama italiana<sup>9</sup> de Palizada, y tiempo después, con Fructuosa Garrido

<sup>6</sup> Estos lugares son los mismos donde siglos atrás Hernán Cortés se perdió de camino a Las Hibueras (1524-1526).

<sup>7</sup> La ciudad de Antigua fue destruida por un terremoto en 1773, y la fecha probable de la fundación de Playas de Catazajá es 1798. No se puede precisar si ya estaba en funciones la ciudad de Guatemala o todavía se despachaba en Antigua.

<sup>8</sup> Existe la presunción de que el apellido Maricci se transformó, con el correr de los años, en Marín.

<sup>9</sup> En la época de los borbones llegaron muchos italianos.

Calderón, nieta del descubridor de las ruinas de Palenque, don José Antonio Calderón, teniente de alcalde mayor del Partido de Palenque.<sup>10</sup> Con Rosalía procreó dos hijos: Felipe y Agustín; este último contrajo matrimonio con Rosario Araoz, natural de Campeche, y tuvieron varios hijos. El más pequeño, José Felipe, fue mi abuelo.

Todavía soltero, José Felipe Lastra Araoz vivía con su madre en El Rosario, la hacienda de la familia. Adelante de El Rosario se encontraba la hacienda de Agustín, su hermano, quien estaba casado con Rosalía, originaria de Tabasco. Con alguna frecuencia, la madre de Rosalía y Adela, su hermana, iban a visitarla. El padre estaba ciego y por tal motivo no viajaba con ellas. Su familia radicaba en Montecristo;<sup>11</sup> el camino hasta la hacienda de Rosalía y Agustín era muy largo y fatigante, pues se hacía por río, en medio de la selva tropical en pequeñas embarcaciones que tenían una parte cubierta con palma apoyada en dos arcos de varas y travesaños de madera que le daban una apariencia curvada similar a las carretas del oeste. Se embarcaban en la madrugada para evitar los candentes rayos del sol, pero cuando ya resultaba tortuoso continuar, se detenían a refrescar y descansar en El Rosario, que estaba de camino. Ahí pernoctaban y, al día siguiente, o varios después, seguían el viaje.

... Necesitas cortar bastantes rectángulos de hoja de plátano, soasada para suavizarla y quitarle la vena del centro porque si no, se parten; tomas un trozo de la hoja, y con una cuchara de cocina, colocas un poco de masa, le añades el relleno, la doblas y la amarras con una tirita o con la vena de las mismas hojas de plátano...

Para dejarles las habitaciones más confortables a las visitas, José Felipe se mudaba al corredor que comunicaba con el resto

<sup>10</sup> Los municipios de Chiapas, op. cit.

<sup>11</sup> Ahora Emiliano Zapata, Tabasco.



de la casa. Contaban que, cuando todos los moradores del rancho se habían retirado a dormir, en el transcurso de la sofocante noche que invadía los sentidos, y teniendo buen cuidado de no ser vistas o de encontrarse, unas veces Adela y otras su madre, no resistían la tentación de ir a retozar en la fresca hamaca de lino del apuesto José Felipe. Y como consecuencia de estos delirios, las dos quedaron embarazadas. Para la madre no fue difícil afrontarlo porque tenía editor responsable; la que realmente estaba en un predicamento era Adela.

José Felipe, quien desde hacía tiempo estaba comprometido en matrimonio con Petrona García Franco, se encontraba en Palenque cumpliendo su palabra. Poco después se enteró de los embarazos. Al cabo de los meses nacieron los dos niños: Antenor y Juan, el hijo de Adela.

... Se acomodan en una tamalera y se dejan cocer durante una hora o hasta que se desprendan fácilmente de la hoja de plátano, antes se acostumbraba colocar una moneda en el fondo de la tamalera para tener la certeza de que el agua no dejaba de hervir, porque cuando dejaba de sonar, era señal de que le faltaba...

Petrona y José Felipe tuvieron cinco hijos; de ellos, el último fue mi papá. Pasaron los años y, cuando menos lo esperaban, se hizo presente el pasado. Un hermano de Rosalía y Adela, hombre violento al que apodaban el Güero, se enteró de quién era el padre de su sobrino Juan y decidió retarlo para lavar la honra de la hermana; muy probablemente nunca supo que su hermano Antenor también era hijo de mi abuelo. El Güero le envió varias cartas con sus reclamos a José Felipe, mismas que Petrona no le entregó, por lo que él no estaba enterado de lo que sucedía.

En una ocasión, yendo a caballo de camino a la hacienda, vio escrito, en la pared de una casa en ruinas, un letrero que decía: "José Felipe Lastra es un cobarde porque lo he retado muchas veces

y nunca ha respondido a mi desafío". Al llegar a su casa se puso a averiguar a qué se refería la leyenda que acababa de leer. Petrona le explicó que, precisamente, para evitar un enfrentamiento, destruía todas las cartas que le enviaba el Güero. Mi abuelo estalló en furia y, del disgusto tan grande, enfermó Petrona. No pudo evitarlo, José Felipe y el Güero se batieron a duelo. Fue una batalla campal porque los mozos de ambas haciendas se enfrentaron. Como fatal desenlace, José Felipe, en el duelo, mató a el Güero.

Petrona no pudo soportar esta tragedia y murió de un ataque al corazón. Cuando fue exhumado su cadáver, se encontró clara evidencia de que había sido enterrada viva: la pequeña almohada con la funda bordada donde reposaba su cabeza se encontró a sus pies, y las manos crispadas tenían astillas de madera en las uñas. En realidad, lo que se supuso su muerte, fue un ataque de catalepsia. Este suceso me ha acompañado siempre con verdadera angustia.

... El relleno lo vas a preparar de la siguiente manera: con una gallina o pollo cortado en piezas y carne de puerco en trozos. Lo pones a cocer con suficiente agua, unos tres dientes de ajo y sal, a la mitad de la cocción le agregas las especias molidas...

José Felipe cargó toda la vida con la culpa de haber dejado huérfanos de madre a sus hijos aún pequeños. Se casó en segundas nupcias con otra Petrona porque decía que la primera había sido un ángel de bondad; con ella procreó tres hijos. Pocos años después, atormentado y enfermo, falleció,<sup>12</sup> no sin antes reconocer al hijo de Adela: Juan Lastra.

Mi abuelo nombró como tutores de sus todavía pequeños hijos a Micaela su hermana y a su esposo Miguel, quien era también cuñado, hermano de la difunta Petrona, su primera esposa. Mi

<sup>12</sup>"la tradición oral cuenta que a consecuencia de este acto (la muerte del Güero), don Felipe cayó en un estado depresivo que lo llevó a la tumba", F. Lastra Lacroix, op. cit., p. 28.

abuelo supuso que nadie mejor que ellos podrían desempeñar el papel de tutores y querer a sus hijos; eran hermanos por los dos lados. ¡Qué equivocado estaba! Fueron muy severos con ellos. Siendo los niños los dueños de la hacienda donde vivían, vestían a los más chicos con los costales de harina y los mandaban a comer a la cocina porque a la primita Carlota, la más pequeña de seis hermanos, no le gustaba comer con ellos sentados a la mesa y, como la niña lloraba, pues ni modo, había que cumplirle su capricho.

... se muele el achiote con unas ocho pimientas de Castilla, un diente grande de ajo y sal, todo disuelto con un par de cucharadas de vinagre...

A Agustín, mi papá, lo mandaron sus tíos a estudiar con los jesuitas a San Cristóbal,<sup>13</sup> en Chiapas, al igual que a su hermano Rodolfo. Durante su estancia en el colegio, a los dieciocho años, murió Rodolfo, al parecer de tifoidea. Betzabé, la segunda de las mujeres, también falleció a los seis años. De los cinco hijos de José Felipe y su primera esposa sólo sobrevivieron Herlinda, Rosalía y Agustín, las dos mujeres se casaron muy jóvenes para huir de la tutela de los tíos.

Herlinda había heredado El Progreso; Rosalía y Agustín, El Rosario, esta última, la más grande,<sup>14</sup> era la hacienda más importante de José Felipe. La segunda esposa siempre protestó porque para ella y sus tres hijos sólo dejó un rancho, y a los otros los había favorecido con más tierras, pero esto también fue motivado por el remordimiento: mi abuelo se sentía responsable de haberlos dejado huérfanos y, tal vez, quería resarcir un poco el daño causado.

<sup>13</sup> Entonces Ciudad Real; en la actualidad, de Las Casas.

<sup>14</sup> Hay que tomar en cuenta que las fincas en estos lugares son extensiones muy grandes de terreno. Al ser ganaderas, tienen varios potreros donde se va turnando a los animales para dejar que vuelva a crecer la hierba; también tienen sitios con muchos pantanos y selva cerrada, no es tierra de labranza.

Rosalía se casó con Maximiano González, que era muchos años mayor que ella, e incluso de más edad que mi papá, por lo que era él quien mandaba en El Rosario. Empezaron a tener disgustos entre ellos tres porque le prohibió a la tía Rosalía que atendiera a su hermano. Esto incluía que nadie de su servicio le arreglara la ropa y mucho menos que ella interviniera en nada relacionado con Agustín. Don Maximiano era un hombre muy posesivo. La tía Herlinda, la otra hermana, era la que iba cada mes a visitarlo y llevaba sirvientas para que le lavaran y compusieran la ropa.

... Cuando las carnes están suaves y el caldo se haya reducido, se añade entonces unos tres jitomates pelados, despepitados y picados, la rama de epazote y se prueba de sal...

Herlinda se casó muy joven con un primo sin estar enamorada: Enrique Margraff Lastra, unos veinte años mayor que ella. Cuando niña, un día, mientras jugaba en el corredor de la casa, se encontró a Enrique llorando y le preguntó por qué lloraba. Él contestó que la novia había terminado con él. Ella, en su inocencia, le dijo: "No te preocupes, cuando crezca, yo me caso contigo". Y claro, él regresó por la palabra empeñada de la rica heredera. Un poco por compromiso y otro poco porque vio la oportunidad de huir del tutelaje, ella decidió aceptarlo. Vivió un infierno. Él, al poco tiempo de casados, sostuvo un tórrido romance con la viuda de su suegro.

Herlinda dejó El Progreso y se fue a Palizada, donde se estableció, y ahí se reencontró con Francisco —Panchín— Brown, un viejo amigo, e inició una relación; cuando murió Enrique, vendió el rancho y se casó, en Palizada, con Panchín; la ceremonia la realizó el señor obispo de Campeche. Como yo era su ahijada de confirmación, le llevé la cola del vestido, algo necesario en la villa, porque al encontrarse la casa tan cerca de la iglesia, la novia recorría el trayecto a pie, y el vestido no podía ensuciarse con el polvo de la calle.

Era una mujer con mucha personalidad, de carácter muy fuerte y dominante; la presumo un tanto amargada y autoritaria, alta y corpulenta, muy gruesa. Quería profundamente a mi papá por ser el más pequeño de sus hermanos, al que veía casi como su hijo, con mayor razón porque ella no los tuvo.

... Una vez reducida la salsa y bien cocido el jitomate, se retira del fuego. Las carnes se desmenuzan, o si se desea se ponen en presas, se mezclan con un poco de salsa y está listo el relleno...

La tía Herlinda era todo un personaje. Según dictaba la moda, con cierta frecuencia se pintaba de negro las cejas y el bozo, por aquello de que “mujer con bozo... beso sabroso”; yo no podía creer que mi tía hubiera sido guapa algún día, y menos con el flaco favor que se hacía con la pintura; sin embargo, Carlos, mi tío, primo de mi papá, quien la había conocido desde niña, decía que sí, que Herlinda en su juventud había sido una mujer hermosa.

Ella tenía dos sirvientas de toda su confianza, a donde iba, las llevaba: Chonita, quien era la encargada de la limpieza de la casa y la ropa, y Manuela, cocinera y lavandera. Chonita le preparaba todas las tardes el baño a la tía Herlinda, un ritual que empezaba por sacar de un baúl mundo de cedro la ropa que se pondría y, como tenía marcados los dobleces, había que prender el carbón para plancharla<sup>15</sup> de nuevo; después, calentar el agua para llenar la tina donde, sentada en un banco de madera, tomaría su baño; esto se repetía todos los días.

Eran de fama los enormes pollos que en casa de tía Herlinda se criaban; esto no era fortuito. Manuela se encargaba de darles de comer a las aves, además del grano, los restos de la comida de la casa. La técnica que empleaba era llenarles el pico con el alimento, cerrárselo y mantenerlo apretado entre los dedos, hasta

<sup>15</sup> La plancha de fierro se colocaba sobre el carbón para calentarla.

que el infeliz animal engullía el bocado, repitiendo la operación hasta terminar con la ración. Era así como, a fuerza de embutir a los pollos, hacía crecer espléndidos ejemplares.

Una anécdota que pinta a Herlinda de cuerpo entero: si alguna tarde se le antojaba merendar tamales, decía: “Vamos a hacer tamales”, y para ella esto consistía en que, sentada en una silla como un trono, a la cabeza de la mesa de la cocina, blandía la batuta, supervisando y ordenando cómo quería los tamales. Ella, por supuesto, no movía un dedo. Siempre le gustó mandar.

... Para servirse se les puede poner, por encima, una salsa de chile habanero preparada en el molcajete con un diente de ajo, cuatro jitomates asados, chiles habaneros y sal al gusto, se muele muy bien y ahora... ¡a disfrutarlos!

## CAPÍTULO 4

### PUCHERO DE JUECH<sup>1</sup> CON MOMO<sup>2</sup>

En mi vida he visto caer dos recios árboles, dos robles; uno de ellos tu abuelo y el otro tu papá... Siempre he creído que la violencia que agitó la vida de mi abuelo José Felipe, nos cubrió como una sombra. Me convencí de esto cuando, buscando una explicación a los claros oscuros de la vida de mi papá y el tuyo, los dos robles que vi caer, me di cuenta de que no podía ser otra cosa que la consecuencia de esos hechos pasados. Ya la misma Biblia dice: "Los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera y cuarta generación."<sup>3</sup>

Al juech se le quita el caparazón, se abre por la panza, se vacía perfectamente de sus vísceras y se lava en varias aguas con jugo de limón...

Tu abuelo acostumbraba comer puchero de diferentes tipos de carne: de res con verduras; pollo con fideo, papas y legumbres; armadillo en caldito con hoja santa; jicotea o tortuga de agua dulce guisada con achiote en sangre; venado en salpicón; jabalí, tal vez también con hoja santa; en general, los pucheros y guisos típicos de la Región de los Ríos,<sup>4</sup> Catazajá o Palenque, a esta última municipalidad pertenecía El Rosario, la hacienda llamada así por su abuela y donde él nació probablemente en 1872.

<sup>1</sup> La palabra juech deriva del vocablo maya huech, que significa armadillo.

<sup>2</sup> Hierba santa.

<sup>3</sup> Núm. 14, 18 y Ex. 34, 7.

<sup>4</sup> Se conoce como Región de los Ríos a una porción de territorio que abarca parte de los estados de Campeche, Chiapas y Tabasco.

Agustín, mi papá, era un hombre muy risueño y bromista, tenía por costumbre establecer analogías con todo tipo de animales, amaba la naturaleza. Alto y robusto, muy rubio y, por tal motivo, siendo joven, lo apodaron el Viejo. Ya mayor usaba bigote a la káiser. Sabía montar con gran destreza, decía que había nacido a caballo y, estos animales eran otra de sus pasiones. Buen tirador, bajaba un gavilán al vuelo con un disparo. Un hombre franco y enérgico, forjado por la vida, la hostilidad de la selva y el intenso clima. Valiente y con mucho temple, cualidades necesarias para sobrevivir en el monte y en la selva, donde había que cuidarse de los animales y de uno que otro que quisiera pasarse de listo.

Todavía siendo muy niño, su padre lo enseñó a montar y lo llevaba con él a ver el manejo del ganado. En una ocasión en que trasladarían un hato a otra hacienda, había que cruzar un río; su padre le había dicho que tenía que bajarse del caballo para cruzar y sujetarse a la cabeza de la silla de montar, porque si venía una corriente fuerte, el caballo podía perder el equilibrio y ser jalado con todo y jinete. A tu abuelo Agustín le daba miedo meterse al río, le decía a su papá que le asustaban los caimanes que estaban en la orilla. Entonces mi abuelo José Felipe sacó la pistola para disparar en caso de que alguno de los caimanes se echara al agua, pero tu abuelo se asustó y pensó que su papá lo obligaba a cruzar amenazándolo con la pistola, así que no le quedó otro remedio que tirarse al agua como le había indicado. Al pasar los años, él se reía y disfrutaba al recordar este episodio que le causó terror.

Mi papá fue el más pequeño de los cinco hijos de Petrona<sup>5</sup> y José Felipe. Como consecuencia de la fatalidad, siendo muy chico perdió a su madre y, no mucho tiempo después, a su padre. Sus tíos Micaela y Miguel, los tutores, fueron muy rígidos y la pasó muy mal, por ellos y por su hija Carlota. Muchos años después, siendo

<sup>5</sup> García Calderón, la primera esposa.



adultos, mi papá y la prima Carlota coincidieron en algún sitio y él le dijo, refiriéndose al tío Miguel: “Me encontré al viejo —de cariño— en Jonuta y le di un abrazo”. A lo que Carlota le respondió: “¿Lo abrazaste? Agustín, ¡qué bueno eres!” A la distancia se daba cuenta de lo injustos que habían sido sus padres, pues ella, al fin y al cabo, sólo era una niña.

Cuando mi papá alcanzó la edad para asistir al colegio, fue enviado por sus tutores a San Cristóbal,<sup>6</sup> al igual que habían hecho con su hermano Rodolfo. Por haber sido San Cristóbal la capital del estado de Chiapas, era una ciudad colonial bien establecida, ubicada en una ruta importante, ya que era lugar de paso de camino a Guatemala, aunque entonces no era tan transitado. Era el lugar civilizado más cercano y con instituciones educativas que gozaban de prestigio. Sin embargo, no había buenos caminos ni para caballos ni para mulas. Eran serpenteantes veredas angostas en las laderas de la montaña, por lo regular fangosas por las constantes lluvias que las hacían más peligrosas aún; los animales podían dar un paso en falso y resbalar por el despeñadero; así que el viaje lo realizaban en grupo, cargados por indígenas chamulas, como era costumbre desde la época prehispánica, en la que los llamaban, según tengo entendido, silla de cabeza. Consistía en una especie de sillón ensamblado con tornillos de madera y cuerdas de corteza de árbol que se colocaban en la espalda. Mediante una correa, se lo apoyaban en la frente sobre una especie de pequeño cojín que aliviaba la presión que ejercía el peso. En esa silla se transportaban a cuestas las personas, un viaje muy singular, pero común en esa zona. Los indígenas chamulas, con un calzón corto y una sencilla camisa, según la usanza, era toda la vestimenta que portaban a pesar de las bajas temperaturas de la región. Tu abuelo, intrigado, le preguntó si no sentía frío. El indígena que lo trasladaba le contestó: “¿Tú sientes frío en cara?” Mi papá le respondió que

<sup>6</sup> Entonces Ciudad Real, en la actualidad, de Las Casas.

no, a lo que el otro le replicó: “Yo soy todo cara”. Con el tiempo comprendió que su piel se curtía por el clima.

... Una vez aliñado y sin el almizcle, se pone agua con sal en una olla...

Tu abuelo fue dado de alta como interno en el colegio jesuita. De esa época, con frecuencia recordaba una anécdota de la hora de las comidas. Es probable que quien supervisaba la conducta en las mesas haya sido un hermano coadjutor al que llamaban Tatita; cuando los alumnos habían dado cuenta de todo el contenido del plato, se acercaba el Tatita y preguntaba a alguno de ellos, tal vez un todavía hambriento muchacho: “¿Se te acabó o acabaste?” Éste contestaba con relativa timidez y tal vez esperanzado en conseguir una ración más: “Se me acabó”. El Tatita concluía con firmeza: “Pues acabaste”, dejando una enorme desilusión en el chico en cuestión. No dejo de pensar en que había cierta crueldad en el interrogatorio del Tatita.

Tu abuelo Agustín creció en El Rosario, propiedad inmersa en la selva de intrincada maleza, abundante palo de tinte, caobas, pacayales y grandes ceibas; laberintos de ríos, lagunas y pantanos donde conviven el jaguar y el jabalí con el tapir y el venado; monos araña y saraguatos; guacamayas y loros... la explosión por la vida de flora y fauna no cesa nunca. Esta hacienda fue la herencia que dejó su padre para Rosalía y para él. Rosalía se casó con don Maximiano González y éste se convirtió en el administrador del lugar, tomando su papel tan en serio que a mi papá no le permitía disponer nada.

En una ocasión que don Maximiano salió de viaje por muchos días, a San Cristóbal o a Villahermosa, tu abuelo, que ya era mayor de edad, mandó construir una caballeriza para él, porque la tía Herlinda le decía: “Tú eres tan dueño como Rosalía y tienes más derecho a mandar que Maximiano”. Cuando don Maximiano

regresó, enfureció y, enojadísimo, llamó a los peones y les preguntó quién había osado construir esa caballeriza sin su autorización. Mi papá le dijo: “Fui yo, don Maximiano”. A pesar de eso, la mandó tirar. Tu abuelo Agustín sacó la pistola y advirtió: “El que dé el primer hachazo, se muere”, y como don Maximiano vio que nadie se movía, dijo: “Pues el hachazo lo doy yo”. Tu abuelo le contestó: “Pues usted se muere”. Don Maximiano, al verlo tan decidido, desistió. Y cuentan que hasta la fecha todavía existe esa caballeriza. Todo esto motivó que el abuelo le propusiera a don Maximiano: “¿Le vendo o le compro?” Él le compró su parte y mi papá se llevó el ganado que le pertenecía. Adquirió El Peal, que se encontraba ubicado en la ribera del río Palizada<sup>7</sup> con rumbo hacia Jonuta.<sup>8</sup>

Por algunas amistades comunes de la población ribereña de Palizada, tu abuelo conoció a mi mamá, María Zuluaga del Río. Se casaron y fueron a vivir a El Peal. Esporádicamente, y en temporada de lluvia, por la creciente, estaban en Palizada y después regresaban a la hacienda. Procrearon tres hijos: José Felipe, el mayor, al que llamó así tu abuelo en memoria de su padre. Por desgracia, el niño murió de cólera infantil antes de cumplir los dos años. Después nació una mujer, a la que no sabía qué nombre ponerle. No quería repetir ninguno de la familia, escarmentado con lo sucedido a José Felipe. En la búsqueda de nombres que no hubieran puesto los ancestros, la bautizaron como Zoila Victoria, mi querida hermana Chole; por último nació yo, Elizabeth de la Luz.

El Peal tenía la casa principal en la parte alta del terreno y sobre una plataforma elevada dos o tres escalones, para que en época de creciente no entrara el agua del río que distaba de ella como cincuenta metros. Era de una sola planta, construida con tablones de javín, madera muy dura por la que no podía penetrar una bala,

<sup>7</sup> Campeche.

<sup>8</sup> Tabasco.

y revocada con mezcla, techada con teja francesa y pisos de ladrillo. Tenía un corredor al frente que era utilizado para hacer las comidas, ya que ahí se disfrutaba el fresco que proporcionaba la brisa del río. Al terminar la casa, del lado izquierdo se encontraba la huerta donde había sembrado tomate, chile dulce y picante, chaya, limones y hierbas para condimentar; la huerta estaba cerrada al frente y atrás con una cerca de tallos de tasiste<sup>9</sup> para que no entraran las aves de corral. En seguida de la huerta, se ubicaban la cocina y el cuarto de Lugarda, la cocinera, edificados con jahuacte, una especie de bambú de la región, muy fresco y probablemente entortado con bajareque.<sup>10</sup> Más adelante, los escusados, el gallinero y el chiquero. Tu abuelo tenía cerdos americanos de engorda que se mataban dos veces al año y de ahí sacaban dos o tres latas de manteca que debían durar cerca de seis meses para el consumo de la casa y para la gente del rancho. Se guardaba en el interior, en una banca próxima a una ventana para mantenerla fresca.

Del lado derecho de la casa se encontraban dos tanques inmensos de fierro para almacenar el agua de lluvia que se usaba para tomar; seguía otra pequeña construcción con dos cuartos, la bodega de los víveres y, junto, el cuarto del viejito Gabriel, capataz de El Rosario que siguió a mi papá. Tenía una barba blanca muy larga que le llegaba hasta medio pecho. Gabriel no tenía familia, vivía ahí y comía en la cocina con Lugarda.

En la parte posterior de la casa, como a cien metros de distancia, campo de por medio, había una cerca de alambre de púas, detenida en los extremos con estacas de palo de tinte, y después sujeta, por tallos de tasiste, cada metro y medio, aproximadamente; atrás de la cerca de púas ya era la selva. En esta parte que era campo y por el frente de la casa, tenía tu abuelo numerosas matas de mango, naranjos, aguacate y un castaño. Junto a las estacas de

<sup>9</sup> Especie de palmeras.

<sup>10</sup> Mezcla elaborada con arcilla, excremento de vaca y zacate.

palo de tinte, en los dos extremos, había puertas de trancas. Del lado derecho estaban los corrales, de donde salía una manga, techada con guano, para embarcar el ganado que mi papá vendía en pie. Al final de la manga, con grúa, cargaban al ganado de los cuernos y del lomo, a lanchones planos divididos en corrales y los remolcaba un motor.

Siguiendo en línea recta hacia el río desde el cuarto de Gabriel había también una cerca de tasiste, como de un metro de altura, con troncos en forma de escalera de cada lado, como tres, para pasar al campo. A la mitad de este trayecto estaban las caballerizas de tu abuelo. En temporada de creciente se colocaba un puente colgante en todo el frente de la casa para trasladarse a la cocina, a la bodega o a los escusados. Después de comer, Lugarda bajaba por unos escalones de tablones hacia el río a lavar los trastes. Por estos escalones se llegaba a un pequeño muelle donde se encontraba El Pipante,<sup>11</sup> un cayuco grande<sup>12</sup> que era el medio de transporte de la familia. Lo conducía un boga y varios remeros.

Mi papá sabía de homeopatía, tenía un estuche alemán con todo lo relativo a su práctica y, cuando era necesario, le mandaban las sustancias que precisara. Lo mismo curaba personas que animales, apoyándose también en los remedios caseros de la región. Al ganado, sobre todo a vacas y caballos, les picaba en la pezuña una especie de tarántula, y la ponzoña provocaba que se les pudriera y cayera la uña. Tu abuelo los curaba y lograba que les volviera a crecer, pero de todas formas ya quedaban tocados, les quedaba muy sensible. A las vacas, en época de creciente, tenían que llevarlas a potreros en las zonas más altas, porque si las alcanzaba el agua y se quedaban remojadas ahí, no podían echarse y les daba

<sup>11</sup> El nombre hacía referencia a una embarcación de caoba que usaban los indígenas de Centroamérica desde la época prehispánica llamada pitpán.

<sup>12</sup> Doce metros de longitud (eslora). Embarcación de fondo plano, de una sola pieza, construida ahuecando el tronco de un árbol grande, como la ceiba o caoba.

algo que se llamaba como derrengue y después se morían. También les curaba a las vacas algo parecido al cáncer con emplastes de una hierba llamada, precisamente, cancerina. En las tardes, después de comer, se sentaba en la mesa del corredor con un plato con trozos de carne cruda y otro con azufre. Llamaba a sus perros y los demás canes del rancho y a cada uno le iba dando su pedazo de carne pasada por el azufre para curar o evitar la sarna.

... cuando hierve, se le agrega la carne lavada y se pone a cocer con un trozo de cebolla, un ramito de cilantro, otro de perejil y uno más de cebollín.

En varias ocasiones, durante la Revolución, tu abuelo Agustín recibió la visita de grupos de rebeldes pidiendo<sup>13</sup> para la causa; algunos lo hacían reivindicando su lucha y otros medraban con la situación tomando como pretexto la causa. En una ocasión que llegaron supuestos revolucionarios y le exigieron caballos, mi papá enfureció, sobre todo porque al comentarles algo sobre el movimiento armado, se dio cuenta de que estos vivales no sabían de qué les hablaba. Entonces les preguntó por qué tenía que dar más, no era la primera vez y él ya había colaborado. En una visita anterior, se habían llevado muchos caballos, y todavía no dejaban la hacienda, cuando ya los iban maltratando, montados de a dos o más, y haciendo una serie de salvajadas que, para tu abuelo, que adoraba y cuidaba tanto a sus caballos, fue un enorme disgusto, al igual que el robo. Así que en esta ocasión mi papá, que no se amedrentaba ante nadie, les dijo que no les daría nada porque no sabían tratar a los animales porque eran unas bestias. Insistió el hombre diciendo que eran para “mi general”. Le contestó mi

<sup>13</sup> Los pedían y no los robaban porque no sabían dónde estaban. Los caballos y el ganado en general se iba moviendo de potrero según se acabaran la hierba, y los potreros estaban distribuidos por diversos lugares en la selva que sólo el abuelo y la gente del rancho sabían.

papá: “Yo soy nieto de un militar, ése sí era un valiente y su gente honorable. No se rodeaba de una caterva de ladrones como ustedes”. El hombre lo amenazó con colgarlo si se oponía a colaborar con la causa, a lo que tu abuelo respondió: “Pues me puede colgar y sacarme tres varas de lengua y no le doy nada”. Ya lo llevaban a colgar, cuando Chole, tu tía, muy chiquita aún, se puso a llorar. Tu abuelo se volteó y le aventó encima el café caliente y le dijo: “¡No llores! ¡Un Lastra nunca llora!” Al ver esto, los rebeldes se intimidaron y se fueron sin nada.

Al poco tiempo regresaron y le pidieron menos caballos. Tu abuelo esta vez accedió, por mediación de la abuela María, no sin contrariarse. Les dijo que los escogieran, porque no quería ser el responsable si luego tenían problemas con algún caballo y dijeran que, a propósito, se los había dado mal. Los estuvieron probando, y como no eran expertos, se llevaron varios de los que estaban convalecientes de la picadura en la pezuña, pero ésa fue su elección.

La familia Lastra Zuluaga siguió viviendo entre El Peal y Palizada durante varios años. La vida en el rancho era bastante rutinaria, tu abuelo acostumbraba levantarse a las cuatro de la mañana, desayunaba café y huevos tibios en compañía de tu abuela María; cuando él se iba al campo, ella se volvía a acostar. Él vigilaba el trabajo con el ganado supervisando potreros y vaqueros; se llevaba consigo una bola de pozol agrio,<sup>14</sup> un trozo de panela y un bush<sup>15</sup> con agua. Su regreso era alrededor del mediodía. En su hamaca tomaba el fresco y una siesta de perro.<sup>16</sup> La comida se servía a la una de la tarde, y después mi papá se fumaba un puro. Él mismo los fabricaba con tabaco de Simojovel que empapaba

<sup>14</sup> Bebida tradicional con la cual se alivia el calor y la sed en el campo. Se prepara con masa de nixtamal reventado y posteriormente molido, que se bate con agua fría. Se toma fresco o agrio, fermentado por el calor.

<sup>15</sup> Guaje.

<sup>16</sup> Antes de comer.

en ron, luego lo cubría con una lona y, después de algún tiempo, no sé cuánto con exactitud, probablemente cuando ya era dúctil, elaboraba sus puros y los secaba al sol. Cuando lo prendía, era tan fuerte el olor que tumbaba; él decía que eran para hombres. Por la tarde atendía los pendientes del rancho; a las seis cenaba, sólo avena en su tazón bola, y a las ocho se iba a dormir.

De lunes a viernes era lo mismo, y el sábado tu abuelo tenía la costumbre de ir a Palizada para abastecerse de víveres. Se embarcaba a las cuatro de la mañana y eran aproximadamente cuatro horas de viaje. Al llegar hacía sus diligencias, pernoctaba en casa de mi abuela Pepilla, y al día siguiente regresaba a comer al Peal. De repente, los fines de semana, durante su ausencia, empezaron a robarle ganado. Un antiguo peón del Peal, Antonio Martínez, quien entonces era trabajador en la hacienda vecina de don Eduardo del Rivero, le aseguró que Manuel, el hijo de don Eduardo, la oveja negra de la familia, era quien cometía el hurto, y que él le podía enseñar dónde enterraban los cueros de las reses que mataba y que tenían su fierro, una cruz gamada.<sup>17</sup> Mi papá, enfurecido, quiso esperar a Manuel para ajustar cuentas. Mi mamá, por supuesto, no estuvo de acuerdo porque ella era madrina de alguno de los hijos de don Eduardo y, la madre de Manuel, doña Manuelita Inurreta, era amiga de juventud. También le hacía ver a tu abuelo el peligro que corría, porque aunque él estaba decidido —“me matan o lo mato”—, qué tal si de verdad el muerto era él y dejaba huérfanas a sus hijas, todavía pequeñas, y repetía la historia de su padre.

Además, en una ocasión en que Tomás Garrido Canabal visitó Palizada, al platicar con tu abuelo Agustín, a quien le tenía aprecio y, a su vez él también sentía cariño por tu abuelo porque le había regalado su primer caballo, le decía tío; tu abuelo le dijo: “No sabes el daño que te hace estar rodeado de toda esa gente tan mala, ese

<sup>17</sup> Entonces no tenía ninguna connotación ideológica.



Pérez Verdía, dicen que es un ladrón, un asesino. Cuando entraron en El Peal, durante la Revolución, se llevaron hasta las gallinas. A ése ya lo deberías de haber mandado a ahorcar (un decir)...” El tal Pérez Verdía estaba parado junto a Tomás, oyendo todo lo que mi papá estaba diciendo, él no lo conocía. Por supuesto, no faltó quien le comentara a tu abuelo que Pérez Verdía había dicho: “Don Agustín me las va a pagar en algún viaje que haga para Jonuta”, ya que ésta se encuentra cerca de El Peal, como a media hora a caballo y pertenece al estado de Tabasco, donde este hombre gozaba de inmunidad. Como era un asesino, mi papá tenía la seguridad de que lo cumpliría. Así que tu abuelo mantuvo a un muchacho en las afueras de Jonuta para que, cuando llegara Pérez Verdía, le avisara. Entonces mi papá se iba a Palizada por tierra, como cinco horas a caballo, con tal de no ir por río para que no lo cazara. Estos dos motivos fueron los que ocasionaron que vendiera El Peal, aunado al deseo que tu abuela María tenía de salir de la hacienda y de que Chole y yo tuviéramos la oportunidad de asistir al colegio en la ciudad de Campeche y desenvolvernos en un medio más refinado, como lo era ella.

... después de que haya hervido un rato, aproximadamente media hora, se le agregan las zanahorias, los chayotes, las calabazas, la col y abundante momo...

Vendió El Peal y las dos mil cabezas de ganado, se lo pagaron en oro; prevalecía sobre todo el patrón oro, eran los años veinte. Nos fuimos a Campeche y ahí vivimos cinco años o un poco más. No había bancos en la ciudad capital del estado. Algunos conocidos trataron de convencer a mi papá de que se dedicara a la usura, pero él no lo deseaba y tu abuela, menos. El abuelo Agustín nació, creció y vivió siempre en la hacienda, él no sabía de nada más que de campo y de ganado; así fue como el doctor Cámara, su amigo, lo convenció de poner a trabajar su dinero sobre la hipoteca de

una importante hacienda llamada Polvoval. Desconozco de qué manera funcionaba esta operación financiera, al parecer era una inversión. El doctor estaba casado con una hija de don Lucas Sánchez y doña Edelmira Repetto, quien fue la dueña de la hacienda Polvoval y había fallecido; él era el albacea.

Mientras estuvo a cargo de la operación el doctor Cámara, religiosamente le pagó los intereses, hasta que su sobrino, Luquitas Sánchez, nieto muy consentido de doña Edelmira, y su primo Jesús, regresaron de Estados Unidos, donde habían ido a educarse. La abuela los mandó, pero eran unos inútiles, no sabían hacer nada, lo único que aprendieron fueron vicios. Dejaron de pagar lo estipulado a mi papá e iban gastándose la herencia, malbaratando casas y propiedades, hasta que empezaron con Polvoval: a las casas de una parte de la hacienda les fueron quitando las tejas francesas para venderlas, por último, antes de acabar con todo, sacaron a remate Polvoval; empezaba el movimiento agrario, por ese motivo nadie quería comprar tierras. Ésta era una superficie de treinta y cinco mil hectáreas, ubicada en la ribera del río Candelaria, un territorio inhóspito en la selva donde había maderas preciosas: cedro, caoba y, además, palo de tinte, ceibas, unos árboles inmensos llamados pichis, chicozapotes y, por lo tanto, chicle; por último, hasta petróleo. Y, por si fuera poco, se decía que, también, había enterrado oro. Tu abuelo Agustín tuvo que aceptar Polvoval como liquidación de su inversión como un mal negocio o perdía su dinero.

Sebastián Lladó, antiguo administrador de Polvoval a quien mi papá tenía como una persona muy honrada, le avisó que había comprado un rancho y dejaba la hacienda, pues se iba a trabajar lo suyo. Mi papá decidió ir a vivir a Palizada y pasar en el rancho sólo la temporada de chicle para seguir explotándolo. Era la época de recesión en Estados Unidos, sólo compraban a los antiguos clientes, y el chicle de Polvoval lo sacaba a su nombre Sebastián, el administrador, así que a tu abuelo no le quisieron

comprar. Lo mismo sucedió con la madera. Las cosas se fueron complicando, no había liquidez, nos tuvimos que ir a vivir a la hacienda. Lo siguieron algunos antiguos trabajadores, así como Lugarda, que ya iba con un hijito. A ella le asignó como vivienda la que había sido casa del administrador. Cuando nosotros llegamos, tenía como treinta años o más abandonado. Yo iba a cumplir quince años.

El lugar era, a pesar de su descuido, extraordinario. Fue una hacienda que había alcanzado su esplendor a mediados del siglo XIX. En sus inicios se dedicaba a la agricultura y la ganadería, después sólo era utilizada para extraer de ella palo de tinte, caoba y cedro. La propiedad tenía una casa de mampostería con profusión de madera en su interior, delicadamente trabajada. Polvojal había tenido herrería, trapiche, panadería, carpintería, capilla, tienda de raya, varias decenas de casas para los trabajadores y no le faltaba nada porque estaba rodeada de una vegetación tan exuberante que la hacía parecer el paraíso terrenal. Por desgracia, y a pesar de su abundancia, los caminos se le fueron cerrando a tu abuelo.

El medio de transporte seguía siendo por el río, ahora el Candelaria. La propiedad tenía muelle sobre el río y, abajo, por toda esa zona, había bancos de ostiones; cada determinado tiempo dinamitaban para poder navegar. Había una barquita de motor que realizaba el recorrido para vender algunas mercancías, como fruta, pescado, carne salada; trasladar pasaje o llevar el correo. En una ocasión en que tu abuelo regresaba de Palizada, el muchacho que tripulaba la embarcación, hijo de un antiguo lanchero de la zona, le dijo:

—Me platicaron que usted decía que mi padre era un ladrón...

Tu abuelo, asombrado, le contestó:

—De ninguna manera, siempre he dicho que tu padre fue un hombre muy honrado, como pocos.

—¿De verdad eso piensa usted de mi papá?

—Siempre lo he dicho.

—Pues, entonces, en agradecimiento le voy a contar algo. Encontré al Xet,<sup>18</sup> en Jonuta, levantando a la gente para venir a invadirlo. Dijo que además tenía dos hijas muy jovencitas.

Mi papá respondió:

—Hazme un favor, cuando vengas de regreso de tu recorrido, te detienes en el embarcadero y tocas el caracol.<sup>19</sup> Mientras, no cuentes nada a nadie.

Al llegar a la hacienda, le comunicó a tu abuela lo que estaba sucediendo y, de forma muy discreta, para no llamar la atención, preparó todo para dejar Polvoxal en tres o cuatro días, en cuanto regresara la embarcación. Y así lo hicimos, salimos prácticamente con lo puesto. Papá, mamá, Chole y yo. Sólo estuvimos ahí como año y medio.

Todo esto obligó a tu abuelo, con todo el dolor de su corazón, a poner en venta la hacienda; él ya estaba muy viejo y enfermo. Se le declaró la diabetes por todas esas zozobras. A nosotras siempre nos decía: “Coman tierra, pero prométanme que nunca la van a vender”, así que verse obligado a hacerlo fue un golpe muy duro para él. Nos quedamos en Palizada, mientras se resolvía la situación, otro año y medio, antes de regresar definitivamente a Campeche. El agrarismo estaba en su máxima expresión, nadie quería propiedades. Malvendió la hacienda al tío Carlos García, porque no hubo quien le pagara más, casi como un favor; él era su primo hermano, y cuñado por la tía Charo, media hermana de tu abuelo. Sólo le vendió la superficie, pero se reservó la venta del subsuelo, pues estaba en trámite con una empresa, al parecer

<sup>18</sup> Así llaman en lengua maya a la persona con labio leporino. El Xet era hijo de Crecencio López, un fiel empleado del abuelo Agustín, quien había nacido en El Peal y que lo siguió a Polvoxal con toda su familia.

<sup>19</sup> Era la forma en que el lancharo anunciaba su cercanía, y de la misma forma se le contestaba desde la casa cuando se deseaba que se detuviera, ya fuera para hacerle alguna compra o algún encargo. Chole sabía tocar muy bien el caracol.

una firma americana, para la explotación del petróleo; él ya sabía que había petróleo porque pagó por el estudio del terreno, por eso tenía la seguridad de que lo había. Es paradójico que la ruina nuestra se convertiría, más adelante, en la riqueza de otros.

... cuando la carne esté suave, el puchero está listo para disfrutarlo...

Una vez terminada la operación con el tío Carlos, tu abuelo empezó a tramitar con el ingeniero Emilio Monsonyi, especialista en petróleo y minas, quien le había realizado el estudio del terreno de Polvoxal y radicaba en la ciudad de México, la certificación de la propiedad del subsuelo de Polvoxal por parte del Departamento de Petróleos de la Secretaría de Economía Nacional, para continuar la negociación con la empresa petrolera. También le solicitó al ingeniero que le pusiera en contacto con algún fabricante de aparatos para localizar minerales y metales, con la esperanza de encontrar el tesoro escondido. Ambos trámites se prolongaron por varios años. El tiro de gracia estaba cerca: Lázaro Cárdenas nacionalizó el petróleo y aplicó el artículo 27<sup>20</sup> constitucional, con lo que perdió así el derecho para explotar el subsuelo. ¡Ah!, por cierto, tu abuelo nunca encontró el oro, pero sí hubo quien lo halló.

Estando en Polvoxal un primo de mi papá, no recuerdo si fue Salomón o Carlos, una noche tuvo una aparición que lo llamaba, el espectro de la famosa mujer blanca que vagaba dentro y fuera de la casa, según decían los lugareños. Él se asustó tanto que dormía con la pistola debajo de la almohada, a lo que el otro hermano le dijo que no fuera tonto, que siguiera a la silueta en cuestión. Al parecer, así lo hizo y encontró el famoso tesoro, porque se supo que uno de ellos vendía monedas de oro antiguas. Sin embargo,

<sup>20</sup> ... Corresponde a la Nación el dominio directo de todos los recursos naturales de la plataforma continental [...] el petróleo y todos los carburos de hidrógeno sólidos, líquidos o gaseosos...

justificaron todas las excavaciones diciendo que ya estaban ahí cuando llegaron, que las había hecho Agustín; incluso tuvieron el descaro de decir que mi papá era quien había encontrado el dinero, porque junto a unas ollas de barro vacías que estaban en uno de los agujeros, habían hallado unas cajitas de metal de las Pastillas del Dr. Ross que él tomaba. Según lo estipulado en la escritura de venta, nadie más que Agustín Lastra tenía derecho sobre todo lo que había en el subsuelo, pero al parecer no respetaron lo acordado.

Mientras estuvimos en Palizada, tu abuelo Agustín gustaba mucho de comprar los tamales colados que preparaba mamá Lofa,<sup>21</sup> una negra parecida a la Aunt Jemima de los hot cakes. Los tamales eran en hoja de plátano, enormes, les ponía una pata de pavo completa, y si no, la papada del puerco, éstos eran la fascinación de mi papá.

Regresamos a Campeche a establecernos definitivamente. Mi papá lo fue perdiendo todo. Su salud se iba deteriorando cada vez más; sin embargo, no perdió el sentido del humor.

En una ocasión, ya viviendo en Campeche, la cocinera preparaba el puchero de juech con momo, porque tu abuelo Agustín lo comía muy seguido, cuando salió de la cocina un momento para atender el llamado que le hicieron. La cocina daba a un segundo patio de la vivienda colmado de arriates con plantas y, en el fondo, un gallinero, como en las casas de esa época, con gallinas ponedoras y pollos para el consumo doméstico. Por alguna razón, el gallinero se había quedado abierto, se salieron las gallinas, se metieron en la cocina y empezaron a picotear el guiso de juech, sacudían el trozo de momo, comían una parte y el resto caía al suelo. El perro que tenía mi papá, un pastor alemán llamado Káiser, comenzó el festín de todo lo que tiraban las gallinas y comió hasta el hartazgo, lo que le dejó una sensible repugnancia por este guiso,

<sup>21</sup> Eulogia.

a tal grado que, en posteriores ocasiones en que lo preparaban, al sólo sentir el olor del momo, el perro se echaba al suelo y con las patas se tapaba la nariz para no olerlo más; mi papá gozaba esta actitud de Káiser y la celebraba con unas carcajadas tan sabrosas que se contagiaban.

... se sirve con arroz blanco, en un plato hondo, se le pueden agregar gotas de limón, al gusto. Y buen provecho.

## CAPÍTULO 5

### COPAS NEVADAS

De tu abuela María heredé la pasión por reunir recetas de cocina, todavía conservo algunos cuadernillos manuscritos de ella, y también fue ella quien me regaló mis primeros libros de cocina. A tu abuelo Agustín no lo sacabas de sus guisos, pero ella siempre tuvo la inquietud de disponer, además de lo que a tu abuelo le gustaba, platillos más delicados, y las copas nevadas era uno de sus postres favoritos; para fechas importantes y comidas de postín, es muy lucidor y delicioso, por lo mismo recibía muchos halagos de parte de quienes lo paladeaban... ¡Mmm!, me parece percibir todavía el aroma que despedía la canela mientras lo preparaba:

... Para hacerlo necesitamos: cuatro tazas de leche natural, cuatro cucharadas de maicena, cinco huevos, tres cuartos de taza de azúcar, una cucharadita de vainilla y ciento cincuenta gramos de soletas...

Cuando tu abuelo Agustín murió, la abuelita se vino a Puebla a vivir con nosotros. De ella tal vez sólo recuerdes su cariño y consentimiento; era una viejita linda, pero no fue mucho lo que pudiste disfrutarla. Tenías apenas tres años cuando se cayó, se fracturó el fémur y nunca volvió a caminar; se le desencadenó muy pronto la demencia senil. A ti te decía Polincita por ser la hermanita de Polín. Me parece verla: después de comer, desbarataba la miga del pan sobre la mesa, luego la tomaba y salía a sentarse, en un sillón del comedor, junto a la puerta de la casa, para darles de comer a las palomas del templo de San Agustín.



Tu abuela María era muy baja de estatura, pero se jactaba de ello diciendo que los perfumes finos venían en envases pequeños. Tenía ojos hermosos enmarcados por unas cejas delineadas como con pincel; de boca pequeña y carnosa, con un perfil que era todo su orgullo. Mujer muy inteligente y sensible, su padrino le decía de cariño Cabeza de licenciado. Culta y refinada. Prudente, pero dominante. Era la mayor de las cuatro hijas de don Joaquín Zuluaga y doña Pepilla del Río. Nació en la ciudad de Campeche el 27 de julio de 1874 y la bautizaron con el nombre de María del Buen Viaje, advocación de la virgen patrona de San Juan de los Remedios, Cuba, tierra natal de su madre.

En Campeche, por esa época, todavía se respiraban aires de bonanza y prosperidad, a pesar de ser ya independiente y erigido como estado hacía pocos años;<sup>1</sup> continuaba la inercia de haber sido el puerto más importante de la península de Yucatán, el movimiento comercial era muy intenso. La ciudad de Campeche, fundada un poco antes que Mérida, poseía abolengo, tradición, muchos amantes de la cultura y numerosa población europea establecida.

La infancia de tu abuela transcurrió en Campeche, dentro de una familia compuesta de papá, mamá, tía Concha, Conchanquito, hermana de Pepilla; María y Estela, la hermana un año menor que ella; tiempo después, ya en Palizada, nacerían Sara y Josefina. De las anécdotas de su infancia recuerdo una que siempre mencionó: en el transcurso de su época escolar, durante un examen que presentó y que era presidido por un jurado, uno de los sinodales pretendió confundirla. En ese momento, otro de los maestros salió en su defensa y le dijo al sinodal en cuestión: "Un examen es para que se luzca el alumno, no el maestro", comentario suficiente para que le pidiera una disculpa y corrigiera su actitud; después de este incidente continuó el proceso. Tu abuela fue una persona dedicada

<sup>1</sup> El 29 de abril de 1863.

y con enorme inclinación por la lectura, hábito que cultivó; en la casa de su padre había una extensa biblioteca donde podía saciar su inquietud de saber.

... Hay que licuar las cinco yemas de huevo con dos tazas de leche y la maicena, las claras se reservan para el merengue del copete...

El tío Alejandro del Río, hermano de su madre, se percató de su sensibilidad musical y le enseñó a tocar la guitarra y el piano, ella aprendió muy bien y lo hacía con mucha maestría; ésta fue la razón por la que le regaló un hermoso piano laqueado con incrustaciones de concha nácar, que la acompañó durante toda su juventud y con el que, ya en Palizada, le amenizaría las comidas a su padre; cuando él murió, nunca volvió a tocar.

Para las tertulias, el tío le hizo aprender algunas piezas de música sencillas que, en su interpretación, parecían mucho más complicadas, le gustaba que su alumna se luciera, ocasionalmente ella tocaba el piano acompañando a Estela, quien poseía una bella voz.

Mariquita, mi mamá, siempre aseguró haber sido la consentida de su padre. Ella tuvo verdadera veneración por él. Todas las mañanas, poco antes de las doce del día, cuando se empezaban a sentir los estragos del asfixiante calor, ella se disponía a prepararle un agua de soda que, instantes después, le llevaría a la tienda junto a la casa donde él se encontraba trabajando. Para hacerla, mezclaba una medida pequeña de sales de Seltz con agua natural, lo que la hacía efervescente y muy refrescante, en algunas ocasiones la perfumaba con cáscara de limón o naranja. Para este propósito, su padre le mandó a hacer una cuchara medidora en plata con su nombre grabado. Ella guardó este utensilio con enorme cariño por los recuerdos que le evocaba.

Tu abuela viajó a Cuba con frecuencia, durante su infancia y juventud, para visitar a los familiares Del Río; además de ellos, se habían ido a vivir a La Habana la abuela Francisca ya viuda, las

tías Carmen y Ana, y el tío Fernando, mamá y hermanos de su papá. Fernando era hijo póstumo y, por lo tanto, el consentido de su madre y hermanas; Mariquita era la nieta consentida, así que tenían el proyecto de hacer el matrimonio entre ellos. Tu bisabuelita Pepilla intuyó esto y, de forma muy diplomática, lo evitó regresando a Palizada, donde radicaban desde unos años atrás.

La Habana era la puerta de entrada de todo lo europeo a ciudades y países del Golfo de México y la zona del Caribe, una ciudad cosmopolita y con gran movimiento comercial. Estela y María, de jovencitas, pasaron largas temporadas con la familia, y en una ocasión tomaron clases de alta costura con una francesa radicada ahí. Entre las muchas cosas que les enseñó, aprendieron a cortar las mangas de jamón, el último grito de la moda; posteriormente, su padre les pedía a Francia figurines de moda, para saber lo que se usaba y que no pareciera que acababan de caer de la luna. Sacaron mucho provecho de estas clases, sobre todo porque su madre siempre procuró que estuvieran ocupadas, por aquello de que “la ociosidad es la madre de todos los vicios”. Más adelante, cuando ya vivían en Palizada y al correr por sus venas sangre de comerciante, hacían vestidos a su medida con telas sencillas de algodón, y en las ferias de los pueblos cercanos en los que también estaba presente El Brazo Fuerte, la tienda de su padre, eran exhibidos, y si se vendían, muy bien, y si no, como los habían hecho a su gusto y medida, se quedaban con ellos para usarlos del diario.

... Colocar lo licuado en una cacerolita y poner a fuego medio, agregando el azúcar y las otras dos tazas de leche, moviendo siempre para que no se pegue ni haga grumos. Quitar del fuego en cuanto comience a hervir, agregar la vainilla y seguir moviendo para que no forme nata, hasta que sólo esté tibia...

Tu bisabuelo Joaquín, buscando diversificar su mercado con nuevos proveedores y, al mismo tiempo, promover sus mercancías,

asistió a la Exposición Mundial de Chicago,<sup>2</sup> en 1893, acompañado por sus dos hijas mayores: María y Estela. El bisabuelo contaba con amistades en el estado de Illinois, pues sus estudios los había hecho en el colegio jesuita de Springfield, cerca de Chicago. El viaje resultó muy placentero, no les faltaron invitaciones de todo tipo: a cenar, a conocer tal o cual lugar, o al teatro. Una vez terminada su estancia en la Exposición, hicieron un paseo un poco más extenso por el estado de Nueva York, visitaron Búfalo y la ciudad de Nueva York, donde semanas después se embarcaron para regresar a Cuba y, posteriormente, a Campeche. En la casa de Palizada, en la sala, había una mesita muy peculiar,<sup>3</sup> con numerosos palitos torneados y diferentes niveles para poner adornos, toda se podía desarmar; tu abuelita la trajo de la feria de Chicago. Muchos años después, ya en el ocaso de su vida, en esa misma mesita se acomodaban a dormir la siesta los tres gatos que tenía tu abuelo Agustín.

Dos viajes que hicieron a Cuba se quedaron vivamente grabados en su memoria, pues fueron muy especiales. Del primero que realizó a ese país con su familia, cuando tenía alrededor de nueve años, recordaba cómo, al llegar al muelle de La Habana, se arremolinaba con una gran algarabía un grupo copioso de población negra que estaban ahí para recibirles. El otro, también a La Habana, en 1898, fue cuando asistieron como invitadas a la ceremonia de Independencia de Cuba.

Muy jovencita, tu abuela inició un noviazgo. Él se llamaba Francisco y estaban comprometidos. Transcurrieron diez años. Las tres hermanas menores ya se habían casado, cuando alguien le informó que Francisco tenía una mujer e hijos en Campeche. Al enterarse tu abuelita, cortó la relación, con todo lo que implicaba en esa época para una mujer de su edad. Tenía treinta años

<sup>2</sup>World's Columbian Exposition, Chicago.

<sup>3</sup>Esa mesita estuvo en mi casa, abuelita me la regaló; en la actualidad está en la de Polo, tu hermano.

y era muy probable que ya no se casara. La mamá de Francisco, al ser amiga muy cercana de la familia y muy mortificada por lo sucedido, le tuvo encendida día y noche una lámpara de aceite al Sagrado Corazón y le decía a Francisco: "Esto es para que María encuentre un buen marido". Parece que resultó: conoció a tu abuelo Agustín en Palizada y, un año después, se casaron el 27 de septiembre de 1905.

... Poner en cada copa, usando las del tamaño para agua, dos cucharadas de la crema, una soleta y media, en varios pedazos, encima de estos una cucharada más de la crema; salen como doce o trece copas, pero si queda algo de la natilla, repartirla por igual en cada una hasta terminar...

En Palizada, cuando tu abuela era soltera y todavía sin compromiso, había un hombre ya mayor, don Nicandro Salas, que tenía cierta dificultad para pronunciar la r. El pretendió a todas las jovencitas del pueblo y así lo hizo con las cuatro Zuluaga. Como ninguna le hizo caso, comentaba: "Las zuluaguita son muy delicaditas, apenas sopla un vientecito de nogte y se engagotan". Era muy galante y, en una ocasión en que pasó tu abuela María por su tienda y comenzaba a llover, como ella no llevaba paraguas, él corrió con uno para cubrirla y acompañarla a su casa. Al poco tiempo, ella se comprometió con tu abuelo. Cuando se enteró el señor Salas, decía: "Otgo día... ¡Pagaguas!, ¡pagaguas!... ¡Mie-gda!" Tu abuelo Agustín, ya casado, se presentó en la tienda de don Nicandro a comprar algún artículo. Él lo hizo pasar. En el interior, bajo el sillón en que solía sentarse, había un mico de noche durmiendo en un cajón, era su mascota. Con toda la intención de que tu abuelo lo escuchara, empezó a picar el cajón con el pie para que se moviera y le decía: "¡Maguía! ¡Maguca!, ¡despiegta!" Por supuesto, mi papá no podía menos que echarse unas sonoras carcajadas cada vez que lo recordaba.

Para tu abuelita, su nueva vida transcurrió entre Palizada y El Peal. No fue sino hasta siete años después de casada cuando tuvo a José Felipe, quien murió a los dos años de cólera infantil. Tía Charo, media hermana de mi papá, se trasladó al rancho y estuvo varios meses con ella para acompañarla en ese doloroso trance; después nació Chole y luego yo.

La vida en la hacienda era muy tranquila. Tu abuela, después de acompañar al abuelo a desayunar, se acostaba de nuevo y, como a las siete, se levantaba. Había que despertarse a esa hora y desayunar lo que era costumbre: un par de huevos estrellados con su tortilla frita y café con leche; a veces, naranjas peladas y chupadas, no se acostumbraba todavía el jugo y la fruta en el desayuno. Después, tu abuelita disponía la comida con Lugarda; a Velia, otra mujer del rancho, le indicaba la ropa de lavar y era la encargada de calentar el agua para el baño, mientras nosotras jugábamos un rato. El baño era como a las diez, y una vez seco el pelo, nos peinaba Mariquita antes de que llegara tu abuelito del campo.

La comida se servía a la una. Lo más usual para la abuelita, tía Chole y yo, era pollo. Tenía tu abuelo más de doscientas gallinas para el consumo de la casa; a veces, cuando pasaban los cayucos vendiendo, podía ser: mojarra o pejelagarto o tortuga; todo, por lo regular, acompañado con arroz blanco y plátanos fritos; fruta al final de la comida. Durante la tarde, tu abuela nos daba clases a Chole y a mí.

... Para hacer el merengue vamos a batir las cinco claras con una pizca de sal y una rociadita de agua. A los cuatro o cinco minutos, se comienza a incorporar, por poquitos, tres cuartos de taza de azúcar sin dejar de batir...

La merienda la tomaba el abuelito más temprano, los demás merendábamos a las siete: pan de dulce, panuchos campechanos

elaborados con tortilla de masa cruda, frijol, cazón frito y otra tortilla de masa; se cerraba y freía, se servía con su salsa de cebollita y vinagre; torrijas con miel, de pan francés, una especie de hot cakes, receta del tío Juan Fernández que había estado en la Guatemaland y sabía muchas recetas; chancletas de chayote, torta de calabaza o chayote o papa.

Lo que normalmente compraba tu abuelo cada sábado en Palizada era carne como para dos días, arroz, frijol, azúcar, panela, pan, mantequilla,<sup>4</sup> queso.<sup>5</sup> Tu abuelita María acostumbraba a tener siempre en el rancho el queso y la mantequilla en caso de que alguien llegara de visita, cosa muy común por el rumbo en esa época, pues no había servicio de alimento ni hospedaje;<sup>6</sup> de camino a otros lugares pasaban a comer a El Peal y con esto podía improvisar platillos más elegantitos para quienes llegaran. A veces preparaba una deliciosa torta con las castañas que daba el castaño silvestre que había en El Peal.

... Cuando empezamos a batir las claras, aparte, en una cacerola amplia, se pone a hervir regular cantidad de canela con una taza de agua. Cuando se reduce este líquido a la tercera parte, se agregan cuatro tazas más de leche y un cuarto de taza de azúcar...

El Peal tenía la sala al centro, por ella se accedía al resto de la casa; en una esquina de ésta había una consola con un espejo muy fino. La puerta se mantenía abierta siempre. En una ocasión se escapó un burro de los corrales y se metió a la sala, el burro se vio en el espejo y se asustó, cogió a coces al semejante reflejado e hizo añicos consola y espejo. A tu abuela María poco le faltó para matar al burro. Así que, desde entonces, pusieron una media reja

<sup>4</sup> Mantequilla holandesa enlatada.

<sup>5</sup> Bola holandés de cera roja.

<sup>6</sup> Si les ganaba la noche o el cansancio, se quedaban en cabañas, ranchos o rancherías del camino.

de madera en la puerta principal, por si se volvía a escapar un animal, no se metiera a la casa.

Un día que llegaron los revolucionarios al rancho y no estaba tu abuelo, Mariquita nos tomó de la mano a Chole y a mí y, como siempre, nos fuimos a toda carrera al monte para protegernos; en esta ocasión estaba de visita la abuela Pepilla, quien también cogió camino. De repente empieza a escuchar tu abuela que alguien le gritaba: “¡Pérete ay!”, pero no entendía qué le decían y veía brillar el machete que agitaba en el aire una persona. Ella no distinguía quién era, hasta que un poco más cerca reconoció al viejito Gabriel que le decía: “¡Pérete ay!, ¡pérete ay! ¡Yo voy con usted!, pos qué va a decir mi patrón que si aquí no hay un hombre que la defienda, que si él es el único, que si no hay otros”.

Tu abuela María, al igual que el abuelo, practicó la medicina con los trabajadores del rancho. Crescencio López, un trabajador que había nacido en El Peal, y que después siguió a tu abuelo a Polvoxal, tenía una nieta: Tomasa,<sup>7</sup> Maxita, era xet,<sup>8</sup> estaba muy débil y, por lo mismo, todavía no caminaba. Cuando tu abuela llegó, le empezó a mandar leche, a procurarla para que se pusiera más fuertecita y así logró que caminara. En Polvoxal había una familia de apellido Gálvez que vivía en el champón,<sup>9</sup> detrás del corral. Todos tenían mal del pinto, y tu abuela sabía, por el doctor Melo, que se componía con unas tomas de sal de Epson disuelta en agua hervida, una onza en un litro; en ayunas, un vasito todos los días. Ya casi no tenían manchas cuando tuvimos que dejar el rancho.

En la época en que Tomás Garrido Canabal gobernó Tabasco, mi primo César Lastra se enemistó con él y tuvo que salir de Villahermosa porque Tomás lo amenazó de muerte. Estuvo escondido en El Peal; tu abuelo lo ocultó en un champón medio

<sup>7</sup> Hija del Xet, quien pretendiera, más adelante, invadir Polvoxal.

<sup>8</sup> En maya, labio leporino.

<sup>9</sup> Construcción sencilla con cuatro palos o troncos, en cuadro, con techo de guano o tejas; palapa.



cerrado. Sólo tu abuela o Velia le llevaban la comida por la tarde, cuando los trabajadores ya estaban descansando, para evitar que se dieran cuenta. A tu abuela le decía César: “Tía, ya me voy a casar con María Luisa”, una prima segunda, que había crecido en el rancho. “Si te la traigo, ¿me harías el favor de enseñarle modos más refinados?” Mariquita le decía que sí, aunque dudaba de que ella quisiera. Un día se amaneció con la noticia de que Garrido había dado amnistía y ya no había peligro. César, de todas formas, tenía sus reservas, así que durante la noche se fue a Villahermosa, arregló algunos asuntos y pensaba regresar de inmediato a El Peal. Sus amigos lo invitaron a una fiesta que iba a celebrarse en el pueblo; no quería ir, pero lo empezaron a animar diciéndole que ya no corría riesgo, que no pasaría nada. Aceptó finalmente y se fue al jolgorio. Durante el baile hubo un apagón, empezó el desorden y, cuando regresó la luz, habían apuñalado a César, le sacaron los intestinos. Ningún médico lo quiso atender por miedo a Garrido. Murió una hora después...

... Al empezar a hervir se baja la flama, pero que hierva siempre a fuego suave. En esta leche vamos a ir colocando trozos del me rengue, por cucharadas, a que se hierva en la leche, dándole vuelta para que se cueza de los dos lados...

Tu abuela siempre le tuvo mucha paciencia a tu abuelo. Decía que él, al haber quedado huérfano de madre tan pequeño, no había tenido quien lo consintiera. De igual manera, con su cuñada, la tía Herlinda, llevó una relación muy diplomática porque consideraba que ella había sido casi una madre para tu abuelo; por eso le disculpó todas sus rarezas y hasta faltas de cortesía, como las invitaciones a comer que le hacía a su hermano cuando estaba en Palizada y no invitaba a la familia, únicamente a él, y lo acaparaba, porque en la tarde sacaba la baraja y se ponían a jugar hasta que ella lo ordenara. Tu abuela María estuvo pendiente de la tía Herlinda

cuando enfermó, hasta un día que llegó como siempre, le midió la medicina que le tocaba tomar. Con un gesto muy altanero, el tío Panchín, su esposo, le arrebató la medicina a tu abuela, la arrojó al patio, se acercó a la tía Herlinda y le dijo: "Quien sabe qué te estén dando, mi reina. De ahora en adelante seré yo quien te atienda". Tu abuela le dijo a mi papá: "Bueno, pues yo no regreso aquí", y el abuelo entendió. Lo que sucedía era que la tía Herlinda, como no tuvo hijos, nos había nombrado a Chole y a mí sus herederas, algo que el tío Panchín no podía permitir, así que, en cuanto ella cayó enferma, él le recogió las llaves de todos sus muebles y baúles y se dedicó a vender todas sus prendas y las propiedades, para que ya no hubiera nada que heredar. Y así sucedió, pero poco le duró el gusto. Algún tiempo después de haber enviudado, y decidido a la conquista, se practicó una intervención para que le quitaran barriga. Me imagino que en aquel entonces estaba en pañales este tipo de cirugía, y... se murió...

Yo tenía ocho años cuando fuimos a Villahermosa por la muerte de la bisabuela Pepilla. Ella le había encargado a tu abuela María que, a su fallecimiento, le entregara a cada una de sus hijas su herencia, además de sus joyitas que había repartido en cuatro partes y colocado en cuatro bolsas cerradas. Cuando cumplió su cometido, Sara dijo que debían abrirlas para ver si era justa la repartición, a lo que tu abuela se opuso y les expresó que si así lo había dispuesto su madre, era porque así quería que fuera y había que respetar su voluntad. Ella no se lo permitió. Tal vez la bolsita de Josefina se apreciaba más voluminosa, quizá tu bisabuela la favoreció porque su situación económica era muy difícil. Por eso Sara brincó, ella fue siempre la más ambiciosa y soberbia. Decía que su mayor placer era acariciar la caja donde guardaba sus monedas; junto con su marido, eran el colmo de la tacañería. Pero no quedó ahí...

... Se saca con una espumadera, escurriendo bien y se va colocando, con mucho cuidado, en un recipiente para que suelte la leche que le

sobre. Las rajadas de canela se pueden quitar o dejar, al gusto. Continuar hasta terminar. Si es necesario, se agrega un poco más de leche o se añade de la que va soltando el merengue hervido...

Durante los funerales, el tío Pancho Trujillo,<sup>10</sup> yerno de la tía Estela, le dijo a abuelita:

—Comadre —su esposa, Nela, era mi madrina de bautizo—, dice Sara que te van a embargar el viaje y a meter abogado para que le den cuenta del ganado que era de doña Pepilla...

A lo que Mariquita contestó:

—Cuando gusten, Agustín no tiene nada que perder: les cobrará piso, vaqueraje, pastura y, además, él lo atendía como propio y nunca le cobró nada de eso. Así que en quince años, ¿quién le debe a quién?

Se quedaron callados. Para ellos sus cuentas eran: siempre habían nacido vacas, tenido varias crías, ninguna se había muerto ni enfermado... y con esas cuentas, el dinero que les entregó tu abuela María les pareció poco. A la bisabuela y a la tía Concha les pagaron una vieja deuda que alguien tenía con su padre, y con eso compraron ganado para que lo manejara tu abuelo; decía Pepilla que era en el único yerno en quien confiaban. El abuelo Agustín le expresaba la conveniencia de que estuvieran presentes, cuando marcaran ganado, los dos nietos mayores: Enrique, hijo de Sara, y Chemo, hijo de Estela, para que vieran que sus crías se marcaban con su fierro: una herradura. Ella le respondió: "Agustín, usted no tiene que rendir cuentas a nadie más que a mí".

La tía Estela ya era viuda. Cuando murió su esposo, estaba arruinado. Durante la primera Guerra Mundial hundieron un barco con un cargamento de hilo, hilera y otras mercancías para su tienda. Ésa fue la causa de su ruina; se pagaba por adelantado. Por este motivo, Mariquita le regaló la parte de su herencia.

<sup>10</sup> Años más tarde fue gobernador de Tabasco y, más adelante, ministro del Trabajo en el gobierno de Manuel Ávila Camacho.

... Al terminar el proceso de hervir el merengue, se junta la leche que quedó con la que escurrió del merengue y, ya tibia, se pone por cucharadas en las copas, para que humedezca mejor las soletas...

Tu abuela María vivió con mucha dignidad todos los tropiezos de la vida, era además una mujer de fe. Tenía la costumbre de rezar el rosario; el lugar que escogía para hacerlo era a la sombra, detrás del postigo, para que le llegara aire fresco, muchas veces le ganaba el sueño, clavaba el pico y tiraba el rosario. Cuando el abuelo lo escuchaba caer, se percataba de eso y, siempre bromista, ponía en práctica su analogía con los animales y le decía: “¡Carajo, María!, por eso no te hacen caso los santos, y así, escondida en la oscuridad, pareces chivo con gusanera.”<sup>11</sup>

... Finalmente, colocarles su copete de merengue hervido a cada copa, poniendo encima de éste una cereza. Refrigerar antes de servir y, de ser posible, hacerlas un día antes... Son deliciosas...

<sup>11</sup> El ganado bovino y caprino es atacado por el gusano barrenador, con frecuencia en el ombligo, por lo que se echa a la sombra y se está lamiendo constantemente.

# CAPÍTULO 6<sup>1</sup>

## FABADA ASTURIANA

Desde la noche anterior se lavan y remojan las alubias grandes (fabes) en bastante agua. Colocarlas en un recipiente amplio porque crecen mucho. Al día siguiente se quitan las que flotan porque éstas no sirven y se espulgan un poco las demás...

Cuando se prepara un guisado, el aroma de los condimentos y especias se impregna en la ropa y en la piel, de igual manera sucedió en mi interior con muchos de ellos, y ahora, al plasmar esta receta, surgió el recuerdo que me llevó a las muchas veces que, en familia, disfrutamos la fabada, y el referente en que se convirtió entre los miembros del pequeño mundo doméstico en el que crecí fue dejando huella y modelando mi vida.

Por eso, para hablar de mi papá escogí la fabada, la primera razón es obvia: era asturiano, y otra es que a él, de niño, no le gustaba, y esto llegó a ser motivo de conflicto con su padre, a tal grado que un día le dijo: "Te doy un duro<sup>2</sup> si te comes la fabada". Niño al fin, se sintió tentado: se comió el plato que le sirvieron y, acto seguido, se levantó corriendo de la mesa y lo vomitó. Su padre le dio el duro prometido y flexibilizó su postura al darse cuenta de

<sup>1</sup> A partir de esta narración dejaré la voz de mamá y seré yo quien recurra a mi memoria para recrearla; sin embargo, será su voz la que continuará hasta el final transmitiendo las recetas, a excepción del capítulo 8, Tamal de platón, en el que es Carmela quien me alecciona.

<sup>2</sup> Moneda de cinco pesetas.

que al chaval no le pasaba ese potaje y nunca más lo volvió a obligar a comérselo. Pasaron los años, papá dejó la casa, dejó España, partió con rumbo a Cuba y, meses después, extrañando la comida hogareña, le escribía a su padre diciéndole cuánto se acordaba de su madre cuando le daban de comer lo que le gustaba: el bistec, el arroz con pollo, garbanzos y la fabada. Su padre le contestó: “Lo que extrañamos es que ahora te guste la fabada, que es lo que aquí nunca comiste”. El lugar donde tomaba sus alimentos, que por lo regular era con la misma persona con quien trabajaba, es posible que fuera de algún español radicado allá. La población española era abundante y diversa, había gallegos, asturianos y leoneses, así que el tipo de comida era similar a la de su terruño, y sólo eso había, sin opción. Tenía tan solo catorce años y era muy probable que la distancia y la tristeza se aliviaran un poco con el sabor del hogar. A partir de ese momento, la fabada fue añadida a su menú y la comía con frecuencia. En ocasiones, cuando venía a cuenta, recordando sus inicios lejos de casa, él señalaba: “El pan ajeno hace al hijo bueno”.

Hablar de mi papá me envuelve en la nostalgia, pero al mismo tiempo es un placer. En una ocasión me dijo Lolita:<sup>3</sup> “Si yo hubiera dejado tan chica la casa de mis padres, ahora mordería a cualquiera, y tu papá no es así, al contrario, es una persona que te reconcilia con la vida”. Siento una inmensa admiración por él, dejó el nido siendo niño y se forjó a sí mismo. Terminó la educación primaria en la escuela de don Floro,<sup>4</sup> el Barbucas, en Avilés. Una primaria enfocada a aspectos prácticos, desde cuarto año se enseñaba interés simple, compuesto, porcentajes, medidas pragmáticas y gramática española, con ella, de manera especial, se sembraba la inquietud de leer, algo que nunca dejó de hacer; abarcó un amplio espectro

<sup>3</sup> Mi suegra, mamá de Álvaro, mi esposo.

<sup>4</sup> En la actualidad se lee en una placa de bronce colocada en la puerta de la que fuera su escuela: Florentino F. Carbayeda, “Don Floro”, 1891-1965: aquí ejerció de maestro hasta su fallecimiento el educador ejemplar.

de la literatura, leyó desde los clásicos hasta los modernos de su tiempo, de modo que se le podía preguntar sobre cualquier tópico y él sabía. Tenía la costumbre de leer por lo menos tres periódicos al día, los editoriales del *Excelsior* y *Novedades*, y por la tarde *Últimas Noticias*, decía que eran las mejores, por ello poseía una opinión bien conformada. Sintió fascinación por la zarzuela y el teatro serio, y también el de revista: las tandas, en fin, poseía una enorme cultura adquirida, como decía, en la universidad de la vida.

A principios del siglo xx Francia cedió a España una parte de sus posesiones en el territorio marroquí que se sumaba a otras que ya poseía desde la primera mitad del siglo xix; en ese lugar se estableció un protectorado. No contaba con que encontraría resistencia<sup>5</sup> por parte de los rifeños, tribus de la región de las montañas que se oponían a la ocupación. Los bereberes, conocedores de la región, establecieron una férrea defensa y causaron innumerables bajas entre la tropa española; los continuos ataques obligaron a reforzar sus filas. La cruenta guerra que se libraba en Marruecos exigió muchos efectivos, por tal motivo se empezó a utilizar a las reservas del ejército, entre quienes se encontraba la sangre más joven de España: los chavales que realizaban su servicio militar. Éste era mediante un sistema de quintas,<sup>6</sup> que se establecía por sorteo y en el que jugaban los que estaban por cumplir la mayoría de edad. Una guerra muy sangrienta, con continuas matanzas de españoles, motivada en gran parte por la obstinación de España de mantener sus colonias, lo que obligó a los padres de familia a buscar la forma de impedir que sus vástagos fueran a Marruecos. Fue así como empezaron a emigrar, casi niños, cuando mucho

<sup>5</sup> Guerra del Rif, 1911-1927.

<sup>6</sup> El nombre proviene de la contribución de sangre u obligación de servicio militar que Juan II de Castilla (1406-1454) impuso durante su reinado, según la cual uno de cada cinco varones debía servir en el ejército, disposición que Felipe V retomó en 1705. En Josep Cusachs y el servicio militar en España, Ministerio de Defensa, Madrid, 2001, pp. 7-19.

a los quince años, para evitar ser retenidos cerca de la fecha del sorteo. El destino fue diverso, algunos permanecieron en Europa, pero una inmensa mayoría escogió América.

Dos tíos, hermanos de mi abuela, estaban radicados en La Habana desde hacía varios años, habían hecho la América, y por ese motivo, los dos hermanos mayores de mi papá habían partido a ese punto, un lugar cómodo y seguro con los tíos, evitando la guerra y con la intención, además, de buscar una colocación y aprender a trabajar. Cuando papá terminó el colegio, los tíos le hicieron el ofrecimiento de pagarle los estudios de ingeniería en Inglaterra, porque era muy listo. Tenía doce años, y la idea de ir a un país hostil y la dificultad del idioma lo hicieron negarse rotundamente. Dos años más tarde le tocó el turno de ir a Cuba a trabajar. Antes de partir a América, a la mayoría de los que iban a viajar les daban un cursillo de contabilidad durante dos o tres meses para que tuvieran alguna arma para empezar a laborar. Pienso que papá tenía muchas ganas de volar y un enorme espíritu aventurero, porque eligió Cuba. Y así empezó la aventura de su vida: en el puerto de Gijón, el 19 de octubre de 1916, se embarcó en el vapor Infanta Isabel.

Al leer las cartas que el abuelo Pablo y la abuela María<sup>7</sup> le escribían a mi papá, veo como en un espejo lo que fue pasando. Al embarcarse se les pedía a otros conocidos mayores, porque viajaban en grupos, que cuidaran de los más chicos; éste fue el caso de mi papá. Lo encargaron con Laureano, Celestino y otros más, pero lo que sucedió según leo: "Sentimos mucho al decirnos lo que te pasó en el vapor, parece que no te trataron bien y se acordaron bastante poco de ti, pero lo que yo siento más es que la pasaras mal por no pedirle dinero a Laureano, que tú sabías que lo llevaba, ya que él no se ocupó de ti". Los jóvenes que emigraban viajaban en tercera ordinaria porque intentaban adaptarse a la economía del

<sup>7</sup>También la madre de mi papá se llamaba María.



grupo: “Nos dices que la cama era peor que las de los cerdos, eso yo ya lo suponía”. Así se inauguró en su nueva vida.

En mi romántica imaginación siempre supuse que él había llegado a casa de los tíos y que ahí, en el seno familiar, pasó los años que estuvo en Cuba, pero nada de eso. Los tíos lo único que hicieron por él y sus hermanos fue buscarles una colocación en el comercio de algún español conocido. Lo demás, casa, ropa y comida, nada, no era su asunto. La colocación abarcaba el hospedaje y la comida, a cuenta de sueldo y de aprender a trabajar. Sólo le quedaba un poco para él. El dormitorio se encontraba en la bodega o en el tapanco, dormían en catres; la hora de levantarse era a las cinco de la mañana. A quien se quedara dormido le quitaban el tornillo de la tijera del catre y lo tiraban de golpe, por esa razón siempre madrugó. Cuando me enteré, no hace muchos años, que los tíos no vieron por ellos, no podía creerlo. ¿Cómo era posible que los hijos de su hermana, casi niños, pasaran necesidades teniendo familia allá y, además, en magnífica posición económica, ya que eran prósperos comerciantes de tabaco?

El primer lugar donde llegó a trabajar fue en Pinar del Río, a La Colosal, una tienda de todo,<sup>8</sup> como las de antes, una especie de almacén general sin alimentos. De aquí pasó a Camagüey, un rato a Banagüises y, eventualmente, a La Habana. También salió a caballo a vender por el campo, algo que no le agradaba a mi abuelo ni a mi tío José, el hermano mayor.

... Se ponen a hervir las alubias (fabes) con abundante agua. Cuando empieza a espumar, se le retira con la espumadera; dejar hervir a fuego moderado y se le pone una cebolla entera. Carmela se la retiraba antes de agregarle los tropiezos. En Asturias, la tía Avelina le ponía la cebolla picada...

<sup>8</sup> Ropa, sastrería, camisería, perfumería, sombrerería, peletería, locería, ferretería, sedería, quincalla y muebles en general.

Las cartas de los abuelos son maravillosas, en ellas atisbo un padre preocupado por que aprenda a trabajar: “Que te enseñen bien a trabajar, que es lo que tú necesitas, que lo principal es saber trabajar y que no dejes te den poco de comer, es lo primero, no lo aguantes”, pero sobre todo, en cada una le transmiten consejos y principios: “Te digo seas obediente a tus mayores, no perderles el respeto, no meterte con ninguno para que seas querido de todos”. También, siempre que pudo, le mandó algunos libros; le platicaba del campo y de su tierra: “Hay mucha seca, poca hierba, parece buena la cosecha de patatas, mucha manzana; pera, regular; higos y cereza, la cosecha está bien preparada, eso según lo mande el tiempo”; también de los animales: “Vendí a Lindo, el que tú tanto montabas... los caballos están muy caros y lo mismo el ganado, no se sabe dónde llegará el valor de todo, ya tarda en terminarse la maldita guerra.<sup>9</sup> Su madre escribió menos, ya no veía bien; sin embargo, lo recordaba en la Pascua: “Me acuerdo bastante de ti con los bollos que tanto te gustaban... me da pena que mis hijos pasen ganas de comer por no haber pan, pido a Dios en mis oraciones que eso no suceda... deseando vengas para ver que estarás hecho un buen cachorro... recibe un fuerte abrazo de tu madre que desea más verte que escribirte”. Ellos reflejaron ser, en todo momento, padres amorosos y preocupados por los hijos que tuvieron que marchar.

En 1918 se desató la epidemia de la influenza española que cobró varios millones de vidas alrededor del mundo. Mi papá la contrajo y la libró, en su casa paterna la padecieron: la abuela, Avelina, su hermana y Manolín, el más pequeño. Existía algo excepcional en su organismo que los protegió. Hubo muchos muertos en los alrededores, pero de ellos, ninguno. Mi papá, para no preocuparlos, nunca les dijo que él también la había sufrido. En

<sup>9</sup> En 1918 continuaba la guerra con Marruecos. Eran tiempos de la Gran Guerra, pero España se mantuvo neutral hasta su fin.

Cuba, nos contaba, se acabó la tela negra para forrar los ataúdes por las innumerables muertes que ocasionó. Él se consideraba de los poquísimos afortunados que podían contar que la habían padecido y sobrevivido.

Avelina era su única hermana, cuatro años mayor que él, y lo adoraba. En una ocasión que les envió una foto, ella escribía: “Recibimos el retrato tuyo, lo que nunca canso de mirar, aunque estás algo muy serióte a lo risón que tú eres... el hermano tan amable y tan cariñoso para con todos que estando tú en casa parecía que la casa estaba llena”. Ella me dijo, cuando la conocí, que: Poldo era el más salao<sup>10</sup> de sus hermanos.

El abuelo Pablo se interesaba por la situación económica en Cuba, que comenzaba a ser difícil: “Dicen que en ésa está muy mal y tú no me cuentas si es verdad que está pasando mucha hambre la gente obrera, que no tiene dónde trabajar, que la libra de azúcar sólo vale un centavo y los bancos, casi todos quebrados”. Una gran mayoría de los ingenios cubanos se encontraba en manos de españoles;<sup>11</sup> alrededor de 1921 se dejó correr un rumor<sup>12</sup> de que el azúcar iba a subir de precio: Los dueños de los ingenios comenzaron a acumularla para venderla cara más adelante; se endeudaron hasta el cuello, no vendían y el precio del azúcar no se incrementaba. Un buen día resultó que el precio bajó hasta el mínimo, todos los propietarios quebraron, y fue entonces cuando los que habían esparcido el rumor, adquirieron a precio de risa los ingenios.

En España, la guerra en Marruecos continuaba. Papá no podía regresar, ya se acercaba a los veinte años y estaban llevando más gente: “Pidieron tres quintos y ya suspendieron la emigración... marchan los mejores mozos del pueblo... la Infanta<sup>13</sup> arrasa con

<sup>10</sup> Gracioso, listo, oportuno, espabilado.

<sup>11</sup> Entre ellos se encontraba el padre de Fidel Castro.

<sup>12</sup> Por parte de Estados Unidos.

<sup>13</sup> El trasatlántico.

la mayor parte de la juventud que hay en ésta". Los tíos José y Arturo regresaron a Asturias; mi papá decidió, sin decirle a nadie, porque no se lo hubieran permitido, embarcarse para México, que también estaba atravesando las crisis finales de la Revolución. Cuando desembarcó en Veracruz, les telegrafió que ya estaba en México. Su padre, cuando se enteró de que había dejado Cuba, se preocupó mucho por las noticias que les llegaban: "Lo que yo más siento que estés en un punto donde no haya tranquilidad; lo que debes de procurar es no ir por donde está el enemigo... anda con cuidado, no te quedes dormido, que ya sabes lo que te sucedió con el dueño de Camagüey y por lo mismo hay que desconfiar que es triste trabajar uno para que otro se lo lleve".

Cuando llegó a México, mi papá vivió en una casa de huéspedes que abrió una familia vascongada<sup>14</sup> que venía en el barco que le trajo a Veracruz junto con otros compañeros y que, a partir de aquel momento, serían amigos entrañables hasta sus últimos días. Durante el viaje se le ocurrió a don Félix Gurtubay que, mientras él se colocaba en algún empleo, sería buena opción iniciar con huéspedes; él era muy trabajador, también lo era su esposa doña Raymunda que además cocinaba delicioso. Ella era sobrina de un ex mayordomo de un noble español, quien lo había heredado, y con esta pequeña fortuna puso un magnífico restaurante en España, donde ella trabajó en su juventud.

Al poco tiempo de haber llegado papá a México, mi abuelo le comunicó: "Sabrás que ya jugaste en quinta y te tocó un buen número que fue el ciento nueve, creo que seas excedente de cupo y yo pedí prórroga para que tengas tiempo de presentarte al cónsul para que te talles y para que no te pongan cómo prófugo y para que el cónsul certifique a este ayuntamiento de haberte presentado", sin embargo no fue tan sencillo: "Me dices que el cónsul te pone muchas dificultades, será que quiera dinero".

<sup>14</sup> Gurtubay Leturio.

Para entonces ya se encontraba en México la hermana menor de mi abuela María: Antonina, quien había casado con un ingeniero en minas, también español, y que fue contratado por una empresa inglesa establecida en el país. La tía Antonina era una mujer muy fina y distinguida, había estudiado en Suiza, la habían enviado los hermanos mayores que radicaban en Cuba; estaba muy bien preparada, tenía seis hijos, la última de ellos nació en el barco que los traía de España, por eso la bautizó como Marina, además de que estaba en la cima de la fama la zarzuela Marina. Mi papá buscó a los tíos y, como los primos eran más o menos de su edad, entablaron muy buena relación. Frecuentó mucho su casa, él decía que su tía Antonina lo había pulido con garlopa,<sup>15</sup> y si así fue, lo hizo muy bien, porque se condujo siempre como un caballero en toda la extensión de la palabra.

Con añoranza, mi papá le pedía al abuelo manzanas del Barrero para él y para la tía, él contestaba a su solicitud: “Te mando una caja con la prueba de manzanas y de castañas con un hombre que va para Veracruz”, y poco después el abuelo complacido escribió: “Me dices que la caja de manzanas que llegó a tiempo para Nochebuena y que comiste compota que hizo tu tía...”

Mientras vivió en el Distrito Federal, jugó fútbol, deporte que lo apasionó, siempre estuvo muy orgulloso de haber pertenecido a las reservas del Asturias, el legendario equipo del Centro Asturiano. Aún conservo una foto donde se le ve con el uniforme y en compañía de todo su equipo.

Algunos años después, mi papá se asoció con un amigo, José del Rincón, y fundaron, apoyados por el padre de José, Las Novedades de París, en la esquina de Ayuntamiento y Dolores, en pleno centro de la ciudad de México. Pepe se casaría más adelante con Tonina, la mayor de sus primas: “Oímos por tu primo Bernardo que se casó la primera hija de tu tía Antonina con el

<sup>15</sup> Cepillo grande de carpintería para pulir madera.

tu socio". Cuando trabajó en Rincón y Leguineche se relacionó mucho, conoció un grupo de amigos de sus primos y organizaban paseos y fiestas; uno de los primeros 15 de septiembre que pasó en México, lo invitaron a la verbena, a dar "el Grito", y como era tan entusiasta, aceptó. Les preguntó:

—¿A dónde vamos?

—A matar gachupines, le contestaron. Él aceptó encantado.

Entre los que formaban parte de este grupo estaban los hermanos Humberto y Miguel Agustín Pro, además de León Toral. Tenía una fotografía en la que se apreciaba a todos ellos sentados en las vías del tren en Huixquilucan, donde lo esperaban para regresar de un día de campo. En esa ocasión llegaron a detenerlos porque se había iniciado un incendio en el bosque, generado aparentemente por un cigarro encendido que habían tirado. Después de pagar una multa ya no tuvieron problema. Nos platicó cómo entre estos conocidos había algunos con inquietudes religiosas. Eran tiempos de persecución y hacían llegar la propaganda de su movimiento de forma muy peculiar: en las noches elevaban globos de papel de China, todos al mismo tiempo. Decía que era un bello espectáculo verlos elevarse iluminados, y cuando se quemaban, de alguna manera los volantes caían y, de esa forma, informaban acerca de las actividades del movimiento.

... Usualmente el chorizo, tocino, jamón y morcilla se ponen directamente en la olla. Carmela acostumbraba, en un poco de aceite, freír cinco o seis dientes de ajo. Una vez bien dorados, aquí mismo freía ligeramente los trozos de tocino y, posteriormente, los chorizos, siguiendo con el jamón crudo o tipo serrano, remojado desde la noche anterior; el agua se reserva y también se le pone al guiso (si se consigue, se utiliza el lacón).<sup>16</sup> En Asturias no se acostumbra, pero en la casa se le ponían trocitos de carne de puerco, porque a tu papá le gustaba. Se le agrega agua y se deja en el fuego para que hierva...

<sup>16</sup> Pata delantera.

Durante la guerra cristera, en varias ocasiones, algunos de los enfrentados hicieron volar trenes con dinamita, algo que preocupaba a mi abuelo: "Que andas viajando, creo peligroso por cuenta los asaltos de los trenes y explosiones, eso lo sabes mejor tú que yo". A papá también le tocó ver a cristeros ahorcados, colgados en los postes del telégrafo entre Guanajuato y los Altos de Jalisco, ya que la línea se tendía a la orilla de la vía. Durante las diversas guerras y guerrillas que vivió, estuvo en tres sitios, dos en Veracruz y otro en Pachuca. Vivió épocas de toque de queda, dos veces le marcaron el alto y le cortaron cartucho porque no oyó el "¿Quién vive?", a lo que había que contestar: "Gente de paz".

En trámites burocráticos de papeles más y papeles menos, no pudo arreglar su situación de quintas, el abuelo le recordaba: "Ahí te mando un papelito por si lo necesitas del estado en que te encuentras de quintas: Ayuntamiento de Castrillón, provincia de Oviedo. Reemplazo de 1922, mozo número 109 del sorteo: Leopoldo García Valdés, hijo de Pablo y María fue declarado prófugo. Sello del Ayuntamiento... el que viene a ésta y no lo tiene arreglado, no puede volver embarcar". Por fin, dos años después y al cabo de muchas vueltas, logró revertir su condición de prófugo y solucionar en definitiva su situación de migrante.

Cuando papá se inició como agente viajero, nos platicó que le costó trabajo, pero alguien le aconsejó decir siempre la verdad a los clientes. Era muy importante nunca mentirles sobre las bondades de las mercancías, gracias a eso se hizo de buena fama y respeto. Fue magnífico vendedor, tenía don para ello.

Las rutas<sup>17</sup> que trabajó fueron diversas, conoció casi todo el territorio nacional, a excepción del norte, del que visitó pocas

<sup>17</sup> En Esperanza tomaba el tren: Tehuacán, San Antonio, Cuicatlán, Oaxaca, Parián, Huejutla, Puebla, Tehuantepec, Pinotepa Nacional. Otra: Tapachula, Arriaga, puntos intermedios, Papaloapan, Río Blanco, Veracruz, Alvarado, Perote, Jalapa, Coscomatepec, Veracruz. Poza Rica, Papantla, Tuxpan. Otra: Guanajuato, Querétaro, Guadalajara, Michoacán, todo el

poblaciones, a veces en tren y otras a caballo; también viajó en avioneta a San Cristóbal de Las Casas. En una ocasión ya anoche-cía, el cielo estaba tupido de nubes que impedían la visibilidad para aterrizar porque los cerros rodean la población como una plaza de toros. El piloto americano daba vueltas y vueltas, el combustible se agotaba. En eso se abrieron las nubes del lado en que mi papá iba sentado, detrás del piloto. Como no sabía inglés, le tocó en el hombro y con señas le mostró al piloto ese claro. Enseguida éste clavó la avioneta entre las nubes y aterrizó. Fue una de sus tantas andanzas que creyó no contar.

El trayecto que se podía hacer en ferrocarril, lo realizaba hasta el punto donde llegara el tren; ahí contrataba caballos, mulas y arrieros. Con ellos llevaban unas enormes maletas cúbicas de cuero con los muestrarios que colgaban a los lados de los lomos de las mulas. Viajaban en grupo, por seguridad, pues tenían que protegerse de arrieros, bandidos, revoltosos, soldados y animales. No se amilanaba y era de sangre fría para sortear problemas, portaba pistola. En una ocasión en que se dirigían a Teziutlán, poco antes de llegar, en una loma se encontraba apostada una gavilla de bandoleros que los observaba. Les preguntaron a dónde iban. El grupo comenzó a inquietarse, y prepararon las pistolas, pero papá les dijo:

—Calma, calma, no sean tontos. No llevamos dinero, no nos atacan porque saben que apenas vamos a cobrar.

Por lo regular levantaban el pedido y al siguiente viaje cobraban.

—¿A dónde van, amigos? —preguntaron.

Papá contestó cordial:

—¿Qué tal, amigos?, ¿cómo están? Vamos a Teziutlán. Nos vemos luego.

---

Bajío, Angangueo, El Oro, Toluca. Otra: Puebla, Izúcar, Chiautla de Tapia, Tlapa, Chilapa, Chilpancingo. Y en barco costean-do de Veracruz a la desembocadura del río Grijalva, a Villahermosa, Palizada, hasta Ciudad del Carmen, Campeche, de nuevo en tren a Mérida, y poblaciones intermedias.



Y los dejaron pasar sin contratiempos.

Visitaron a sus clientes, vendieron y cobraron. Mi papá le comentó a uno de ellos lo ocurrido. Éste les señaló otro camino para bajar a Veracruz y esquivarlos. Papá mandó a comprar latas de manteca y, a la madrugada siguiente, él y los demás agentes metieron el dinero —monedas de oro y plata era lo que se manejaba— dentro de la manteca, y así, cuando llegaron los arrieros a cargar las mulas, cargaron las latas como cualquier otra mercancía. Estando todavía oscuro, antes de que amaneciera, se fueron por Jalapa sin novedad; era muy probable que los bandoleros tuvieran a alguien vigilando para darles el pitazo. También había situaciones divertidas, como cuando pasaban por Tehuantepec. Era todo un acontecimiento ver, desde el tren, a las tehuanas bañándose desnudas en el río. Otra vez, en Tlalpujahuá, perdieron el tren, pero había ahí un doctor que acababa de comprar coche. Para aquel lugar era la novedad. Le pidieron que los llevara al siguiente punto donde pudieran alcanzar el tren, y lo convencieron diciéndole que le pagarían por el servicio. Fue una odisea por un camino de tierra, aquí decía que fue su primer viaje en coche<sup>18</sup> por carretera. En ese entonces sólo existían algunas carreteras secundarias. Fue, más o menos, hasta la época de Cárdenas, como por 1936, cuando se construyó la carretera México-Puebla.

Dormían en poblaciones grandes, pues era arriesgado no hacerlo. Cuando por alguna circunstancia les alcanzaba la noche en un lugar pequeño, pernoctaban en la casa de algún conocido, por lo regular algún cliente español. En una ocasión se les hizo más tarde de lo acostumbrado. Cuando llegaron a la casa del cliente, ya estaba cerrada a piedra y lodo. Comenzaron a tocar y no les abrían, pensaban los de dentro que eran una gavilla porque ha-

<sup>18</sup> En México ya abundaban los Ford TS convertibles, les decían los "fortingos" y comentaba que Ford quería decir: "Fabricación ordinaria, reparación diaria", porque el Ford fue el primer coche fabricado en serie, de menor calidad que un coche europeo, lo que lo hacía de precio accesible.

bían oído los cascotes de los animales; intentaron de nuevo y nada, hasta que papá comenzó a hablar en voz alta, se identificaron, y así fue como les recibieron. Otra noche tuvieron que quedarse en Huamustitán, un lugar que llamaba la atención porque la mayoría de sus habitantes tenían mal del pinto; como no se conocía bien el origen de la enfermedad, no dejaba de impresionarles. Ahí les dieron para dormir un jacal con una cama de otates. Como éstas, vivió muchas aventuras en un México agitado política y socialmente.

En el país ya se resentía la recesión de 1929, tampoco en España marchaban bien las cosas, según escribía el abuelo: “Dices que en ésa está muy malo pues en ésta también [...] porque se cierran algunas fábricas y se cierran también muchas minas que andan los pobres trabajadores pidiendo limosna por no tener trabajo [...] La situación para los labradores es difícil, les ponen muchas cargas, apurados para pagarlas, el ganado baja de precio y los piensos, no. Los obreros no tienen trabajo”.

En España terminaba la guerra de Marruecos, pero comenzaban los sobresaltos previos a la guerra civil. Del levantamiento de 1934 daba cuenta tío Arturo: “16 de diciembre de 1934. Aquí la suerte que tuvimos fue que llegó pronto el ejército que no les dio tiempo nada más que quemar siete casas, pero la idea de los revoltosos era quemar a todo Avilés [...] En Oviedo quemaron muchas casas y a muy pocas les quedaron cristales sanos; luego los revolucionarios fusilaron mucha gente, entre ellos varios curas. Yo que había visto tres revoluciones, pero como ésta ninguna. Ésta me hace recordar lo que decía la prensa de ésa en tiempos de Pancho Villa”.

El levantamiento anarquista de los mineros en el norte de España, la Revolución del treinta y cuatro, fue a consecuencia de las pésimas condiciones de trabajo en las que se encontraban. Los que nada tenían sólo podían aspirar a ser mineros desde niños, un empleo mal remunerado, en condiciones de muy alto riesgo debido a las explosiones frecuentes por acumulación de gas grisú,

ya que eran minas de carbón. Lo que se extraía iba al País Vasco y a Inglaterra. Los mineros morían jóvenes de silicosis por el polvo que respiraban en la mina, todo esto exacerbó los ánimos de estos grupos, y si sumamos el desempleo de un numeroso grupo de mineros y de obreros, surgió el perfecto caldo de cultivo para la insurrección.

A pesar de que Asturias no era lugar de grandes terratenientes, como en el sur del país, sino más bien de pequeños propietarios, para los mineros, en su condición tan precaria, no dejaban de ser burgueses, por lo que se levantaron contra ellos y los trataron muy mal. Con todo, esta revuelta fue reprimida.

Mientras esto sucedía del otro lado del océano, mi papá aquí, en México, continuaba con su vida. En su etapa de agente viajero conoció a mucha gente, entre ellos al señor Eugenio Herrero, español comerciante, propietario en la ciudad de Campeche de una tienda de telas y regalos. El señor Herrero le platicó que tenía dificultad con el encargado del lugar y le propuso que fuera gerente de esa tienda: Casa Herrero, la cual estaba ubicada a un costado de la catedral. Papá aceptó porque ya estaba cansado de tantos años de viajante, fue así como llegó a Campeche. El abuelo comentaba: "19 de septiembre de 1935. Me dices que llevas dos años en esa casa y me dices que hasta la fecha que te va bien, esa noticia nos sirve de alegría para nosotros que siempre deseamos el bien de nuestros hijos". Ahí conoció a mi mamá. Mi abuelita y ella eran clientas asiduas, la tienda tenía variedad de géneros de muy buen gusto, así como regalos y mercancías diversas. Se casaron después de un noviazgo de poco más de un año. Mi abuelo Agustín no lo permitió antes, se acababa de casar la tía Chole y argumentaba que no estaba rematando a sus hijas; tuvieron que esperar algunos meses más. Dos años después de casados se fueron a vivir a Mérida, porque era la tienda de allá la que entonces tenía problemas: Las Novedades, también del señor Herrero. Con este motivo mi mamá le pidió a Carmela Pérez que se fuera con ellos

para ayudarla con las labores de la casa y, a partir de entonces, siempre los acompañó. Carmela era una joven que había trabajado con mis abuelos lavando y planchando.

... Cuando ya están a medio cocer las alubias, se les agrega el compango,<sup>19</sup> junto con un hueso de jamón y, si se consiguen, unos trocitos de tocino ibérico para darle mejor sabor. Que siga hirviendo a fuego moderado. Agregar agua caliente cada vez que sea necesario.

A la familia de papá, predestinada por su condición de pequeños terratenientes, le tocó caer en el grupo burgués opuesto al anarquismo y quedar del lado de los nacionales. No había elección, la sociedad estaba polarizada. Ambos bandos eran grupos heterogéneos.<sup>20</sup> Con la triste experiencia del treinta y cuatro, fueron Asturias y el País Vasco los primeros en caer bajo el control de los nacionales. Sin embargo, papá nunca fue radical, tuvo magníficos amigos republicanos, siempre respetó su modo de pensar. Mis abuelos y tíos vivieron así esta etapa:

9 de febrero de 1936

Me preguntas por la situación que se encuentra esto, pues es bastante mala, el domingo día dieciséis se celebrarán las elecciones y hay dos partidos: uno de derecha, otro de izquierda. Si gana la derecha estaremos tranquilos, pero si ganan los de izquierda tendremos el comunismo, que es lo que quieren, porque es la doctrina que predicán, la gente está atemorizada, hay gran pánico porque en Asturias ya se vio en octubre del 34, cuando la revolución, que en algunos puntos

<sup>19</sup> Los tropiezos: el tocino, jamón, chorizo y morcilla.

<sup>20</sup> Entre los nacionales había moros, italianos, alemanes, el clero, monarquistas, guardia civil y otros. Entre los republicanos, socialistas, republicanos, anarquistas, comunistas, masones y más.

daban vales para ir a buscar comestibles y eso es lo que se teme; pero creo que pierdan en la elección, aunque hay muchos, aguantaremos todo lo que venga que no nos queda remedio [...] En ésta todo está paralizado no hay trabajos y si mucha hambre, todos los días pasan por aquí obreros pidiendo limosna y otros dando atracos, esto es malísimo, el año 34 fue fatal sobre todo para Asturias, en Octubre la revolución y en Noviembre quiebra de dos bancos: una la banca de Maribona y el otro la de González de Valle de Madrid, éstos como eran nacidos aquí en Castrillón, muchos tenían con ellos porque los tenían como de mucha confianza y dieron la pavada.

Daba cuenta el abuelo.

11 de febrero de 1936

... sabrás que estamos en vísperas de elecciones y los ánimos están muy excitados, pero creo que no pasará nada porque el ejército está muy preparado, en caso de que haya algún disturbio; no te puedes imaginar por el trance que estamos pasando, esto no parece que son elecciones para diputados sino que parece una guerra de clases, porque es tanto el odio que hay entre el obrero y el capital, que si llegan a ganar los socialistas, pobre del que tenga algo que perder.

Le notificaba tío Arturo.

14 de abril de 1936

... de lo que pasa en España no lo sabemos, porque los periódicos no dicen lo que pasa porque están censurados, no sabemos nada más que parece que está bastante revuelto, así que tendremos que esperar todo lo que venga. De lo que pasa debes de estar más enterado tú [...]

se sabe mejor en esa que nosotros [...] Para el día 26 hay elecciones para presidente, es de suponer que sea uno de izquierda, como están en poder tienen más facilidad para ser...

Su padre lo ponía al día.

19 de noviembre de 1937

... ya suponíamos que os acordarías mucho de nosotros sabiendo lo hostigados que vivimos durante quince meses bajo el dominio rojo, nos han asaltado la tienda llevándonos todo cuanto teníamos, no conformes con eso, nos escalaron la casa nos llevaron algunas ropas y todo lo de comer, pero al fin salvamos la vida, que era lo que pedíamos a Dios y ahora a trabajar y empezar la vida de nuevo, ya llevamos quince días con la tienda abierta aunque con muy poca existencia para ir viviendo como se pueda [...] Estamos muy contentos por no haber desgracias en la familia tanto en la de mi mujer como en la nuestra, esto nos parece un sueño después de tantas calamidades que hemos pasado, así que ahora no cansaremos de decir: ¡Viva Franco! Y ¡Arriba España!

Tío Arturo

Mi abuelo escribía:

21 de noviembre de 1937

... de tu última carta de antes de la guerra que nos comunicabas que te ibas a casar para fines de septiembre [...] esa carta no la recibimos, nosotros lo supimos por mediación de Arturo [...] Te voy darte cuenta de las consecuencias de la guerra, primero detuvieron a José, el día dieciocho de agosto del año pasado y estuvo cincuenta y un días detenido porque sacaban muchos presos para asesinarlos, ya puedes imaginar lo disgustado que estaría él...

Comentaba papá que como todos los días amenazaban a tío José con sacarlo a paseo —así decían cuando los llevaban a ejecutar—, después de tantos sobresaltos, en una ocasión sintió que algo helado le recorría la espalda. La consecuencia de esta angustia lo enfermó de siringomelia, que años más tarde sería la causa de su muerte

... segundo, me llevaron dos terneros, caballo y montura, freno y polainas y no me dieron una peseta por ellos, me echaron una multa de quinientas pesetas y requisarme el carro y el ganado para ir a trabajar donde ellos mandaran. Y después llamar la quinta de Manolo y tener que ir y estar por los frentes ocho meses, después de todo estamos conformes que no le pasó nada, está en casa con nosotros, pero tiene que volver, primero con los rojos, y ahora con los militares que es lo que él deseaba, que con los otros estaba aburrido, lo destinaron al batallón disciplinario con pala y pico, o bien sea batallón D y lo miraban con desprecio.

Hubo largos periodos de silencio, papá no recibía cartas de España desde que había iniciado la guerra civil; a partir de entonces, todos los días escuchaba en un radio de onda corta una estación de Barranquilla, Colombia, que era bastante objetiva en la información que transmitía de ambos bandos, y en un mapa de España que pendía en su pared, iba señalando, según el parte militar, los avances y lugares que cada uno de ellos se apoderaba. Durante este tiempo mi papá, junto con otros españoles radicados en Mérida, formaron un grupo que manifestaba simpatía con el bando que tenían partido, pero sin entrar en ideología, más que nada solidario, y veían la forma de ayudar o reunir fondos o mercancía, o aunque fuera enviando periódicos para que se enteraran los familiares allá de lo que sucedía; como decía mi abuelo, allí estaba censurada la prensa.

Papá, vía Nueva York,<sup>21</sup> enviaba lo que se podía. México había roto relaciones con el gobierno de España porque el presidente

<sup>21</sup> De alguna manera, es probable que con un propio hacía llegar al puerto

Lázaro Cárdenas apoyó la República española y no reconoció a Franco. El abuelo Pablo informó: "1939... Había en la Administración de Correos un anuncio que decía: no se admite correspondencia para México..." Después de terminada la guerra civil, hubo un boicot contra España con la intención de derribar a Franco; todo escaseaba, desde alimentos hasta combustibles. En esos momentos mi papá apoyó mucho a su familia, la generosidad fue un rasgo que siempre lo caracterizó. A las mujeres de la casa les enviaba medias, entonces de seda, muy apreciadas, allá no se conseguían; éstas las colocaba, cuidadosamente dobladas, dentro de las hojas de los libros que les enviaba; como eran tan finas, no hacían bulto, no las detectaban. La hija de tío Arturo comenzaba a estudiar una carrera comercial y le comentó a mi papá que no podía adquirir una máquina de escribir portátil, no la había. Entonces mi papá se la envió, así como algunos regalos...

Recibí tu carta y un paquete de periódicos y las prendas que mandaste para Josefina, que por cierto son muy preciosas, tuviste mucho gusto, son tan finas que aquí llaman mucho la atención [...] Fuiste muy arriesgado mandándolos en los periódicos, es verdad que aquí no revisan tanto los paquetes de periódicos como en Pillarno...

29 de junio de 1939

... Saludo a Franco ¡Arriba España! (Año de la Victoria) ... Manolo está con nosotros que hace un mes que vino licenciado del frente y gracias a Dios que vino bueno que no le pasó nada durante veinticinco meses que se echó en el frente: ocho meses con los rojos y diecisiete con los nacionales, cuando estuvo mal fue con los rojos, estuvo en

---

de Veracruz los paquetes y correspondencia, éstos se llevaban a Nueva York, de ahí partían a Londres, de donde los enviaban a los puertos españoles.



un batallón disciplinario que estaba en peligro de ser fusilado por ellos [...] como lo hicieron a muchos [...] Con los nuestros, muy en peligro, pero era defendiendo la patria para expulsar el comunismo de suelo español y tuvo suerte no le pasara nada de malo gracias a Dios [...] Estamos contentos por no haberse apoderado los rojos porque eran unos ladrones, robaron, requisaban todo lo que había y amenazas con cortarnos la cabeza a todos [...] y gracias que nos dejaron con vida...

Participaba el abuelo.

Al finalizar la guerra, enfermó la abuela María. Tía Avelina le escribió a mi mamá:

Nuestra madre ha sufrido un ataque cerebral, aunque de miembros tiene toda agilidad, ha perdido mucho la memoria, pero con todo está muy a diario contemplando el retrato de Leopoldo diciendo que es con lo que tiene que conformar, así que os agradecería mucho mandases los retratos de su boda que le servirán de mucha alegría. El día que se recibió vuestras cartas no cansaba de tenerla entre sus manos.

Meses después el tío José informó:

Recibí los retratos vuestros y si vieras la alegría que le causó a nuestra pobre madre, que no se cansaba de contemplarlos, pero poco tiempo tuvo esa satisfacción, pues al día siguiente, después de comer con mucha alegría, fue a dormir la siesta como todos los días, nada más acostarse llamó a Avelina, diciéndole que tenía un dolor<sup>22</sup> [...] y a los veinte minutos de empezarle el dichoso dolor, falleció repentinamente, con vuestras fotos abrazadas [...] El día de hoy se recibió la carta vuestra teniendo a nuestra madre de cuerpo presente, que ésta si es la verdadera desgracia. Mañana a las once se celebrará el entierro y funerales [...] cuya esquelá acompaño...

<sup>22</sup> Padecía angina de pecho.

... Casi al final de la cocción de las alubias, se le agregan las morcillas enteras, porque si no se vacían, éstas pueden ser de cebolla o arroz, según el gusto de cada quién. En casa también nos gusta ponerle pequeños trocitos de papa cocida. Dejar espesar...

Papá y mamá continuaban en Mérida, que en ese entonces era una de las ciudades más importantes de México, pues todavía vivía la bonanza del henequén. Los más de cinco años que vivieron en esa ciudad fueron de mucha actividad, mi papá era muy sociable, fue presidente del Centro Español y era la época de los grandes bailes, a él le encantaba bailar y lo hacía muy bien. Vivían allá los Gurtubay, los amigos vascongados que llegaron con él de Cuba; los fines de semana iban juntos a la playa, ya fuera a Progreso o a Chicxulub y, por supuesto, no podían faltar sus tardes de dominó. Por desgracia, tuvo un desencuentro con el señor Herrero, y su alto sentido ético-moral y su fuerte carácter lo llevaron a tomar la decisión de renunciar. Entonces empezó a planear dejar Mérida y establecerse en otra parte de la república. Mientras tanto, mamá regresó a Campeche.

Vino papá a Puebla, que era la tercera ciudad en importancia en el país, buscando hacer una sociedad, lo cual realizó con unos poblanos. Regresó a Campeche por mamá y Carmela. Papá no vio utilidades en ese negocio, pidió disolver la sociedad y que le devolvieran su inversión. Comenzó a buscar nuevamente dónde establecerse y fue con mamá a Mazatlán, que empezaba a despuntar, Guadalajara, Oaxaca y el Distrito Federal. Finalmente se quedaron en Puebla, rentó un local al señor Nacif, en la 6 Oriente casi esquina con 2 Norte. En el entrepiso colocó un taller de costura y empezó a producir ropa interior para caballero, cortos de marca Pitirre, así como camisolas y pantalones de peto, ropa de trabajo para obrero confeccionada con gabardina gruesa, ya fuera gris oscuro o claro y caqui. Abajo estaba la tienda de telas. No duró mucho este negocio.

Al poco tiempo de radicar aquí, falleció mi abuelo Pablo. Papá no lo volvió a ver, tío José informó: "Como ampliación a mi cablegrama dándote cuenta del fallecimiento de nuestro querido padre [...] el entierro tuvo lugar el jueves a las once de la mañana".

Fundó papá Las Fábricas de Puebla, en la 4 Oriente, con otros dos amigos españoles. Seguía produciendo Pitirre. Era un próspero comercio, todo marchaba bien. El hijo mayor de uno de los socios, quien ya trabajaba también en la tienda, se casó con la hija del otro socio. Entonces el papá del muchacho se retiró del negocio, ya no quiso estar después del matrimonio y sólo se quedó el hijo. Tal vez mi papá tampoco se sintió a gusto y vendió su parte al socio que quedaba. Cuando se liquidó el negocio, quiso comprar la fábrica de chocolates del tío Arturo, La Avilesina. Su idea era comprarla y volver a España con su familia; sin embargo, nunca se concretó.

Después de varios años de vivir en Puebla y de quince de casados, nació Polo, mi hermano; al año y medio, yo. Por supuesto, esto lo enloqueció de alegría. Entre él y nosotros existía el desfase de una generación. Era enérgico, reproducía en nosotros la forma en que fue educado, pero fue un gran padre, muy cariñoso; lo más importante para él fuimos mamá y nosotros. Mi papá me decía que era su paxarín, que significa pajarito en bable, porque soy muy alegre. Poseía enorme fuerza espiritual, era un hombre de fe, no era amargado ni gruñón, de carácter jovial, efusivo y muy bromista. Retomo su generosidad, ya que aún recuerdo que de niños, en noviembre, al terminar el curso escolar, mi papá mandaba regalos para, además de los maestros del colegio, los choferes del camión, los mozos y a Santita y Virgencita, una especie de cuidadoras-conserjes del colegio. Siempre, mientras su situación económica se lo permitió, fue muy espléndido.

Aquí en Puebla siguió muy activo, fue miembro de la Cámara Nacional de Comercio y, por otro lado, del comité organizador del

Círculo Español y el Parque España; de la Junta de los Festejos de Covadonga, La Santina es la patrona de Asturias; así como de la Junta de Beneficencia Española. Aquí también tuvo varios grupos con los que jugó dominó, ya que fue otra de sus pasiones.

Llegó al Distrito Federal la feria española y mi papá fue a ver maquinaria, tenía la idea de fabricar calcetines. Empezó a buscar otras opciones. Comenzamos a comernos el capital. Como lo conocían muy bien los dueños de una acreditada fábrica de telas, lo buscaron y decidió retomar la representación, promoverla nuevamente en el mercado que había trabajado, especialmente hacia el rumbo de Veracruz. Cuando mi mamá recordaba esta época con mucho sentimiento nos decía: "Poldito pensó que siempre seguiría siendo joven y fuerte".

La producción de la fábrica se encontraba en Atlixco, Puebla, y el acabado, así como las oficinas administrativas, en Tlatelolco. Comenzaba la modernización de esa zona y los dueños decidieron trasladar la fábrica a Celaya. Gran parte del antiguo personal de confianza no se quiso ir, así que casi que todo el que quedó era nuevo y joven, tenía otra mentalidad e ideas diferentes. Empezaron los desacuerdos y comenzaron a ponerle tropiezos para quitarlo del camino de forma desleal. Se disgustó y se separó; fue un golpe muy doloroso para él que, ante todo, era recto.

Siguió luchando y trató de salir adelante probando otras opciones, se había invertido la relación de ventas, la ciudad de México había dejado de ser el centro, así que buscó llevar mercancías de Puebla hacia la capital. Aun así, ya no se pudo levantar económicamente, siempre proveyó y trabajó hasta el último día de su vida. Nunca se dio por vencido, buscaba por un lado o por otro. Invariablemente alegre, aunque llevara la música por dentro. Un asalto del que fue objeto en la ciudad de México, pues los cobros los hacía en efectivo, vino a mermar su salud. Así fue decayendo, se le echaron los años encima, y le dio un infarto pulmonar bastante severo del que no se repuso en su totalidad. Poco tiempo después

falleció, todavía fuerte, iba a cumplir setenta y cinco años. Desde el fondo del alma, el doloroso sentir de mamá fue: "Otro recio árbol que veo caer, otro imponente roble...", y también retomaba su creencia de que el haber perdido la bonanza económica, como le sucedió a su papá, era la consecuencia de la sentencia bíblica: "Los pecados de los padres caerán sobre los hijos hasta la tercera o cuarta generación".<sup>23</sup>

Papá era de estatura regular, delgado, cabello entrecano, por eso le decía que era mi zorro plateado; ojos pequeños muy alegres y un furaquino<sup>24</sup> junto a la boca, igual que yo, pero en el lado opuesto; bien plantado y con mucho porte; despedía el sutil aroma de su pulcritud, le gustó vestir bien, siempre de traje, corbata y zapatos escrupulosamente limpios. Cuando éramos niños Polo y yo, todos los domingos íbamos con papá a misa a la catedral, después a dar la vuelta al zócalo, de ahí a tomar un helado y, por último, de camino a casa, nos llevaba a comprar unos cuentos.<sup>25</sup> Se sentía orgullosísimo de sus hijos, al grado de que un fotógrafo de catedral encontró su minita de oro, pues cada ocho días nos retrataba, y cada ocho días, religiosamente, papá compraba todas las fotos cuando las llevaba a la casa; esto fue durante varios años.

Mi papá sentía mucho cariño por México, decía que le había dado lo mejor de la vida: su esposa y sus hijos; al mismo tiempo, guardaba gran amor por su patria, a la que recordó siempre con gusto y añoranza. Viene a mi memoria cuando de niña me platicaba de las deliciosas brevas de su casa y me antojaba cuando describía cómo les goteaba la miel; para él era un gozo y disfrutaba hacerlo, así como recordar las bromas que le jugó al tío Manolo, siete años menor que él. En una ocasión, cuando papá tenía cuatro

<sup>23</sup> Núm. 14, 18 y Ex. 34, 7.

<sup>24</sup> Hoyuelo, en bable.

<sup>25</sup> Cómicos que vendían en un expendio en la 5 Poniente, cerca de la casa.

o cinco años, habían ido unos vecinos a visitar a los abuelos y no lo dejaban ir a dormir hasta que se fueran las visitas. Como era muy ocurrente y moría de sueño, fue por el gato, lo aventó encima de ellos y, por supuesto, entendieron la indirecta. Se fueron y... papá recibió una buena paliza.

Decía que en ningún lugar comía mejor que en su casa. Desde que llegó a Cuba y hasta que se casó, comió en restaurantes o casas de huéspedes, es por eso que no le atraía comer fuera, sólo cuando era estrictamente indispensable. Además Carmela cocinaba delicioso, de eso no hay duda. Antes de la comida, papá se tomaba una copita de brandy, y al terminar se fumaba un puro. Cuando se resfriaba, también se curaba tomando su copita de brandy.

Junto a esa personalidad encantadora y optimista de mi padre, a veces explosiva, palpitaba un hombre creyente, valoraba profundamente a la familia y el hogar, disfrutó comer y lo hacía con enorme gusto y fue él quien me enseñó a gozar todo lo que la vida nos ofrece, por pequeño que sea, y dada la experiencia de haber vivido solo desde tan niño, cuando a la comida se refería nos decía: "Hambre no siente el que espera comer [...] un pan no se le niega a nadie". Cuando enfermó, con tantas medicinas perdió el apetito y el gusto por los alimentos, así entendí el mensaje de vivir a plenitud cada momento de la vida porque, como siempre nos dijo: "Es lo único que te llevas".

Cuando conoció a Álvaro, mi esposo, le simpatizó mucho y pronto le tomó cariño. Después que me casé le decía a mamá: "Ya me puedo morir tranquilo, sé que Fátima quedó en buenas manos".

La primera Navidad de casados, Álvaro escogió el regalo para papá: un viaje a España. Le emocionó profundamente, por desgracia ya no lo pudo realizar: "Murió sin volver a España", como dice la letra de la canción El abuelo, de Alberto Cortés, y que cuando la escucho me parece estar oyendo hablar de mi padre. Al año y meses de mi boda sobrevino su muerte, repentina y dolorosa, el roble cayó. Dos días antes de que sucediera, lo vi. De México

vinimos a pasar mi cumpleaños. Con las carreras, cuando ya nos íbamos, me dijo en tono de broma: "¿No te vas a despedir de mí?"

Me acerqué a él que reía, lo abracé y le di un beso. Eso fue lo último que me dejó: su sonrisa.

Unos meses después siguió una enorme felicidad: yo esperaba a mi primer hijo, hecho que le atribuyo a las bendiciones gestionadas por mi papá allá en el cielo. Él fue muy feliz cuando tuvo hijos, le gustaban mucho los niños y lamentaba que no me hubiera embarazado, supongo que temía que se repitiera la historia de mamá, así que intercedió por mí; estoy segura de ello porque lo sentí. Álvaro nació el 27 de julio, diez meses exactos después de su muerte. Una persona tan optimista y alegre no podía permitir que nos sumiéramos en la tristeza y a un paso tan doloroso le sembró una gran alegría.

... Para servirse puede ponerse todo en una fuente honda o colocar por separado el compango en un platón y las alubias en una fuente. Se come con un buen pan y vino... ¡Provecho!

## CAPÍTULO 7

### TORTA DE CASTAÑAS

La torta de castañas es receta de abuelita María, un postre muy fino de sabor delicado, ella la preparaba con las castañas silvestres del árbol que había en El Peal. Espléndida para coronar la cena de Nochebuena...

Se requiere cocer un kilo de castañas, esto se hace quitándoles una lasquita de la cáscara antes de ponerlas a hervir. A la media hora, probar una y si ya están cocidas, se pelan de inmediato, tienen que estar calientes para que se pelen bien; no se les tira el agua para, en caso necesario, calentar otro poco...

La torta de castañas me transporta a las navidades de mi infancia. Era un rito que se iniciaba con el mes de diciembre, en cuanto llegaban las castañas a La Sevillana,<sup>1</sup> lugar donde mis papás acostumbraban comprar los víveres que se consumían en casa. Carmela, Carmen, mi nana, y mi mamá, pelaban kilos y kilos de castañas, que después Carmela molía finamente en un molinito de grano, que de forma eventual servía para diversos alimentos. En alguna ocasión que el molino se averió, el triturado se hizo en metate. Mamá elaboraba varias tortas que acostumbraba regalar a sus amistades, a personas de su estimación o como agradecimiento a los médicos que nos atendían: el de abuelita, el de ella y nuestro pediatra; y, por supuesto, la de casa, que se consumiría en la cena de

<sup>1</sup>Tienda de abarrotes y ultramarinos ubicada en la esquina de Reforma y 3 Sur, en la ciudad de Puebla.



Nochebuena. Mi mamá fue una amiga muy entregada y obsequiosa, tan espléndida como mi papá. No le importaba meterse en una tarea tan laboriosa con tal de agasajar. Me parece verla cortando la fruta cristalizada con toda minuciosidad para decorarlas y, con el mismo cuidado, suavizando la mantequilla para cubrir el molde milagro donde se cocería la torta.

Mamá tenía alma de artista, gran destreza para el dibujo, con un nato buen gusto, muy cuidadosa, siempre buscaba la perfección y poseía la paciencia necesaria para lograrlo. Tuvo mucho don de gentes, le gustó siempre platicar, era extraordinaria conversadora y, sin embargo, mesurada y prudente. Muy orgullosa de sus raíces, y siempre que había oportunidad, le encantaba contarme.

Nació en Palizada,<sup>2</sup> Campeche, villa ribereña que ese mismo año estrenó el título de municipio libre, el 27 de septiembre de 1916, en la casa de sus abuelos maternos, por ser éste el lugar civilizado más cercano a la hacienda donde vivían sus padres. Ese día marcó su vida: mis abuelos, once años antes, se habían casado un 27 de septiembre; más tarde mi mamá se casaría un 27 de septiembre y, cuarenta años después, enviudaría un 27 de septiembre. Fue bautizada con el nombre de Elizabeth de la Luz, por aquella idea que tenía su papá de no repetir nombres de antepasados. Y aunque en esos momentos en el país se vivía en medio de la agitación revolucionaria, el aislamiento del lugar, de escasas y poco transitadas vías de comunicación, tan ajeno al centro, lo mantenía alejado de la intranquilidad reinante. Su infancia transcurrió entre Palizada y El Peal.

La abuela María tenía una ahijada en Palizada que era maestra y le proporcionaba las lecciones y el material del programa escolar para que así, por las tardes de esos días eternos en la hacienda, en los que el tiempo parece no correr, la abuelita les diera clases a tía Chole y a mamá. De niñas su vida siempre estuvo determinada por

<sup>2</sup> En 2011 adquirió el título de pueblo mágico.

la creciente del río y frecuentes inundaciones; en temporada de lluvia regresaban a Palizada y asistían a la escuela, que se ubicaba detrás de la casa de su abuela Pepilla, y así no se atrasaban tanto. Mientras permanecían allí, uno de sus pasatiempos favoritos era espiar a Pepilla, pues les hacía mucha gracia verla lavar sus medias: las ponía en una palangana con agua y jabón y con un palito las movía para lavarlas, no se mojaba las manos; ése era uno de los motivos por los que mi abuela María no quería hacer inútiles a sus hijas, así que les decía: “Si quieres un vaso de agua, ve por él, que no te va a pasar nada”, no quería que se convirtieran en reyezuelas, incapaces de hacer las cosas por sí mismas.

Cuando mamá era niña, en Palizada la vía fluvial era el único medio de comunicación y, por lo tanto, era muy usado. Transitaban cayucos, balsas, lanchas y hasta pequeños barcos, que navegaban desde isla del Carmen hasta Tenosique, casi frontera con Guatemala, antes de los peligrosos rápidos del cañón de Boca del Cerro, donde los ríos dejan de ser navegables.<sup>3</sup> Al menos tres barcos de vapor, con sus palas en la parte de atrás y de dos pisos, en los que uno se podía transportar con comodidad, eran: el Clara Ramos, el Sánchez Mármol y el Carmen.<sup>4</sup>

La abuelita les confeccionaba sus vestidos. Sabía coser muy bien y aplicaba los conocimientos adquiridos en La Habana y su buen gusto. Los elaboraba con géneros de algodón, de preferencia delgados, como muselinas estampadas, las que, con mucha creatividad, complementaba con encajes, tiras bordadas, aplicaciones, alforzas, pasamanerías o arandelas. Conservo una foto de mamá y tía Chole ataviadas con un vestido rojo de lunares blancos y bieses, también blancos, enmarcando el cuello de colegiala; la orilla de las mangas a la altura del codo y el talle bajo rematado con un coqueto

<sup>3</sup> Más arriba del cañón hay otros tramos navegables desde Piedras Negras, Guatemala, hasta más allá de Yaxchilán, en la frontera con Guatemala.

<sup>4</sup> Parece que todavía se conserva, para el turismo, en la laguna de la Encarnación, frente a Villahermosa, Tabasco.

botón del lado izquierdo. El talle bajo era la moda —eran los años veinte—, el largo del vestido era a la rodilla; siempre con mangas, desde japonesas o a medio brazo, al codo o al puño; usaban medias o calcetines de hilo, zapatos cerrados de trabilla y enormes moños enfatizaban el peinado. Y así como la abuela se esmeraba en sus hechuras, también las enseñó a ser muy cuidadosas y este hábito lo mantuvo a lo largo de la vida. Cuando llegaban de la calle con la ropa de fiesta o de domingo, la abuelita las mandaba a cambiar y a ponerse una ropa de entre casa, les decía: “No son hijas de Felipa, así que a cambiarse”. Felipa era una mujer de la hacienda que les compraba un vestido a sus hijas para el día de la fiesta del pueblo, lo estrenaban y con él se dormían. Al otro día se levantaban y seguían con él, no se cambiaban, así jugaban, se volvían a dormir, hasta que el vestido era una garra y se convertía en harapos.

... Ya peladas de ambas cáscaras, molerlas en molino de grano; a abuelita en el rancho se la molían en metate...

Como la abuela siempre estaba trabajando, no le gustaba que sus hijas estuvieran ociosas en la hacienda y les marcaba tareas que debían cumplir: mamá y tía Chole tenían pollitos a los que había que cuidar, darles de comer y, por las tardes, guardarlos en el gallinero. No podían quedar sueltos, así que había que meterlos en unas cajas de madera hechas para eso. De un lado tenían tela de alambre y del opuesto estaban abiertas, por ahí metían a los pollitos y después recargaban esa parte en la pared y le ponían encima una piedra pesada para asegurarla y que en las noches no se los llevaran el tejón o el mapache. Al otro día había que sacarlos y dejarlos en libertad hasta la hora de dormir.

A mi mamá, cuando a alguno de sus pollitos le salían verrugas o alguna cosa extraña, le daba horror. Rápidamente se lo regalaba a tía Chole y ella tenía la paciencia de curarlo. En su interior habitaba un alma de curandera. En una ocasión, una gallina que

había sido picoteada por otra perdió un ojo, y como remedio mi tía le aplicaba con el dedo un ungüento en la cuenca vacía, ante la mirada repulsiva de mamá. Mi tía se identificó plenamente con mi abuelo, todo lo relacionado con el campo le gustó siempre; incluso mi abuela temía que se convirtiera en una tía Ambrosia,<sup>5</sup> quien era una hacendada campirana con toda la barba, de fuerte carácter, montada a horcajadas y con puro en mano; incluso mi abuelo le había puesto a tía Chole Nieves, quien fue un personaje de la zona que tuvo mucho poder, enérgico y duro. Sin embargo, tía Chole, gracias a su recio temperamento, sobrevivió a todas las malas pasadas que le jugó el destino. En contraste, mi mamá se identificó más con mi abuela María. Lo del campo no era lo suyo, prefería las actividades propias de las niñas, tal vez porque era más dócil y suave de modo; por su dulzura, mi abuelo le puso Turrón. Por supuesto, no dejó de hacer travesuras. En la hacienda, en una ocasión, al jugar escondidillas se subió en una silla para asomarse por la puerta del cuarto para ver si no venía Chole, se resbaló y quedó colgada del arete en la aldaba de la puerta, se le rasgó el lóbulo de la oreja y, aunque le cicatrizó, le quedó un orificio muy grande.

Trasladarse de El Peal a Palizada, en ocasiones era complicado, había que hacerlo por río, pero si el mal tiempo no lo permitía, era necesario esperar hasta que el clima mejorara. Cierta vez no llegaron los regalos de los Santos Reyes al rancho. La abuelita, haciendo gala de su creatividad y para evitar la desilusión, tomó unos huevos, los decoró con pinturas de vivos colores y en la noche los colocó, junto con una lata de sardinas, cerca de los zapatitos de las niñas. Decía mamá que al otro día, para ellas, fue emocionante desayunar los huevos decorados, revueltos con las sardinas que les habían dejado los Reyes, les supieron deliciosos; aún eran muy pequeñas. Conservo una cartita de mamá para ellos:

<sup>5</sup> Ambrosia Lastra, prima de mi abuelo.

Santos Reyes les ruego que me traigan una muñeca de celuloide que no sea tan grande, y un pianito y una cajita de dulces de chocolates, se los pide: Elizabeth Lastra Z., su nieta que nunca les olvida, si no tienen lo que les pido denme lo que quieran, Elizabeth Lastra Z.<sup>6</sup>

Tenía diez años. Aquí ya se reflejaba la prudencia que la distinguiría siempre.

Mamá fue muy observadora. Retenía hasta los más pequeños detalles y, al revivir algunos recuerdos infantiles, decía tener claramente grabada la imagen de Lugarda, la cocinera del rancho, picando la carne de venado para hacer salpicón, con un enorme cuchillo, muy largo, y sobre un grueso tablón de cedro de más de diez centímetros de espesor; supongo que a su edad le impresionaba ver a esa enorme mujer con semejante instrumento. En una ocasión que Lugarda, junto con otras muchachitas del rancho, hacían tortillas, se les antojó a tía Chole y a ella hacer lo mismo. Tía Chole rápidamente encontró la técnica —era dos años mayor que mamá—, y mamá no; comenzó con mucha dificultad y empezaron a reírse de ella porque no podía. Se molestó, dejó la masa y salió enojada. Como era muy sensible y orgullosa, le disgustó el hecho, por lo que decidió no volver a meterse para nada a la cocina. A pesar de lo anterior, le apasionó reunir recetas, como a mi abuela María y, ya de adulta, lo que sí elaboraba eran postres o pasteles, pero, para todo lo demás tuvo la suerte de tener a Carmela siempre a su lado.

En una ocasión en que Tomás Garrido Canabal<sup>7</sup> fue a Palizada a visitar a mi abuelo, Chole y mamá eran niñas. Cuando llegó, su papá las mandó llamar para que saludaran, e inmediatamente las despachó de ahí, no quería que, por ningún motivo, tuvieran mayor relación con él. Mi abuelo le tenía cariño, y Tomás a él, pero tal vez por instinto sentía desconfianza.

<sup>6</sup> 1926.

<sup>7</sup> Gobernador de Tabasco.

En la temporada de lluvias que pasaban en Palizada, los sábados que llegaba el abuelo, a veces se llevaba a Nieves y a Turrón a pasear al parque nuevo, el que habían dedicado al Benemérito de las Américas y en el que colocaron un pedestal con una estatua de Benito Juárez en el centro. En una ocasión, el abuelo se encontró a un conocido y se puso a platicar con él; distraído como era, se olvidó de las niñas. Al darse cuenta mi abuela de que ya era tarde y no regresaban, fue a buscarlos. Vio a mi abuelo en gran plática. No le dijo nada, tomó a las niñas de la mano y se las llevó a la casa; él ni cuenta se dio. Después de un buen rato llegó, feliz y contento. Y le dice mi abuelita: “¿Y las niñas, Agustín?” Se puso blanco del susto y ya salía corriendo de regreso al parque, cuando le informó mi abuelita: “No te preocupes, ya están durmiendo”.

Mi abuelo era un hombre severo, no se andaba con miramientos. Cuando mamá o tía Chole estaban enfermas y alguna de las dos se resistía a tomar la medicina recetada por el médico, él le advertía a la aludida: “¿No quieres tomarla? ¿Te quieres morir? ¡Pues muérete!” Con la gravedad del tono y su imponente figura, la amonestada, con toda sumisión y sin chistar, accedía a tomar el remedio. Otra de sus exigencias era que debían caminar erguidas, porque si él llegaba a ver que se encorvaban, las tomaba de los hombros y, sin ninguna delicadeza, les encajaba la rodilla en la espalda para que se enderezaran, así que buen cuidado tenían de andar derechitas.

La bisabuelita Pepilla tenía una propiedad en Palizada a la que le decían el Solar de la Pavita, el cual rentaba a un joyero llamado Manuel Palacios que le pagaba parte de la renta con trabajos que le encargaba. Ella siempre tuvo agrado por las alhajas. Por ambos motivos la bisabuela les decía a sus hijas que le mandaran a hacer prendas a don Manuel. A tía Chole y a mamá, mi abuela María les fue regalando desde niñas algunas pequeñas; acostumbró hacerlo para sus cumpleaños y en algunas fechas especiales. Ya mayorcitas les empezó a dar lo que había heredado de Pepilla. Por

lo regular, a la que le daba a escoger entre prendas similares, era a tía Chole, por aquello de que la sentía menos cercana a ella; lo que Chole rehusaba, era para mamá. Al respecto, me decía que, como ambas eran de gustos tan distintos, lo que a ella le tocaba era lo que quería. Cuando me lo contó, jamás hubo reproche, ella adoraba a su hermana, y el comentario fue por el hecho curioso de que siempre le daban lo que era de su gusto. Chole prefería algo pequeño, discreto, y a ella le agradaba lo más lucidor.

Una vez que mi abuelo vendió El Peal, se trasladaron a Campeche. Salieron de Palizada una madrugada para evitar el calor de mediodía, en una de aquellas embarcaciones de motor de las que tenían un toldo de lona sostenido por una armazón de varas, similar a las carretas del oeste, donde podían dormir y protegerse del sol. Fue un viaje acompañado por los sonidos de la selva: los monos, las aves, los insectos y las fieras. Llegaron a pernoctar a Ciudad del Carmen y, al día siguiente, se embarcaron rumbo a su destino final: la ciudad de Campeche.

Ya establecida la familia, Chole y Chabel fueron dadas de alta en el Colegio Campechano, de las RR.MM. del Sagrado Corazón de Jesús. Hubo dos religiosas que siempre recordó mamá: la madre Margarita de la Cruz, quien era muy bonita, tocaba el piano y el armonio y acompañaba con la música a tía Chole, que tenía muy buena voz y, cantando, encabezaba la fila para entrar a los salones. La otra era la madre Margarita de Jesús, quien tenía a su cargo la enseñanza de todas las labores: bordar, hacer malla y encajes. Luego de haber ingresado al colegio, hicieron la primera comunión las dos; eran tiempos de persecución religiosa,<sup>8</sup> y se vivía la revolución Cristera. Por eso abuelita tuvo que llevar al colegio zapatos, medias, vestidos, y todo lo necesario, oculto en una bolsa, y las madres les hicieron unas coronitas de flores a modo de tocado para colocarse el velo. Cuando mamá veía el retrato, hacía

<sup>8</sup> 25 de junio de 1927.

la observación de cómo los vestidos estaban arrugados por haberlos llevado doblados en un paquete.

En la temporada que vivieron en Campeche, las hermanas Lastra Zuluaga terminaron de estudiar la primaria. Chole era ya la novia de Gustavo Berrón Carpizo, hijo de una amiga de mi abuela María. Después de algunos años, cinco o seis, tuvieron que dejar la ciudad para ir a vivir a la hacienda de Polvojal; al poco tiempo de haber llegado al paraíso terrenal, como ella lo definía, mamá cumplió quince años. Lo describía de ese modo porque era tanta la exuberancia de flora y fauna que, según contaba don Tomás Carvajal, el cuidador hasta que llegó mi abuelo, que desde la ventana de su casa podía cazar venados.

Durante su estancia en este edén, mamá, siguiendo su costumbre, se dedicó a observar la naturaleza, en especial a los monos que llegaban hasta los árboles más cercanos a la casa. Como habían sido muchos años de abandono de la propiedad, al menos treinta, la selva había recuperado terreno. Se maravillaba de la forma en que unos a otros se protegían: cuando uno era herido, los demás, desde los mismos árboles, en manada, seguían gritando con furia al intruso que lastimó a su compañero y se apresuraban a mordisquear algunas plantas que le introducían en la herida al mono lesionado. Incluso bajaban jaguares que solían rondar la casa. Los perros del rancho, en ocasiones, se iban de cacería. Al cabo de varios días o semanas, regresaban gorditos, barrigones, como perritos milperos, por todas las delicias con que se habían alimentado en el monte. Mamá también comentaba que el abuelo, algunas veces, llevaba a la casa pavos de monte que cazaba, la carne era muy sabrosa porque comían las pimientas silvestres del lugar. Nicolás, un trabajador de Polvojal, le llevaba de regalo a tía Chole niditos de diversas aves de la zona.

En las tardes, para mantenerse ocupadas, se dedicaban a hacer labores de costura, como manteles, ropa de cama o lo que hiciera falta para la casa. Mamá recordaba en especial cuando les tocaba



hacer sábanas, pues para hacerlas había que unir la tela, a mano, con costura inglesa. Mi abuelita, Petronita —una muchachita del rancho que había recogido—, tía Chole y mamá se reunían a trabajar en la sala o en el corredor si el calor era sofocante; para hacer el rato más ameno mientras trabajaban, una de ellas leía algún libro. A tía Chole no le gustaba hacerlo, prefería coser, y a mamá sí, así que ella siempre pedía leer. La lectura era su fascinación. De noche, con su vela sobre el buró, cerca de la ventana con rejillas de madera desde donde le llegaba algo de fresco, permanecía leyendo hasta tarde cuando se quedaba en suspenso con la trama de la historia, no podía dejarlo hasta terminar o cuando se acabara la vela.

El hábito de la lectura lo adquirió desde muy niña. Éste comenzó cuando mi abuelo, en Palizada, les compraba a Chole y a ella unas golosinas<sup>9</sup> que llevaban de regalo un cuentito: Colección de cien pequeñas obras, bajo el título de Cuentecitos morales e instructivos; otros que llegaron a sus manos eran obsequio de las Píldoras de Vida del Dr. Ross<sup>10</sup> que tomaba mi abuelo; algunos ejemplares que él adquiriría para llevarles, también pequeños, de origen español, publicados por S. Calleja, editor, y unos más que la tía Herlinda les reunía, cortesía de Gonzalo Cervera B.,<sup>11</sup> todos ellos los devoraba con avidez.

Más adelante esta práctica se robusteció en casa de la bisabuela, donde había varias cajas con libros clásicos que habían sido del bisabuelo Joaquín. Cuando él murió, y habiendo necesidad de desocupar la tienda para rentarla, los ejemplares se almacenaron. Muchos de ellos, con la humedad y una gotera, se echaron a perder. A pesar de eso, pudo rescatar bastantes y dar cuenta de sus

<sup>9</sup> La leyenda del sello en la pasta posterior de los pequeños ejemplares: Fábrica de dulces y chocolates La Suiza, Lodigiani Hnos., Degollado 195, México, 1926.

<sup>10</sup> The Sydney Ross Co., New York.

<sup>11</sup> Campeche, Camp., México. Depósito de los famosos tintes alemanes para el pelo en negro, castaño o rubio. Precio \$2.50 caja.

historias; de éstos recordaba varios títulos, entre ellos Fabiola<sup>12</sup> y Quo vadis,<sup>13</sup> los primeros que leyó. Esta costumbre la conservó hasta sus últimos años; además de leer todo cuanto le caía en las manos, compartía el periódico con Álvaro, mi esposo, lo leía de cabo a rabo.

... siempre la he hecho en molde milagro (rosca), untado con media barrita de mantequilla suave, para que quede gruesecita, y se espolvorea con polvo de galleta de soda o María; con polvo de pan, se pega...

En sus lecturas nocturnas en la hacienda, muchas veces le amaneció, y con el paso del tiempo se enteró de que ahí, donde ella dormía y se quedaba hasta tarde, se desvanecía la silueta de una mujer blanca. Decían que era el espíritu de doña Edelmira Repetto, la antigua dueña de Polvoal, quien supuestamente bajaba la escalera que conducía al tapanco, cruzaba la sala y continuaba a la habitación de mamá, donde desaparecía. Según los relatos del lugar, llevaba al dinero enterrado que, por cierto, jamás encontró mi abuelo. En varias ocasiones, la aparición de doña Edelmira había visitado a Petronita, quien dormía en la habitación que había sido oficina del administrador y para la raya, donde se encontraba la escalera del tapanco; la mujer blanca la había tomado por la muñeca, pero ella nunca se levantó, cerraba los ojos y se tapaba con la sábana, no lo contó a nadie. Un día, sin motivo aparente, cambió de lugar su hamaca y se fue a dormir cerca de tía Chole; esto les llamó la atención, pero no le preguntaron por qué. Después de dejar el rancho, lo platicó. Mamá nunca vio nada.

Poco antes de dejar Polvoal, estuvo doña Conchita, la mamá de Gustavo, para formalizar el compromiso con Chole. Todavía vivieron una temporada en Palizada; mamá tenía diecisiete años.

<sup>12</sup> Nicholas Patrick Stephen Wiseman, cardenal, 1854.

<sup>13</sup> Henryk Sienkiewicz, Imperio austrohúngaro, 1896.

Para una fiesta en Tabasco, Tomás Garrido Canabal mandó un avión a Palizada para llevar a Villahermosa a todas las muchachas de su parentela invitadas a los festejos, pero realmente él estaba alborotado por conocer a las hijas del tío Agustín, quien, por supuesto, de ninguna manera lo permitió y fueron las únicas que no asistieron.

Regresaron otra vez a Campeche. Después de mucho batallar, mamá aprendió corte. Mi abuelo conservaba aquella idea, tan corriente en tiempos pasados, de que sus hijas, por ser mujeres, no tenían para qué estudiar, no lo necesitaban si tenían un amplio patrimonio. ¡Qué equivocada mentalidad! ¡Cuánto les habría servido a las dos tener mayor preparación para defenderse en la vida!, sobre todo a tía Chole que las pasó tan duras.

Ya integradas al ritmo de la vida en la ciudad, empezaron a participar en los festejos y acontecimientos habituales. Uno de ellos era el carnaval, tal vez el más significativo por la tradición que encerraba. Como mi abuela María, durante su juventud, acostumbró participar en él, le entusiasmaba la idea de que sus hijas también lo hicieran. Había que escoger un disfraz, tratando de ser originales. Por las fotos que guardo, mamá en una ocasión fue geisha y en otra Luis XV; es probable que haya sido otros personajes, pero no lo recuerdo. El doctor Nazario V. Montejo, un hombre destacado de la sociedad campechana a quien le gustaba escribir versos, solía hacer una alegoría sobre el carnaval mencionando todo lo que lo conformaba: la alegría, el casino, la música y las jóvenes que intervenían en la fiesta. En aquella inmensa rima, dedicó un verso a mamá.

Cual Canéfora es hermosa  
y esbelta como palmera  
que del Nilo en la ribera  
ostenta su talle, airosa.  
Elizabeth Lastra es rosa

de corola perfumada,  
es flor pura y delicada  
que nuestro prado embalsama:  
esta hermosa y gentil dama  
nació para ser amada.

Empezaron los preparativos para la boda de Chole. Mamá no tenía novio, pero sí un buen número de pretendientes. Uno de ellos, de apellido Sierra, le llevaba serenata hasta con un piano encima de un camión. Según mi papá, Sierrita era un hombre carente de personalidad, que además se atrevió a reclamarle por haberle robado a la mujer de sus sueños. Ricardo, hermano del padre Martín Palmira, también la pretendió. El sacerdote era una institución, pertenecía a una familia de abolengo de Campeche. Le decían Padre bicicleta porque, cuando hizo sus estudios en Roma, se acostumbró a este vehículo para trasladarse de un lugar a otro. De joven, decían las viejas campechanas, parecía un san Luis Gonzaga. Con los años engordó y perdió el encanto, pero no así el poder. Todas las novias en cuyas ceremonias él iba a ser el celebrante, tenían que llevarle el modelo del vestido para que lo aprobara; si le parecía indecoroso, había que modificarlo.

En las compras previas a la boda de tía Chole, abuelita y mamá frecuentaron La Casa Herrero, y mi papá empezó a cortejar a mamá. Al poco tiempo se hicieron novios, pero tuvieron que esperar para casarse porque mi abuelo Agustín se lo pidió; Chole lo acababa de hacer.

La tía Chole era una mujer de gran belleza y fuerte personalidad; alta, más del tipo Lastra, decía mamá; tenía cabello lacio y rubio, igual las cejas y el tronco de las pestañas; ojos color miel, como mi abuelo, de mirada penetrante que expresaba vivas emociones. Cuando se enojaba, decían que sus ojos parecían los de un feroz tigre<sup>14</sup> por ser tan luminosos, bravos y del mismo color.

<sup>14</sup> Jaguar.

Me consta. Tenía un lunar junto a la boca y otro en la barbilla. Sus manos eran bonitas, como las de una madona. No era de muchos afeites, no los necesitaba, era muy hermosa, una auténtica belleza natural. El fotógrafo que la retrató para su boda conservó durante años la foto en el escaparate de su negocio, decía que era muy difícil que en una pareja, el novio y la novia fueran igual de guapos. El tío Gustavo también fue muy apuesto.

Aproximadamente un año después, empezaron los preparativos de la boda de mamá. Mi papá le encargó su trousseau a México, Distrito Federal con el modisto Luis Jiménez, quien tenía su taller en avenida Álvaro Obregón 162, colonia Roma. El vestido estaba confeccionado con encaje y una seda muy pesada que, por su textura, se llamaba piel de elefante. Dos días antes de la boda, le envió por avión el ramo de flores naturales: rosas blancas y, para la solapa del novio, una camelia, la que —supongo— a mi papá le pareció exagerada, porque lo que usó fueron azahares. Todo esto era muy extravagante para Campeche.

El modisto Jiménez le solicitó a mamá que tan pronto le fuera posible, le enviara a su taller una fotografía para el periódico vestida de novia. Mamá así lo hizo, y el 25 de octubre de 1936 salió publicada en la sección de sociales del suplemento dominical sepia de *Excelsior*, el periódico de la vida nacional.<sup>15</sup> Al frente de esta sección de rotograbado aparecen tres fotos muy especiales que dan el contexto histórico de la difícil época que se avecinaba: Franklin D. Roosevelt, candidato del Partido Demócrata de los Estados Unidos a la Presidencia de la República, y Alfred M. Landon, candidato del Partido Republicano; pero, sobre todo, una impresionante imagen que dice al pie: “El resurgimiento de Alemania. Cien mil soldados formados en cuadro en Nüremberg, para escuchar al canciller, Adolfo Hitler, con motivo del aniversario del Partido

<sup>15</sup> Número 826.

Nazi". Mis padres iniciaban su nueva vida, mientras en el mundo se fraguaba la tragedia.

De nueva cuenta había persecución religiosa en Campeche, muy influida por la mentalidad de los gobernantes de los estados vecinos. La boda se realizó en casa de la suegra de tía Chole. El padre Martín Palmira iba confiado y seguro a celebrar misa a casa de doña Conchita Carpizo de Berrón, porque, para que no hubiera contratiempos, ella le avisaba a la esposa del gobernador, doña Margarita Hurtado, su media hermana. Esto era un secreto, pero doña Conchita lo sabía. Además, la abuela del padre Palmira fue doña Concha Berrón; por todo esto las autoridades respetaban el lugar. Al padre no le simpatizaba mi papá, no lo veía con buenos ojos porque era español y, según él, todos los españoles eran masones. Ése era su argumento para despejarle el camino a su hermano porque siempre quiso que mamá se casara con él.

... En una fuente honda mezclar las castañas molidas con una taza de azúcar, taza y media de leche, ocho o nueve huevos batidos como para tortilla y barrita y media de mantequilla fundida y fría. Si se desea se le agrega fruta cristalizada picada, yo no lo acostumbro...

Se fueron de viaje de bodas a Chichen Itzá, que ya era un atractivo para el turismo internacional. Se hospedaron en el hotel Itzá, en el búngalo Palenque. Papá había comprado para esa ocasión una cámara alemana Vollenda, modelo 1930, novedosa, pequeña y con fuelle. Con ésta tomó varios momentos del viaje, como aquél en la plataforma superior del templo de las Mil Columnas, donde mamá está sentada sobre la cabeza de una de las amenazadoras serpientes de cascabel, que forman el pórtico de entrada al templo, detrás del gran Chac Mool; papá está apoyado a su lado. Comentaba ella que muy alegre subió al Castillo, la pirámide de Kukulkán, pero a la hora de bajar, poco le faltó para ponerse a llorar. Le atraía el vacío, no sabía qué hacer, y de espaldas, tomada

de las cadenas, casi a gatas y con la ayuda de papá, logró llegar abajo. Para finalizar el viaje se dieron un brinco a Chicxulub.

A la semana regresaron a instalarse en Campeche, donde vivieron por espacio de dos años, después de los cuales se fueron a Mérida. Desde recién casados establecieron el pacto de que la llevaría al cine dos veces por semana, y el resto de los días él se iría a jugar dominó al Casino Español. A mi mamá le encantaba el cine y a mi papá no le gustaba nada, así que le decía a mamá: “Bueno, vamos al cine, pero al cine Cantarell, que es el que tiene clima y es donde se duerme mejor”.

En la Ciudad Blanca formaron un grupo de buenos amigos,<sup>16</sup> con los que solían reunirse o salir a paseos. De fin de semana iban a Progreso o Chicxulub para disfrutar las playas donde comienza a configurarse el Caribe o para visitar los alrededores. Papá y mamá los invitaron a asistir con ellos a la celebración del IV Centenario de la fundación de Campeche<sup>17</sup> para que, además de participar en las festividades, conocieran la tierra de mamá y a los abuelos. Según contaba, fue un viaje inolvidable.

Por esta temporada fue cuando mamá se volvió aficionada a la revista *Para ti*, editada en Argentina. Su contenido no tenía desperdicio: las recetas de cocina, muy buenas; las novelas publicadas, muchas de ellas inglesas, excelentes; además traía una amplia sección de moda.

Mamá era de estatura media, con una hermosa sonrisa; de tez blanca, sonrosada y cutis envidiable, como piel de durazno; cabellera castaña clara que con los años se le fue oscureciendo; ojos y cejas cafés, delineadas, brunas, como mi abuela, más Zuluaga. A mamá siempre le agradó esmerarse en su arreglo; le gustaba pintarse, la boca la trazaba con pincel para que quedara perfecta; en

<sup>16</sup> Don Félix y doña Raymunda Gurtubay, con toda su prole; Emma y Ramón Martínez, la Chata e Inocencio Cuevas.

<sup>17</sup> 1940.

el vestir, era de las que imponían moda, al tanto de lo que se usaba; diferente, nunca del montón; meticulosa, muy consciente de sus cualidades y defectos, no le agradaba el ángulo de su rostro, buscaba disimularlo. De movimientos delicados, elegante y con una enorme debilidad por las cosas finas, decía que prefería menos, pero de mejor calidad. Su vicio eran los pañuelos bordados y las medias, entonces de seda. Optaba por los perfumes con aromas secos, los dulces le provocaban dolor de cabeza. Tenía una abundante melena que con la humedad y el calor se le esponjaba y eso nunca le agradó, así que desde su juventud se peinó con el pelo recogido en la nuca; practicó diferentes tipos de chongo que se detenía con dos grandes horquillas de plata.

Pasaba el tiempo y no había familia, así que su vida la dividió en atender y consentir a papá, su casa y su persona. La casa se ubicaba en la planta alta de la tienda. Ella cuidaba personalmente de las diversas figuritas de porcelana que tenía, adornos que sacudía con todo cuidado, usando una brochita para no romper las partes delicadas. Sobre la mesa del comedor y de la sala le gustaba poner floreros para alegrar el lugar; atendía con esmero a varios pajarillos que disfrutaba oír cantar desde el pasillo. No podía faltar la compañía de Borrás, un bravo pastor alemán y una gatita, a la que por error mi papá le puso Pancholín, era de color blanco la mitad del cuerpo y oscura por las patas traseras, parecía que tenía pantalón; esta gata llegó ya grande, como le daban de comer, se quedó a vivir con ellos.

En una ocasión que mamá jugaba con Pancholín se le ocurrió, muy quitada de la pena, ponerle de collar la pulsera de aldaba que usaba del diario. Por supuesto, el animal enfureció y salió corriendo por la ventana hacia la marquesina de la tienda. Al darse cuenta de lo que había hecho, mamá se empezó a angustiar pensando que no volvería a ver ni a la gata ni su pulsera; por suerte no fue así, uno de los empleados de papá la atrapó y se la devolvió, una mala experiencia que nunca olvidó. Carmela era la encargada de



la cocina; además lavaba, almidonaba y planchaba las camisas de papá.

Mientras mamá vivió en Mérida, de vez en cuando iba a Campeche, por ferrocarril, a visitar a sus papás y a Chole. Cuando mi papá decidió establecerse en Puebla, mamá y Carmela viajaron en avión de Mérida a Veracruz, donde él las alcanzó, y tomaron el tren para Puebla. Llegaron a su nuevo destino a las nueve de la noche del 23 de marzo de 1945, Viernes de Dolores, a cuya vista, en contraste con el alegre carácter campechano, le pareció una ciudad monjil; la mayoría de las mujeres vestían de negro; los comercios y restaurantes todos cerrados a las ocho; a las nueve de la noche ya no había ni un alma en la calle.

No regresó a Campeche hasta cuatro años después, cuando mi abuelo se encontraba ya muy enfermo y que, al cabo de poco tiempo, murió. El abuelo Agustín falleció durante la intervención para amputarle una pierna. Pasó un largo rato antes de que entregaran el cuerpo a la familia. Cuando al fin lo llevaron, mamá se acercó y le dio un beso en la mejilla... la desagradable sensación de frío que percibió en su rostro la conservó en los labios por muchos días y en su memoria, siempre. Era el 11 de junio del Año Santo de 1950. Esperó a que mi abuela María se repusiera para emprender ambas el viaje de vuelta a Puebla. A partir de entonces viviría con ella.

Decía que mi abuelita le preguntaba cuando iba a salir a la calle: "Chabel, ¿Leopoldo ya te dio licencia?" A mi mamá le tocó una etapa de mucha dependencia. Mi papá compraba el pan, hacía los pagos del teléfono, la luz, iba al banco, ninguna de estas actividades las desempeñaba ella; si salían a pasear, mi papá seguía siendo el encargado de desembolsar lo necesario: boletos de cine o teatro, taxi, café o lo que fuera. Ella llevaba poco dinero en su bolsa, su lógica era: si voy con Leopoldo, no lo necesito. Ella tenía que estar en la casa antes de que llegara él, porque si no, ardía Troya. Si la comida no estaba lista en el instante en que él se sentara a la mesa, se levantaba y se iba. Sin embargo, jamás vi

discutir a mis padres. Dicen que para que haya pleito, tiene que haber dos; mamá se quedaba callada y, cuando a mi papá se le pasaba el enojo, era la primera en poner las cosas en su lugar, con toda mesura y sin aspavientos llevaba la situación a donde quería. Era muy inteligente.

Doce años de casados y no había descendencia, mamá pensó que era algo que ya no le sucedería nunca. La ginecología en ese tiempo y en México se encontraba en pañales, sin embargo, en el grupo de profesionistas españoles que llegaron exiliados a México con motivo de la guerra civil española, venía un doctor llamado Alejandro Otero, médico eminente con un conocimiento muy amplio en esa especialidad, lo que muy rápido le llevó a adquirir fama en el Distrito Federal. Una tía mía, Nela, lo había consultado y fue quien se lo recomendó a mi mamá; ella accedió a visitarlo para un chequeo de rutina. Y así fue como, después de varios años de tratamiento con radiaciones de cobalto, quedó embarazada, no sin padecer un enorme terror cada vez que asistía a una sesión cuando la dejaban sola dentro de la máquina pensando que hubiera un temblor y se olvidaran de ella. Por fin, cerca de cumplir los quince años de casada, dio a luz un niño, mi hermano, a quien bautizaron con el nombre de mi papá y de mi abuelo materno, quien había muerto un año antes: Leopoldo Agustín. Casi enloquecen de felicidad.

Para colmar su alegría, a los pocos meses resultó nuevamente embarazada, y fue entonces cuando ofreció a la virgen del Rosario de Fátima, cuya devoción acababa de llegar a Puebla, que si era niña la criatura que estaba esperando, le pondría Fátima, María del Rosario de Fátima.

Cuando asistía a sus consultas en la ciudad de México, cargaba en su maletín de mano con todos los afeites que ocupaba para su arreglo, que era un ritual. Un día, cuando los colocaba sobre el tocador de la recámara que usaba en casa de tía Nela, llegó una de las muchachitas del servicio y, asombrada al ver tantos pomos,

le preguntó: “¿Y para qué son todos esos ‘cebitos’?” Mamá no se imaginaba que esas rutinas estaban llegando a su fin. Una vez que nacimos nosotros, su vida se trastornó por completo. Comenzando con el pediatra que nos recibió: Jesús de Miguel, que le dijo que había que bañarnos con agua hervida. Ante el miedo y la inexperiencia, sucumbió a los excesos en el cuidado, como era de esperarse. Así que olvidó los cebitos ante el cansancio. Trasladó su esmero a nuestro arreglo y compostura.

Los domingos, para ir a misa, nos peinaba y vestía sin olvidar ningún detalle. Le gustaba que quedáramos, de ser posible, perfectos. Con Polo lo lograba y era el primero que estaba listo, era tranquilo y muy limpio; en cambio, yo era inquieta, traviesa y me ensuciaba con mucha facilidad, así que me dejaba al final. Terminaba agotada y tenía que finalizar su arreglo como a ella le agradaba... pero ya no había tiempo, mi papá era muy puntual y empezaba a corretearla para llegar a buena hora, se ponía nerviosa y yo ya me había despeinado o manchado el vestido y... a comenzar de nuevo. Papá desesperaba, y entonces mamá le decía: “Mejor vete tú con los niños y yo iré después”. Así que ella fue dejando de salir con nosotros a misa, pero, eso sí, Polo y yo, como le comentaba una amiga: “Tus hijos parecen muñecos acabados de sacar de su caja”. Con esa observación quedaba satisfecha; una vez más lo había logrado, eso era lo importante. Había la costumbre de vestirse de gala el domingo, con toda propiedad, la gente salía muy compuesta.

Mis vestidos del diario me los hacía mamá buscando, como siempre, modelos originales, haciendo gala de creatividad y gran facilidad para el diseño; también confeccionaba mis enaguas de entre semana y de domingo, muy amponas, era la moda, con alforzas y tiras bordadas, con mucho almidón. Seguía recibiendo Para ti y ahora también La Familia, que traía modelos de ropa infantil y labores para la casa. Los vestidos de dominguear me los mandaba a hacer con Aurelita, una señora española que vivía en la

ciudad de México, confeccionaba preciosidades y, ocasionalmente, también vendía algunos que le traían de España. Mis vestidos elegantes, mamá los lavaba, almidonaba y planchaba; los de diario y mis enaguas, Carmela lo hacía.

... Verter la mezcla en el molde milagro untado de mantequilla y espolvoreado con galleta, decorar por encima con cerezas en almíbar, cortadas en cuatro, formando flores de pascua, poniéndoles en el centro una rueda de higo cristalizado y con rajitas de esto mismo colocarle las hojas...

Yo tenía tres años cuando mi abuela María se cayó, se fracturó la cabeza del fémur, y aunque salió bien de la cirugía, no volvió a caminar porque no pudo con las muletas, tenía reuma en los hombros. Mamá y Panchita, la señora que la cuidaba, trataron de auxiliarla, cargándola, para que intentara caminar nuevamente. Entonces mamá empezó a tener problemas en la columna y tuvieron que dejarlo por la paz. Así que, además de nosotros, Polo y yo, ahora había también que atender a abuelita. Poco a poco mamá fue dejando de salir, no le alcanzaba la vida para todo lo que tenía que hacer, además mi abuela era de carácter dominante, y cada vez que escuchaba que mi mamá se iba a la calle, para atraer más la atención, empezaba a ponerse mal, enfermaba, había que correr a la iglesia de San Agustín, que estaba a la vuelta de la casa, por un sacerdote para que le impusiera los santos óleos. Esto se repitió varias veces, además, al poco tiempo, se le desencadenó demencia senil.

Mamá dejó de salir y se fue alejando de sus amistades. Esta situación duró once años. Cuando mi abuelita murió, puede decirse que mamá ya no tenía amigas y se había acostumbrado al encierro. La única que conservó, a pesar de todo, fue la muy querida Lolita González de Gómez, quien fue incondicional en las buenas, en las malas y en las peores; entrañable amiga, una

de las elegidas a quien obsequiaba con torta de castañas, muy cariñosa siempre, fue mi madrina de primera comunión, y para mi cumpleaños me regalaba siempre una Carlota de piña. Con ella compartió muchas recetas, Lolita hacía platos muy ricos. Murió varios años antes que ella.

Mamá fue muy dulce, una madre amorosa y protectora; para mí se convirtió en mi mejor amiga, no había secretos para ella; tenía mucho sentido común y enorme tacto para dar consejos. A Polo, como hombre y ya adolescente, por su carácter explosivo y complejo, le respetó siempre una sana distancia, pero cuando la necesitó siempre estuvo a su lado. A mí me seguía asesorando y me ayudaba a escoger mi ropa, me gustaba que lo hiciera y así fue hasta el final, siempre me dejé llevar. Nos consintió en todo lo que pudo, lo que le pidiéramos y estuviera en sus manos, lo hacía; cuando me iba a casar, me ayudó haciendo manteles y todo lo que se me ocurría. Vivía por nuestras vidas, se había olvidado de sí misma. Cuando me casé, me fui a vivir a la ciudad de México, fueron momentos difíciles para ella. Al dar las seis de la tarde, la hora en que yo regresaba de trabajar, mamá se escondía a llorar de tristeza; poco a poco se sobrepuso, salía más con papá, pero un año y meses después él murió... el mismo día que cumplían cuarenta años de casados. Mamá, con profundo dolor, lamentaba: "He perdido la otra mitad de mi vida". Siguió viviendo con Polo y con Carmela; Carmen se había ido conmigo al Distrito Federal.

En esta etapa de su vida fue cuando empezó, con más empeño, a escribir mis recetarios, sentada en el comedor días y noches, haciendo una minuciosa organización y selección de sus recetas. Y más adelante lo haría para Silvia, mi cuñada, y para sus nietas.

Cuando Álvaro, mi hijo, iba a nacer, le hizo un moisés hermoso, que también usarían Juan Pablo y Fátima. Bordó sabanitas para sus nietos, como las que nos había hecho a nosotros. Mi casa de México era muy fría, así que les tejí, a ganchillo, muchos zapatitos. Con estas actividades se mantuvo muy ocupada hasta que Polo

se casó. Polo y Silvia se fueron a trabajar a Campeche; mamá y Carmela se fueron con ellos. Vivieron allá varios años. Regresaron a trabajar a la ciudad de México y luego a Puebla.

Fue una abuela cariñosa, muy tierna, cálida. Le gustaba leerles cuentos a sus nietos. Había uno de animales en el que les enseñaba los sonidos que producían. Ellos, fascinados, le pedían una y otra vez que los repitiera; a veces, con bastante destreza, también les dibujaba animalitos.

En el transcurrir de ese tiempo vivió en dos ocasiones conmigo en Puebla; donde hacía varios años que yo vivía; una fue poco antes de que se estableciera con Polo en la ciudad de México, y la otra, en la última etapa de su vida, cuando con Carmela, ya muy ancianita,<sup>18</sup> se cambiaron a mi casa. Álvaro la trató con cariño todo el tiempo y ella también, además le tenía una enorme simpatía; siempre reservada, incapaz de emitir un juicio o comentario fuera de lugar. Por ese entonces yo estaba muy dedicada a la costura y, como siempre, mamá me ayudaba: “Que si hazme el dobladillo, hilvánalo, sobrehílamelo, pégame los botones”, le habían operado las cataratas y mejoró su visión. Fue una etapa maravillosa que disfruté de su compañía, mientras me arreglaba o cosía. Se sentaba a platicarme y, era ahí cuando se explayaba recordando muchas anécdotas de su vida que, por cierto, juzgué apasionante por desarrollarse en un medio y circunstancia muy diferente al mío, ello me generó la inquietud de escribirlas.

Durante sus últimos años, todos los días ponía la mesa. Decía que le gustaba sentirse útil y que todavía podía hacer algo; conservaba su espíritu perfeccionista. Aún me parece estarla viendo cómo medía, con sus dedos, la distancia entre el plato y la orilla de la mesa para que cada uno quedara en el lugar exacto. Siempre fue muy detallista y minuciosa. Durante las navidades que pasó conmigo, me ayudaba poniendo una mesa exquisita con todo detalle.

<sup>18</sup> Agosto de 1998.

Ya grande comentaba que, por su expresión de vista miope, se asemejaba a una china vieja; a mí me parecía hermosa. Era una persona de semblante dulce, que transmitía paz con sólo verla; buena, detestaba el conflicto, era conciliadora. Por las tardes rezaba el rosario, con toda generosidad pedía por todo y por todos.

Debido a la experiencia vivida con mi abuelita y temiendo un final parecido —la demencia senil—, ella oró para pedirle a Dios, con todo el corazón, que le conservara la lucidez de su mente y poder valerse por sí misma hasta el fin de sus días; no pasaba un solo día sin hacerlo, y con tanta fe que se lo concedió. Cuando murió, comentó Álvaro: “Doña Isabel fue prudente hasta para morir”. Fue repentino, algo que temía podía suceder en cualquier momento a pesar de su salud de hierro, ya tenía noventa años, pero irremediablemente pasó, y entonces se siente el vacío... un hueco enorme, el amor incondicional profesado y expresado todos los días ya no estará más. Es en ese momento cuando las palabras cobran sentido, no importa la edad, ni la de ella ni la mía, siempre me hará falta. Cuantas cosas le platicaría, le encantaba que le contara todo, y ahora... el silencio... Sin embargo, me dejó llena de su presencia y de su bondad, a cada momento tropiezo con algo que me la recuerda... y ahí sigue, continúa.

... Poner a la lumbre, sobre su base, el molde con las ventanas cerradas y con la flama muy baja. Tarda como dos horas en cocerse; en el horno en el mismo molde, sin tapar, está listo como en una hora o menos. Se prueba siempre con un cuchillo, si sale limpio ya está lista... Se desmolda hasta el día siguiente, ya fría.

## CAPÍTULO 8<sup>1</sup>

### TAMAL DE PLATÓN

Fíjate bien. En el molcajete pones un diente de ajo, una vez molido agregas media pastilla de achiote y la vas desbaratando con un poquito de vinagre, como una o dos cucharadas, aquí es lo que uso, no consigo naranja agria; no te vayas a pasar pues le da mal sabor...

Iba a cumplir trece años cuando me sentí atraída por la cocina, tal vez motivada por mi buen apetito. Durante las vacaciones de septiembre de 1965, con libreta y pluma en mano, me dispuse a recibir las primeras enseñanzas, impartidas por Carmela, en la cocina de la casa. Siendo una incipiente aprendiz, Alita, con mucho cariño y paciencia, me explicaba cómo poner en práctica alguna receta, ya fuera una de las tantas que tenía mamá o de las tradicionales de su tierra.

De baja estatura, morenita y de facciones mayas; delgada, pelo negro entrecano, peinado en una trenza; con su imprescindible delantal, de esos de cuadritos con peto y bolsas en la falda, de los que vendían en el mercado; siempre muy tapada, uno o dos suéteres, y por el invierno no podía faltar su chal en espalda y cabeza. Aquí, en Puebla, sentía mucho frío, pues era de tierra caliente. Carmela cocinaba como los mismísimos ángeles, así fuera un huevo revuelto, tenía una sazón maravillosa. Trabajadora e inquieta, siempre estaba pensando qué prepararnos para la cena, si nos hacía un panqué o unas gorditas de natas o de frijol... y a

<sup>1</sup> En este capítulo es Carmela quien da las indicaciones de la receta.



la vez que cocinaba, mostraba su devoción y lealtad incondicional, no había descanso. Polo, mi hermano, la bautizó como Ala o Alita, cuando apenas empezaba a hablar y se le quedó.

Ella nació un domingo, el 5 de mayo de 1901, en Guayamón,<sup>2</sup> una importante hacienda colonial del siglo XVIII, al norte del estado de Campeche, cerca de Edzná. Según platicaba, su papá había sido español, probablemente capataz del lugar, de apellido Pérez, y su madre, maya. El segundo apellido que hacía constar su origen, no le gustaba decirlo, sólo se lo oí mencionar en una ocasión y lamentó haberlo olvidado, lo único que recuerdo es que iniciaba con Z, la cual colocaba, seguida de un punto al final de su nombre. Quedó huérfana muy niña, de papá y mamá. Sólo tuvo un hermano que se fue con la bola durante la Revolución y no volvió a saber nada de él; creció con su madrina, quien se preocupó en alimentarla bien y aún chiquilla empezó a trabajar. No recuerdo con detalle cuándo ni cómo llegó a la ciudad de Campeche. Ahí se dedicó a lavar y a planchar.

Contaba Carmela que, sirviendo en una casa de mucho abolen-go en Campeche —ah, porque tenía su orgullo, decía que a ella le gustaba servir a gente que fuera gente, no a piojos resucitados—, la señora le encargaba: “Carmela, que las enaguas prueben almidón”, eso quería decir que, después de planchadas, se soltaban en el piso debiendo quedar rígidas paradas en el suelo. Lo que se usaba entonces todavía era planchas de carbón, imagino el trabajo tan bromoso que era y el cuidado que debía tener cuando la ropa generalmente era blanca y de algodón; además me agobio sólo de pensar en ese clima, el calor que generaba el carbón prendido. Un trabajo muy duro, desgastante; sin embargo, a pesar de ello, tuvo una vida longeva.

Su trabajo no era de planta en una sola casa, ella vivía en un lugar ajeno a donde prestaba sus servicios, y muchos años lo hizo

<sup>2</sup> Indistintamente: Uayamón.

en casa de doña Juanita Ayala, una mujer mayor, viuda y sin hijos, que también lavaba ajeno y a quien había conocido en el trabajo; era una buena persona con quien convivía en armonía. Carmela era una persona prudente, no le gustaba el conflicto; en todo se organizaban muy bien para dividir gastos. Doña Juanita vivía por el barrio de San Román. Como era costumbre entonces, en la casa tenían gallinas ponedoras y criaban pollos para su consumo, cada quien tenía los suyos. Habían acordado que un domingo mataba uno Carmela y al siguiente uno doña Juanita, y así lo compartían. Para la Nochebuena mandaban hacer un trenzado, un pan tradicional de fiesta, fino, elaborado con huevo y mantequilla. Y después de asistir a la misa de gallo, era lo que cenaban acompañado de chocolate campechano preparado con agua.

Sin embargo, doña Juanita, además de autoritaria, ya tenía algunas manías de persona mayor. Para una Nochebuena las amigas fueron por Carmela para, después de la cena, ir a espiar el baile. Doña Juanita le dijo que si se iba, buscara dónde quedarse a dormir, ya que ella no dejaría quitada la tranca para que, a su regreso, entrara, porque eso le daba cierto temor, y además, tampoco se iba a desvelar esperándola porque al otro día tenía que irse temprano a trabajar. A Carmela no le quedó más que desistir. Como resultado de algunas situaciones similares y de la insistencia por casarla con su sobrino, quien no era de su agrado, provocaron que se fuera a vivir a otro lado. Carmela estimaba a doña Juanita y ella a su vez la veía como la hija que no había tenido, así que, a pesar de las asperezas, se mantuvo pendiente de ella. Poco antes de morir doña Juanita, le regaló una medalla de su propiedad que tenía esmaltada la imagen de la virgen del Carmen<sup>3</sup> y sus iniciales, muy peculiar, que después, siendo yo jovencita, Ala me regaló.

<sup>3</sup> La advocación de la virgen del Carmen es muy popular por la zona del sureste.

Ella tenía su traje de campechana, con su falda de satín y hermosa blusa blanca bordada en negro, un traje muy elegante; el mayor orgullo del atuendo eran las cadenas salomónicas con que se adornaban y los hermosos aretes de filigrana, todo en oro. A ella le gustaba asistir a las fiestas, sabía bailar muy bien el zapateado. Fue muy devota del Cristo negro de san Román.

... le pones sal y pimienta al pollo o puerco, lomo o maciza, lo doras en aceite caliente. Ya dorado le añades el condimento, dejas que se fría un poco, le agregas agua caliente y...

Por esos azares del destino, Carmela comenzó a lavar en casa de mis abuelos maternos, quienes hacía poco tiempo habían vuelto a establecerse en la ciudad de Campeche; mi mamá era adolescente y aún estaba soltera. En aquel momento estaban en pleno los preparativos de la boda de tía Chole, la mayor de las hijas. Poco tiempo después, papá y mamá se comprometieron y se casaron; vivieron un tiempo en Campeche, y dos años más tarde, por motivos del trabajo de papá, tuvieron que irse a radicar a Mérida.

Asunción, la persona que trabajaba con ellos en el servicio de la casa y la cocina, tenía familia y no podía moverse a otra ciudad. Fue cuando mamá le propuso el empleo a Carmela. Pensó en ella porque, además de conocerla bien, por ser soltera le sería más fácil establecerse en otro lugar. Carmela aceptó y así, en la Ciudad Blanca, ella comenzó a formar parte del núcleo familiar García Lastra. Antes, Asunción le había advertido: "El señor es muy exigente para la comida y a ver si no tienes problemas". Al respecto, mamá explicaba que a papá no le gustaban los guisos desabridos, prefería que el jugo del platillo estuviera sazonado, reducido, algo que Carmela puso en práctica enseguida; mi papá jamás se quejó, al contrario, siempre alababa su buen sazón.

La tienda de Mérida que dirigía papá se llamaba Las Novedades. La casa habitación se encontraba en la planta alta. Carmela,

además de la cocina, era quien lavaba, almidonaba y planchaba las camisas de mi papá, que por el intenso calor se bañaba y cambiaba de ropa dos veces al día.

Para vigilar la puerta de la bodega de la tienda y por donde entraban los empleados, tenían un perro pastor alemán llamado Borrás, al que por las noches soltaban en el patio que había en la trastienda. Sólo Carmela o papá bajaban a darle de cenar, nadie más podía hacerlo una vez que estaba suelto. A ella le gustaba mucho contarnos las aventuras de Borrás:

Un empleado le había enseñado al perro a comer limones. Le recogía del suelo los que tiraba el árbol que había en el patio y se los metía en el hocico, le apretaba las mandíbulas sin soltarlo hasta que se tomaba todo el limón. Era un perro muy bravo, y si ponía alguna ropa o zapatos en buen estado para regalar, sobre el bote de basura, tenía que bajar tu papá o yo a darlo porque el perro no permitía que se llevaran nada más que el bote; con toda delicadeza, sin morder, les tomaba la muñeca entre el hocico y no los soltaba hasta que volvieran a poner las cosas en su lugar.

Carmela estuvo muy encariñada con Borrás y Pancholín, el gato.

Seis años más tarde, papá y mamá se mudaron a Puebla. Carmela se vino con ellos, eran los años cuarenta. Recién llegados se hospedaron en el Gran Hotel, en la avenida Reforma. Allá vivieron varios meses hasta que le entregaron a mi papá la casa en que vivirían y que estaba ubicada en el centro de la ciudad, en la 5 Poniente 514, letra D, atrás de la iglesia de San Agustín.

Carmela, en su juventud, frecuentó el cine, siempre le gustó. En Campeche y Mérida los domingos iba a la función de la tarde. Al salir, pasaba a una cafetería a merendar para después irse a su casa a descansar. Cuando llegó a Puebla, retomó esta costumbre, ya fuera al cine Reforma, que se encontraba en la esquina del hotel, o el cine Coliseo, a dos calles. En una ocasión tuvo un incidente discriminatorio cuando, a la salida del cine, entró en un café a

merendar y no le quisieron servir. Para ella fue una experiencia difícil luego de haber vivido en dos ciudades donde la sociedad era más abierta e incluyente; algo doloroso y motivo para nunca volver a hacerlo.

Después de esto, sus salidas sólo abarcaban ir al mercado, a misa, a la librería Letrán a comprar algún libro; si acaso, de vez en cuando, pasar a alguna tienda a tomar un refresco o una cerveza. Y más adelante, cuando ya estábamos Polo y yo, llevarnos, en compañía de Carmen, a los juegos del Paseo Bravo o a dar la vuelta al zócalo.

... partes dos o tres jitomates en cuarterones y una cebolla mediana en rodajas, y esto junto con una buena rama de epazote bien limpia se lo pones al guiso. Lo dejas cocer a fuego lento a que se forme la salsita que vas a necesitar para la masa.

Para Carmela, la lectura se volvió el único pasatiempo, le gustaba mucho, en especial leer novelas. Tenía gran variedad, las cuales, cuando ya estuve en edad, me prestaba y después, comentábamos. Había entre ellas una novela rusa magnífica, que se llamaba Raisa; recuerdo que a las dos nos encantó, ella ya la había leído dos veces. También tenía inclinación por la jardinería, cuidaba de sus macetas y contemplar el jardín le atraía mucho. Cada que podía, compraba alguna plantita en el mercado, y cuando vivimos en el Carmen había un marchante que, cada determinado tiempo, le pasaba a vender dalias o rosas de diferentes clases y colores. Estas dos pasiones las conservó prácticamente hasta el final.

Antes de que nació, mi mamá tenía varios canarios, le deleitaba escucharlos y, junto con Carmela, cuidaba de ellos. Cuando Polo arribó a este mundo, Ala fue gran apoyo para mamá, a quien se le unía el cielo con la tierra. Carmen, mi nana, entró a la casa un poco antes. Su relación fue de mucho respeto y se llevaron muy bien. Más adelante, cuando yo iba a nacer, de nueva cuenta tuvo

que ir mamá al Distrito Federal, pues el médico que la atendía radicaba en la capital. Carmela la acompañó para hacerse cargo de mi hermano, mientras se hospedaban en casa de la tía Charo, hermana de mi abuelo materno.

Nos quería mucho a todos, pero especialmente a Polo, quien fue su adoración. Él era muy melindroso para comer, pero eso no le importaba porque en el instante en que decía “esto no me gusta”, rápidamente ella le presentaba un sinnúmero de opciones para que el niño escogiera lo que le apetecía. Ése sí que era cariño verdad.

Alrededor de las nueve de la mañana, Ala preparaba el desayuno para Panchita e Inesita, la cuidadora de mi abuela María y la señora que se encargaba de lavar y planchar, respectivamente. Por lo regular les cocinaba huevos a la mexicana, con bastante chile. Yo era muy niña, pero atraída por el apetitoso olor, me presentaba en la cocina y me convidaba con un taquito, así fue como, gracias a ella, aprendí a comer picante.

Con ella fui por primera vez a la plaza, me compró mi canastita y, cuando la acompañaba a La Victoria, de lo más contenta me ponía algo del recaudo que adquiriría. A lo largo de mi vida he disfrutado el ir a los mercados, me encantan, y esto es algo que también le debo a Carmela. Con ella empecé a hacer mío el gusto y el cuidado para escoger cada uno de los ingredientes para preparar un guiso; experimenté cómo, por los poros de mi piel, penetró el calor que genera una actividad tan humana como el comprar y regatear con los marchantes; y a su vez cómo esa calidez va fraguando el alma del guisado.

Cuando doña Lily Mena publicó su libro *Cocina campechana*, se convirtió en el manual de cabecera de todas las mujeres de la ciudad de Campeche. Carmela no fue la excepción, también compró el suyo porque, aunque su trabajo era lavar y planchar, se sentía atraída por la cocina y pensó que tal vez después podía serle útil. Sin embargo, siendo ya Carmela una cocinera experimentada,

le hacía severas críticas al libro porque decía que doña Lily daba excesivas explicaciones: “Si va a matar un pollo, empieza por amarrar un hilito a la aldaba de la puerta y entonces corretee al pollo y...”, esto decía Alita de broma, y en una ocasión en que estaba de visita una amiga de mamá, Judith, sobrina de doña Lily, mamá dispuso para agasajarla un guiso del libro campechano y Carmela le dijo: “No, doña Chabela, doña Lily se chuma”.<sup>4</sup> A lo que Judith, quien era un poco ingenua, asustada le contestó: “¡Ay, no!, Carmela, por Dios, mi tía Lily no se chuma”. Ésa era Carmela, ocurrente y simpática.

... Compras un kilo de masa, la desbaratas en agua con la mano, hasta que quede un atolito que se pueda colar. Lo cueles y se pone a la lumbre, no se deja de mover porque se hace bolas. Cuando empieza a hervir, le agregas como media taza de aceite o un poco más, ahí le ves, lo vas intercalando con cucharadas de la salsa del adobo de achiote...

Son tantos los fantásticos recuerdos que tengo de ella, como aquel, cuando éramos niños Polo y yo, en que si nos veía descalzos, nos perseguía enarbolando en la mano un tenedor de cocina con el mango de madera que utilizaba para cocinar la carne, haciendo la mímica como si nos fuera a picar los pies con él. O cuando estábamos dando mucha lata y no la dejábamos trabajar, nos corría, palmeando y diciendo: “A caminar los tuchos,<sup>5</sup> porque ya son muchos”, este último era un dicho de su tierra. Y también nos hacía gracia cuando se asomaba por las ventanas de la casa. Le gustaba mucho y nos decía: “Estoy socheando”.<sup>6</sup>

<sup>4</sup> Emborracharse.

<sup>5</sup> Tucho: mono araña.

<sup>6</sup> Mirando, espiando. Existe por la zona del sureste un animalito con ojos muy abiertos, la mirada atenta muy fija que se llama soche o soch, por lo que a él se hace referencia en esta expresión.

También disfrutaba contarnos de su tierra, anécdotas y leyendas, como la del Chivo brujo.<sup>7</sup> Nos narraba cómo este personaje se

<sup>7</sup> Aunque la leyenda es colonial retomó auge en el siglo XIX ante la necesidad de una estrategia para introducir el contrabando sin ser vistos. Hay que recordar que a mediados del siglo XIX “el contrabando era un mal necesario por los excesivos impuestos y la falta de vigilancia. Puede decirse que en aquellos tiempos casi todos los grandes comerciantes de la península yucateca eran contrabandistas”, p. 27 (Luis F. Sotelo Regil, Campeche en la historia).

#### EL CHIVO BRUJO

Ésta es la historia del Chivo brujo, el cual atemorizó a la población en los tiempos de la colonia española:

Se dice que durante la época colonial, durante la época de la piratería, apareció en la ciudad un ser demoníaco con aspecto de hombre, pero con cabeza y piernas de chivo. Este ente del infierno, como lo llaman los abuelos, atacaba a los pobladores de la ciudad, los cuales vivían con el constante temor de encontrarse con él.

El ente tenía un cuerpo humano con el pecho muy velludo. Su cabeza y piernas, como ya se mencionó, eran de un chivo; la primera con cuernos grandes y retorcidos, ojos rojos como carbón encendido, largas barbas y mirada destructora. Sus piernas fuertes semejaban las piernas de Satanás, tenía gruesos y sucios cabellos, patas grandes y poderosas y podían destruir piedras de una sola patada.

Ésta es la descripción que por mucho tiempo tuvieron los habitantes de Campeche del Chivo brujo, nombre que dieron al maravilloso ser que para muchos era el propio hijo de Satán. Los hombres le odiaban, las mujeres le temían y a los niños se les controlaba amenazándolos con dejarlos en la calle por las noches, tiempo en el cual salía el Chivo brujo a atemorizar a los vecinos del puerto.

Pobre de aquel que osara salir de su casa después de cerradas las puertas de la muralla, cerca de las ocho de la noche, pues era muy probable que se encontrara con el Chivo brujo, temido tal vez más que Barba Negra, Pie de Palo o Lorencillo.

Un día, al abrir las puertas de la muralla para iniciar las ventas en el mercado, se encontró el cuerpo de un desdichado, terriblemente mutilado



disfrazaba con un enorme carapacho de tortuga en la espalda; en la cabeza cubierta se amarraba dos machetes muy lustrados para que brillaran a la luz de la luna; llevaba arrastrando cadenas y, por un tubo grande apoyado en el suelo, daba de gritos, el piso retumbaba, en el silencio de la noche provocaba terror y los pobladores se reclinaban temprano en sus casas; éste era el momento que aprovechaba la gente para meter sus carretas con contrabando. Por supuesto, tenían algún trato con la guarnición de Santa Lucía para entrar a altas horas de la noche, pues la ciudad de Campeche estaba amurallada. Nosotros escuchábamos sin pestañear, y cuando terminaba, le rogábamos que nos relatará otra más. Carmela era una persona muy sensible y, por lo tanto, con cierta predisposición a las experiencias paranormales. Durante su vida tuvo varias; nos encantaba que platicara de ellas y compartiera con nosotros esas vivencias.

---

y golpeado. Sus restos fueron llevados a la plaza principal para que sus familiares lo reconocieran.

“Sin duda se encontró con el Chivo brujo”, “pobre, no soportó la mirada de muerte del Chivo brujo”, “lo mató el Chivo brujo”, éstos eran los comentarios que se escuchaban por toda la plaza, comentarios que duraron hasta el atardecer y no hicieron más que atemorizar aún más a la población.

Sin embargo, uno de esos días en que Dios no está para hacer milagros, en la puerta de la residencia de la policía se encontraba encadenado un ser que tenía aspecto lastimero. “Atraparon al Chivo brujo”, “capturaron al Chivo brujo”, “lo atraparon, lo atraparon”, gritaban las mujeres que lo vieron.

El famoso Chivo brujo resultó ser un traficante de armas que llevaba a cabo sus planes por la noche, mas el temor de caer en las manos de la policía lo obligó a crear un plan para distraerla. ¿Qué mejor que aprovechar la superstición de la población para crear un disfraz que fuera capaz de asustar hasta al propio rey? Aún mucho tiempo después, los pobladores cuentan las más increíbles historias de este ser supuestamente sobrenatural, el cual crea temor entre los incrédulos, los temerosos y los ancianos. [“Gente y tradición de Campeche. Leyenda del Chivo Brujo”, un artículo de Conociendo Campeche, México, 2003].

... cuando ya tenga colorcito y la masa no sepa a crudo, se le rectifican la sal y, si es necesario, se le agrega otro poco, tiene que estar espeso. Se coloca en cazuela o en un platón, y ya para servirse, se le pone encima la carne y la salsa...

En una ocasión, todavía en Campeche, la señora de la casa donde Carmela se encontraba trabajando salió con sus niños, y la otra muchachita del servicio se despidió de Carmela advirtiéndole que se quedaba sola a terminar su faena, y que a su regreso la remuneraría. Cuando finalizó, esperando a que regresaran se recostó. Estaba cansada y se quedó dormida. De repente, sintió que la tomaban por los tobillos, se los apretaban; se despertó, pero no abrió los ojos, supuso que era la otra muchachita que ya había regresado, así que no hizo caso y continuó con los ojos cerrados; siguió recostada y de nuevo le apretaron los tobillos. Tiempo después oyó que decían: "¡Ya llegamos, Carmela!" En ese momento se levantó desconcertada, les preguntó si apenas llegaban y si no había sido ella quien le había apretado los pies. Ella le dijo que no, que estaban entrando y lo que había sucedido era que había usado la hamaca de doña Toña, quien había muerto unos meses atrás y a quien no le gustaba que nadie más se acostara en ella... Y así como esta experiencia tuvo varias, sobre todo presentía cuando alguien iba a morir, porque nos comentaba que pasaban a despedirse de ella.

Como persona de la costa le gustaba la cerveza y, de vez en cuando, disfrutar de una copita, ya fuera de anís o de brandy; con mayor razón si hacía frío o tenía catarro: "A ver, dame mi pixoy".<sup>8</sup> Mi papá acostumbraba convidarla cuando él se servía su aperitivo. Carmela decía que en Mérida, en una que otra ocasión, tomaba Xtabentún.<sup>9</sup> ¡Ah! y también le gustaba fumarse un xastup<sup>10</sup> después

<sup>8</sup> Un trago.

<sup>9</sup> Licor de la región con sabor a anís.

<sup>10</sup> Nombre que le daba al cigarro. Éste era derivado del nombre del

de comer. Ya muy anciana, después del baño también se tomaba una copita de anís para no enfriarse, era todo un personaje.

Incansable como fue, los domingos en la tarde preparaba para la cena bistec en cazuela, porque acostumbraban quedarse a merendar tía Estelita y mis primas, las Piluchas. Tía era prima de mamá e iba a visitar a mi abuela María, quien vivía con nosotros.

Tía Chole, hermana de mamá y quien vivía en Campeche, cuando nos visitaba traía —o mandaba a la casa, cuando había oportunidad, con un propio porque no había otra forma— chocolate artesanal elaborado en su casa por María, la persona que le ayudaba con los quehaceres; conservas de nance o ciricote; marañón pasa; pasta de guanábana preparada por las tías Ferrer; pequeñas tabletas de achiote que aquí no se conseguía; hojas de plátano, aguacate de la región, ligeramente dulzón, muy grande, con cáscara verde, de carne amarilla, muy diferente al de aquí; cazón ahumado, etc. Con las hojas de plátano y el achiote, Carmela hacía tamalitos torteados, pibipollos o tamal de platón. En mi mente tengo grabada la imagen de cómo preparaba el chocolate de su tierra: en una chocolatera campechana de madera de guayacán, ponía unos pedacitos del chocolate, le vertía la leche hirviendo y, con su molinillo confeccionado de la misma madera, lo batía hasta quedar espumante... ¡Mmm!, delicioso.

A partir del matrimonio de Polo, mamá, quien ya había enviudado, y Carmela, se quedaron viviendo con él. Acompañaron a Polo y Silvia, su esposa, a los diferentes lugares donde se establecieron. Polo era su adoración y, además, profesaba un gran cariño por Silvia desde antes de que se casaran; más adelante sentiría lo mismo por sus tres hijos: Polo, Luiseli y Chivis. De forma eventual, mamá y Alita, vivieron conmigo.

---

cigarro que confeccionaban en la región. En vez de envolver el tabaco en papel, lo hacían en holoch, totomoxtle u hojas de maíz, las más finitas.

Era juguetona y muy dulce con los niños. Mis hijos también la disfrutaron, aunque ya muy poco. Sus últimos días los vivió aquí, en la casa; gozaba sentarse cerca del ventanal de la cocina para tomar el sol, contemplar las flores del jardín y a los pajaritos que se detenían a tomar agua en el bebedero... las almas grandes se complacen con sencillez. Muy reservada, platicaba poco de su vida personal, ignoro por qué no se casó. Nosotros fuimos su familia y dueños de sus afectos. Cariñosa, fiel, buena y servicial. De andar sigiloso, voz suave; si se enojaba, guardaba silencio, jamás se salía de sus casillas, generosa en extremo.

Alita fue compañera de vida de mamá, era de esa escasa clase de personas que hacen más ligera la existencia. Cuando Carmela ya estaba muy anciana, decía mamá que a ella la había servido al pensamiento siempre, así que lo menos que podía hacer era atenderla y cuidarla con el mismo cariño como Ala lo hizo durante más de sesenta años; cuando murió, iba a cumplir los ciento un años. Alita, gracias por ti y tu legado.

... a la cazuela o al platón se le extiende una hoja de plátano, suficiente para que luego cubras el guiso, primero la limpias con un trapo húmedo y la asas un poco para que la puedas manejar, esto le da mejor sabor, pero si no se consigue, servir directo en el platón.

## CAPÍTULO 9

### ENTREMÉS NAVIDEÑO

Ésta es la entrada que acostumbraba poner en la cena de Nochebuena y la comida de Navidad; para introducir un delicioso menú, me parecía ideal desde el principio exaltar el paladar a placenteros sabores...

Por lo regular los invitados de papá y mamá a las celebraciones navideñas eran adultos, a excepción de Gustavo, mi primo, aún adolescente y que vivió con nosotros unos años cuando recién enviudó tía Chole; después llegó Eduardo y más adelante Zoila, hermanos de Gustavo, también adolescentes; así que, cuando Polo y yo comenzamos a formar parte del festejo navideño formal, éramos los únicos niños. Para no aburrirnos, nuestros lugares en la mesa los colocaban juntos, y así, entre los dos, nos entreteníamos sin hacer mucho caso de los adultos, y el entremés nos llevó a convertirnos en cómplices compartiendo su contenido. A esa edad, a Polo le agradaban los sabores fuertes, a mí no, así que, sin que los invitados, ni papá y mamá se dieran cuenta, le pasaba todo aquello que a mí no me gustaba, y al revés, por eso, para escribir de él, el entremés me pareció muy adecuado por el lazo que estableció entre nosotros.

Una ciudad de Puebla tranquila, conservadora y tradicional; población que en los años cincuenta tenía sólo algo más de doscientos diez mil habitantes; su extensión, por un lado, no abarcaba más allá del campo de aviación.<sup>1</sup> Para llegar a él, había que cruzar

<sup>1</sup> 24 Sur, donde ahora se encuentra el Parque Ecológico.

un puente sobre el río san Francisco; por el otro lado, el cerro de La Paz; la garita y el panteón municipal o la colonia América, atrás del cerro de Loreto no había nada. Sin embargo, era una metrópoli con intensa actividad comercial y muy fuerte industria textil. Aquí fue el lugar donde vivimos nuestra niñez.

Viene a mi memoria una banca de ladrillo y azulejo rodeada de hiedra, empotrada en la pared que circundaba la cerrada donde vivíamos; flores amarillas como campanitas, algunas buganvillas y un enorme plúmbago de la casa de junto que se asomaban por encima de la barda; tejas en los techos y piso de cemento, la pared ocre y las ventanas con rejas negras, de hierro forjado; la iglesia de San Agustín, sus campanas que resonaban constantemente, las torcacitas del templo que hacían: uuuu... uuuu y el retumbar de algún trueno que cayó en el pararrayos de su torre; al fondo, cerrando la privada, la pared de una casa, parte de lo que había sido el convento y, en ese entonces, usada como bodega de maíz. Aquí se encontraba la casa que papá y mamá rentaron desde que se establecieron en Puebla, éste fue el paraíso de la infancia donde transcurrieron nuestros primeros años de vida.

Al poco tiempo de haber muerto mi abuelo Agustín, papá fue agraciado con un coche en una rifa de la Cámara de Comercio, un Cadillac 1950, el que había pensado vender e irse con mamá de paseo a España, pero ella resultó embarazada y los planes cambiaron. España podía esperar, si ya había aguardado tanto tiempo, que más daba otro rato. Papá se sentía, por demás afortunado: un hijo a sus ya casi cincuenta años y, por si fuera poco, había venido con torta bajo el brazo, aunque un poco adelantada: el coche.

El doctor Otero atendería a mamá en la ciudad de México, por eso el último mes de embarazo se fue al Distrito Federal a esperar la llegada de "la cigüeña", hospedada en casa de tía Nela, su prima. Por fin llegó el día deseado: 27 de abril... ¡Nació su primogénito!... ¡Un varón!... Mamá no se cansaba de dar gracias a Dios de tener en sus brazos a un sano y hermoso bebé; lo contemplaba,

para ella era un muñeco, pelón, sonrosado. Papá se encontraba en Puebla. En cuanto le avisaron, de inmediato se trasladó a la capital, donde se quedó hasta que mamá y Polo salieron del hospital y los instaló de nuevo en casa de la tía. El doctor no les permitió viajar de inmediato. Antes de que los dieran de alta, él realizó todos los preparativos para el bautizo. Se celebró a los tres días de nacido en la capilla del sanatorio Español y le pusieron Leopoldo Agustín, los nombres de papá y de mi abuelo materno. Sus padrinos fueron tía Nela y don Félix Gurtubay. Para el acontecimiento se brindó por el asturianín, decía papá orgulloso, con sidra El Gaitero, no podía ser otra. A los cuarenta días, mi padre regresó por ellos para trasladar a Polo a su nuevo hogar.

La llegada del primogénito había enloquecido de felicidad a la familia entera. Con toda ilusión, mi abuela María, durante la espera, se había dedicado a bordarle en punto de cruz varias sábanas elaboradas en opalina para que fueran muy suaves; le tejió algunas chambritas y zapatos; mamá confeccionó los cubrepañales con bombasí,<sup>2</sup> muy abrigadores, bordados, con botones de concha y, en la orilla, con un remate a ganchillo; abuelita, también colaboró en ellos. Era un hijo tan anhelado y querido que no hubo limitaciones para su llegada. En enero, cuatro meses antes de que naciera el bebé, mamá buscó otra persona para que la ayudara con el trabajo que se venía, fue así como llegó a la casa Carmen, la nana.

Al año y meses del arribo de Polo, cuando mamá todavía no terminaba de adaptarse a la nueva vida, nació yo. El doctor Otero le decía: "Tienes más suerte que un diablo, mira que después de tanto tiempo un varón y ahora una niña". Mamá contaba que, cuando me llevaron con ella por primera vez, le hizo una gracia enorme al ver que tenía un furaquino<sup>3</sup> junto a la

<sup>2</sup>Tela gruesa de algodón afelpada, similar a la franela por un lado y, del otro, semejante al piqué, textura en relieve.

<sup>3</sup>Significa hoyuelo en bable.

boca, igual al de papá, entonces era tan pequeñito que parecía que lo habían hecho con la punta de un lápiz. El proceso fue similar para esperar mi llegada. Mamá se trasladó a la ciudad de México, en esa ocasión se hospedó en casa de tía Charo, media hermana del abuelo Agustín, y la acompañó Carmela para cuidar de Polo. De igual forma, fui bautizada a los tres días de nacida en la capilla del sanatorio Español. Mis padrinos fueron tía Avelina y tío José, hermanos de papá, quienes se encontraban en España. En su representación asistieron Carmen y Antonio Gurtubay.

Desde que abrí los ojos, Polo estaba ahí. La diferencia de edad era poca, tan sólo un año y cinco meses. Esta cercanía nos convirtió en compañeros perfectos, fuimos muy unidos, de forma ideal nos complementábamos para jugar. Fui portera de fútbol; manejé varios ejércitos: soldaditos de plomo y después, de hule, desde romanos, cruzados, de la primera y segunda Guerra Mundial, jeeps y tanques de guerra; a veces nos entreteníamos por mucho rato con el tren eléctrico, un Lionel, que le trajeron los Reyes una de sus primeras navidades; compartimos un carro de bomberos con pedales, triciclos, bicicletas y también una resbaladilla que nos colocaron en el pasillo de la casa; participé en la vida de Hércules, quien se disfrazaba atravesando en su pecho, a manera de la piel del león de Nemea, un abrigo de piel que era de mamá, haciéndole un nudo con las mangas, para semejar al mitológico personaje visto en el cine, poco faltaba para que a mi madre le diera un ataque cuando nos encontraba en pleno retozo revolcando y retorciendo a jalones su finísimo abrigo. Yo ponía mis condiciones, si jugábamos al Príncipe Valiente, a mí me tocaba la princesa Aleta y el castillo, y si no, no lo hacía; tuve lanza, espada, pistola, ametralladora y todo aquello que fuera necesario para compartir el juego. Por las tardes, con mamá y Carmen, jugábamos a la Oca, Serpientes y Escaleras, Lotería, Burra con baraja española, etc. A veces mamá retozaba con nosotros cargándonos en la espalda y nos tiraba después en la



cama, ella decía que nos llevaba a cuspach,<sup>4</sup> era divertidísimo, nos encantaba.

Como todos los hermanos, peleábamos, sí, pero rápido venía la reconciliación. Cuando fui más grande no faltó el chantaje y la hipocresía; al mismo tiempo que le asestaba un golpe a Polo, yo pegaba un grito y esto lo incriminaba, a quien regañaban era a él por pegarle a la nena. He de confesar que abusé del privilegio de ser la nena, en la merienda me ensañaba ganándole a Polo, que era muy melindroso, su pan de dulce favorito.

Los sábados, cuando llegaba a la casa el pedido de La Sevillana, Polo, siguiendo su inclinación de constructor, hacía torres con las latas de víveres. Entre las mercancías que entregaban venían caramelos y chocolates para nosotros. Mamá repartía en partes iguales y de semejante forma los chocolates de figuritas Turín, así como los caramelos Laposse o Perugina, que debían durarnos toda la semana. Cada uno tenía una lata donde los guardaba, éstas habían sido de galletas o de caramelos ingleses;<sup>5</sup> la latita de Polo era octogonal, blanca con negro y con figuras chinas en dorado; la mía, cuadrada con las esquinas en chaflán, fondo blanco y flores orientales en naranja, rojo y azul. Ellas eran las depositarias de nuestro tesoro que luego intercambiábamos de forma similar al entremés; a mí me gustaba saborear los caramelos, en cambio a Polo le encantaba masticarlos. Pocas veces peleamos por éstos, sólo cuando alguno de nosotros se terminaba antes de tiempo su ración y no quería quedarse con el antojo.

Para cada comensal colocar en un plato mediano: dos o tres rebanadas moderadas de queso Gruyère y de bola holandés... Cuando las políticas gubernamentales se volvieron más rígidas al impedir las importaciones, era muy difícil conseguirlos, por lo que empecé a usar

<sup>4</sup>Vocablo maya: llevar a cuestas.

<sup>5</sup> Peek, Freen & Co. Ltd., Biscuit Manufacturers, Londres.

el Carracedo y el Rosatta; fueron de los primeros quesos mexicanos que trataban de imitar el estilo europeo...

De las primeras travesuras compartidas, recuerdo una ocasión en que nos encerramos con llave en un baño de la casa. Polo dejaba escapar su espíritu de arquitecto una vez más, jugaba con los jabones guardados en el mueble, les quitaba la envoltura y hacía torres que desafiaran la gravedad, mientras yo me untaba las cremas de Elizabeth Arden de mamá y me pintaba una enorme boca con su pintura de labios roja. Cuando se dieron cuenta en la casa, empezó el caos. No podíamos quitar la llave, mamá trataba de decirnos qué hacer, pero nosotros estábamos tan entretenidos que ni caso hacíamos. Buscó la doble, pero del otro lado de la cerradura se encontraba la llave dentro y no la pudo introducir. Gustavo era muy alto e intentó meterse por la ventila del baño, pero estaba muy arriba, no pudo hacerlo. Mamá llamó por teléfono a papá, que estaba en la tienda. Cuando llegó, mamá, Gustavo, abuelita, Carmen y Carmela seguían en la puerta del baño al borde de una crisis nerviosa... ¡los niños no podían salir! Entonces fue mi papá por una pequeña hacha que había en casa para usos diversos y, con voz firme, ordenó que nos metiéramos en la tina y nos pusiéramos encima el mayor número posible de toallas de las que había en el mueble, nos agacháramos y que cerráramos los ojos para que no nos fueran a lastimar las astillas que saltaran. Después de dos o tres golpes potentes, la puerta se partió, metió la mano por esa abertura y dio vuelta a la llave. Así fue como nos sacaron. Nosotros nunca nos asustamos, había demasiadas cosas con qué jugar. Como el susto fue mayúsculo para ellos, ya no nos llamaron la atención por todo el desorden que habíamos creado en el baño y ni qué decir del reguero de cremas, jabones, champú y etcéteras que le hicimos a mamá.

Papá era un gran aficionado al fútbol, lo había jugado de joven, fue reserva del Asturias, el legendario equipo del Centro Asturiano

de la ciudad de México. Cuando llegó a Puebla, se encontró con que los fines de semana se celebraban partidos. Todos los domingos asistía a El Mirador, centro de reunión de la comunidad española en Puebla. Era una construcción con dos torres circulares y techos cubiertos de tejas rojas, un área con salones donde se celebraban las romerías y, en la parte posterior, había un graderío, parte techada y otra no, esta última muy soleada, y un campo donde se llevaban a cabo los partidos de fut.

Cuando Polo tuvo cuatro o cinco años, papá decidió que era la hora de empezar a llevarlo para que se fuera involucrando en este deporte. Se iban en taxi y cruzaban el río de San Francisco por el puente de la 25 Poniente; en esa zona había muy pocas construcciones, alguna fábrica textil y milpa. Un poco más arriba sobresalía El Mirador, al cual se entraba por la parte trasera, directo a las gradas de madera donde buscaba papá un buen lugar y se sentaban preparándose para la contienda. Se reunía con sus amigos y paisanos y platicaban y bromeaban. Desde antes del partido comenzaban a fumar puro; cuando se iniciaba, aquello era ya una nube densa de humo. Polo, muy sensible a los olores, se mareaba, ni siquiera tenía noción de lo que sucedía en la cancha, le daba dolor de cabeza, en más de una ocasión con náuseas y ganas de volver el estómago. Cuando salían de ahí, Polo llegaba enfermo a la casa. Después de varios domingos similares, no quiso volver a ningún partido. No sé si realmente no le interesó nunca el futbol o el humo del puro lo vacunó para siempre. Unos años después se incendió el graderío del campo y, de inmediato, en esos terrenos se inició la construcción del Parque España.

Los domingos nos emperifollaba mamá para que saliéramos perfectos y, como todos los días, después de bañarnos nos ponía agua de colonia Sanborns. Con todo cuidado nos peinaba, sentados en una sillita de mecates de colores que ambos teníamos, utilizando fijapelo de Jockey Club con aroma a lavanda

o maderas, no le gustaba otro; ella tenía mucha paciencia, pero cuando nos movíamos demasiado, nos asestaba en la cabeza un fuerte peinazo.

Una vez que estábamos acicalados, íbamos a misa con papá, por lo regular a Catedral, después a tomar un helado y a dar un paseo por el zócalo. También le gustaba mucho llevarnos a la estación del ferrocarril a ver salir los trenes; a veces caminábamos hasta donde se encontraba la tienda de Larín en la 4 Oriente a comprar golosinas, chocolates o paletitas de anís, era la única dulcería abierta el domingo; pasábamos al expendio de revistas y periódicos que había en la 5 Poniente, a una calle de Catedral, y nos compraba a cada uno un cuento.<sup>6</sup> Por la tarde íbamos al cine con mamá y Carmen. La función era de dos películas, una de mala a regular y una buena, el costo era de cuatro pesos. Cada semana se cambiaba la programación; los cines que frecuentamos más fueron el Coliseo, el Reforma o el Puebla; de vez en cuando el México, porque estaba lejos y en un rumbo no muy bonito, igual que el Variedades, que estaba decayendo.

La hora del desayuno o de la merienda, para Polo, era todo un suplicio: la leche no le gustaba, pero tenía que tomarla. Cuando se la llevaban a la mesa estaba demasiado caliente, se le formaba nata y había que llevarla a colar. Carmela regresaba la leche ya sin nata, pero en lo que decidía tomarla se le formaba de nuevo una natita más delgada y de nuevo había que colarla; volvía la leche, pero ahora se le habían formado pequeños puntitos de grasa que tenían que quitarle porque le daban asco. Alita volvía con la taza de leche que, después de todos estos procesos, ¡ya estaba fría! Ahora a calentarla... En una ocasión en que mi mamá no estaba de buen talante, cansada con esta función de todos los días, a pesar de ser una persona tranquila, tomó la taza de leche y se la echó encima a Polo, quien se le quedó viendo sorprendido

<sup>6</sup> Cómics.

por su reacción. No lo podía creer. A veces imagino que Cri-Cri se inspiró en este hecho para componer la canción de La merienda.

Cuando mi compañero de juegos empezó a ir al kínder del Colegio Central, en la 5 Oriente,<sup>7</sup> muy cerca de donde vivíamos, yo no quise quedarme sola en la casa. ¿Con quién iba a jugar? Así que insistí en que también me llevaran al colegio. Entonces no se acostumbraba entrar a muy corta edad, pero mamá logró que me admitieran y fui la más feliz. Le encargó a Polo que me cuidara, y vaya si lo hizo, se tomó muy en serio su papel: como le habían dicho que no permitiera que nadie tomara del jugo de naranja de mi cantimplora, la protegía con enorme celo, y si alguien me daba un beso, sacaba su pañuelo y me limpiaba la mejilla. Mientras esperábamos que nos recogieran, como yo era muy inquieta me tenía tomada de la mano hasta que llegaban por nosotros.

Por las mañanas, al llegar al colegio, en el patio de la entrada se encontraban varias religiosas recibiendo a los alumnos. A Polo le impresionaba verlas vestidas de negro de la cabeza a los pies, con aquellos extraños zapatos como choclos, pero con tacón grueso, peinadas todas con un pequeño chonguito. Para él era un comité de recepción imponente... aterrador.

El inmueble donde estaba ubicado el Colegio Central era una casa antigua del centro de la ciudad, atrás de la catedral. En una ocasión, estando en el salón de clases, se escuchó un fuerte ruido. Hubo un incidente en el laboratorio de química de la secundaria, que se encontraba en la planta alta del segundo patio. Debido a una leve explosión, y en medio del humo, las alumnas empezaron a desalojar el lugar bajando la escalera; a nosotros nos sacaron al patio del frente y, en el desorden, me le perdí a Polo, quien empezó a buscarme muy asustado. Me encontró en el lugar de los hechos averiguando qué había sucedido, alguien me tenía detenida de un brazo. Polo me tomó de la mano, me obligó a bajar y nos

<sup>7</sup> Ahora Instituto Cordero y Torres.

sentamos en el sitio indicado por la maestra adonde llegarían por nosotros. Ni modo —dejaría de ser mujer—, desde pequeña me gustó el chisme.

Polo, desde muy chico, aprendió a leer. Antes de entrar al colegio ya conocía el abecedario. Tuvimos un juego de dados de madera que, en cada una de sus caras tenía una letra y, con ellos, mamá le había ido enseñando a construir palabras. En cuanto dominó la lectura, me leía los cuentos que todos los domingos nos compraba papá. Por la comodidad que esto me brindaba, yo fui muy vaga para aprender a leer; sin embargo, los juegos de rondas y de correr se me daban muy bien. Cuando en el colegio nos ponían a jugar a las sillas, al terminar la música era la señal para sentarse, y quien se quedara de pie, perdía y lo sacaban del juego, así que yo me sentaba rápidamente, apartaba con mis manos la sillita de junto para mi hermanito y la defendía como si en ello me fuera la vida. Éramos el complemento ideal.

Mientras vivimos en la 5 Poniente tuvimos varios gatos. Primero a Bimbo, un enorme gato amarillo, muy gordo, un auténtico bodeguero, y después a Bimbo II y a Bimbo III, muy originales, también fueron amarillos. Uno de ellos apareció en la reja de la ventana y lo adoptamos; no recuerdo qué fue de estos últimos. Después llegó Silvana, una preciosa gata de angora, gris jaspeada, con rayas café oscuro y la nariz color coral. Los gatos eran necesarios, ya que en la casa de la esquina, la bodega de maíz junto a la iglesia, había enormes ratas, como conejos, o al menos así las veíamos entonces, y por el drenaje se pasaban al patio de la cerrada y salían levantando la tapita de la coladera. Desde la ventana de la casa nos asomábamos y nos divertía ver cómo las ratas se acercaban a comer el pan colorado, con veneno, que los vecinos les ponían.

... Cuatro o cinco aceitunas rellenas de anchoas, del Serpis. Entonces eran las únicas que había...

Polo dejó el Central, sólo el kínder era mixto, el resto era para mujeres. Se fue a cursar la preprimaria al Instituto Oriente, colegio jesuita que era exclusivo para varones. El edificio de la primaria estaba en la 21 Sur y ahí también se encontraba la preprimaria.

En primero de primaria fue su maestra Pupe Hinterholzer, amiga de la familia, y quien escogió representar, con sus alumnos, la Canción de los muñecos, de Cri-Cri, para el festival del Día de las madres. Polo salió de pollo, algo que le hacía rebelarse. Nunca le gustó participar en este tipo de festejos y mucho menos con ese disfraz; dice que lo maldijo toda su niñez porque lo obligaron y casi a rastras lo vistieron. Pupe contactó a una señora alemana que vivía en la 2 Oriente para que confeccionara los disfraces. Cuando fue el turno de que a Polo le probaran su traje, la maestra se ofreció a llevarlo con la modista, que era amiga de su familia. Ésta insistió mucho en que se quedaran a comer. Como era de esperarse, Polo no quiso comer, y como era de carácter firme, no comió nada, lo que hizo enfurecer a la modista que, de por sí, tenía muy mal carácter.

Pupe me invitó a salir de Caperucita roja, y yo, feliz. Eso sí era lo mío. Mamá me confeccionó el traje. Compró para ello muchos libros del cuento clásico para sacar el modelo y hacerlo lo más apegado. La canción decía que Caperucita iba en un carrito y, a mamá se le ocurrió que utilizara el coche de bomberos de Polo. Fue para mí algo extraordinario, la única niña en toodo un colegio de niños.

Cada inicio de clases papá nos llevaba al Distrito Federal a comprar nuestro portafolio en la talabartería El Potro Alazán, en el centro de la ciudad. A cada uno le compraba una extraordinaria artesanía, un portafolio de cuero repujado. El de Polo, por lo regular, era en café oscuro, y el mío, en color miel. He de confesar que ahora valoro el trabajo artesanal de estos portafolios; en la infancia no eran del todo de mi agrado.

Por este tiempo vivía en Puebla, junto con su familia, tía Estelita, prima de mamá. Todos los domingos por la tarde iba de visita con sus hijas: Carmina, Pila y Luly; les decíamos las Piluchas. Era muy divertido. Carmina y Pila eran un poco mayores y ellas organizaban pasatiempos más novedosos y entretenidos para nosotros. Recuerdo cuando jugábamos “viaje a la luna”, era increíble. Mientras nosotros esperábamos en el pasillo, ellas colocaban en un cuarto sillas, cajones, tablas y demás, de forma estratégica y dejaban todo oscuro. Después nos vendaban los ojos y una de ellas nos llevaba de la mano por ese subir y bajar cachivaches narrando el viaje por el espacio, describiendo la luna y las estrellas, parecía tan real, que sentías estar ahí. Una experiencia inolvidable, sobre todo la primera vez. Las maravillosas tardes de juego llegaron a su fin después de una larga temporada, pues se fueron a vivir al Distrito Federal.

Cuando Polo tenía ocho años y yo casi siete, iniciamos la preparación para la primera comunión. Asistíamos al Oasis;<sup>8</sup> como quedaba muy cerca de la casa, nos llevaba caminando Carmen, la nana. Polo, con su enorme retentiva, recuerda cómo las monjas del convento, en la preparación, nos atemorizaban con cuentos sobre el infierno, los malditos demonios y los tormentos a los que sometían a los niños que eran graves pecadores.

Mamá se encargó de los preparativos, estuvo muy atareada entre invitaciones y todo lo relacionado con la ceremonia. Fue en el convento de las Trinitarias, detrás de la iglesia de San Francisco, un 27 de septiembre, el día del cumpleaños de mamá y su aniversario de boda. La misa la celebró el padre Lara, un redentorista español amigo de mi papá. Después hubo un desayuno como se acostumbraba: tamales, gelatina, coctel de frutas, pastel de las Hermida y chocolate. Al terminar, jugábamos felices en los hermosos jardines donde, después se supo, había sido el cementerio

<sup>8</sup> Casa de las religiosas del Espíritu Santo.



franciscano, con una multitud de tumbas bajo tierra. Es probable que hayan sido consecuencia de varias epidemias a través de los siglos, pero el abundante humus producido por los muertos tenía como resultado la exuberancia y belleza de sus jardines.

A Polo y a mi papá les hizo su traje el sastre más afamado de Puebla: Alfonso. Era un acontecimiento con gran significado y había que estar a la altura de las circunstancias. El atuendo de mamá fue un hermoso vestido de lana muy fina, de un raro tono de azul, que le sentaba muy bien, peineta y mantilla, zapatos de ante negro, todo en perfecta armonía, como a ella le gustaba. En esa época las mujeres estaban obligadas a usar velo para entrar al templo. Para asistir a bodas o ceremonias especiales se acostumbraba llevar sombrero o peineta y mantilla, a la usanza española. Cuando vivían en Campeche, para esas ocasiones, papá le había regalado a mamá una bellísima peineta de carey con un delicado dibujo labrado, como filigrana, elaborada por los artesanos de allá, y le encargó a España una mantilla negra. Era momento de presumirlas.

Mi vestido fue de organdí suizo con entredoses de encaje y bordado a la sombra,<sup>9</sup> confeccionado por Aurelita. Las velas eran muy hermosas, delgadas, decoradas a mano con flores y hojas hechas también de laminitas de cera, vaporosas y muy delicadas. Recuerdo haber ido a México a comprarlas con mis papás y mi hermano. El rosario de Polo era de plata y el mío de cristal de roca. Las estampas eran españolas y muy lindas, unas muy elegantes para los adultos y unas más coloridas para los niños.

Para este acontecimiento vino de Campeche tía Chole con toda su familia menuda: Zoila, Josefina y Carmen María; fue muy emocionante. Era la segunda vez que nos visitaba, las vías de comunicación no eran muchas y el viaje no era sencillo. Las temporadas que pasaron con nosotros eran de fiesta, jugábamos largos ratos

<sup>9</sup>Técnica de bordado usada en telas translúcidas.

con Jose y Carmen María, que se integraban muy bien a lo que fuera.

Pocos meses después de la primera comunión nos cambiamos de casa y nos fuimos a vivir a la privada Tamaulipas, en la colonia del Carmen. Ésta era una casa más amplia y con jardín, donde mamá y Carmela se dieron vuelo sembrando plantas y flores que tanto les gustaban: hoja elegante, dalias, rosas, farolitos, huelle de noche, jazmín español, panalitos, una enredadera de lágrima de María que creció hasta la azotea y a la que después le tomaron mala voluntad, porque decían que era de mala suerte; en fin, una enorme variedad que cuidaban con esmero. La ventana del cuarto de Polo daba hacia el jardín, y cuando nos disponíamos a armar nuestro campamento en el garaje, aventábamos por la ventana todo lo necesario, por supuesto apachurrando las plantas. Mamá se quejaba amargamente con papá de la ensalada en que habíamos convertido sus siembras y mi papá le contestó: “El jardín es para que los niños jueguen, las plantas ya retoñarán”. Carmela y mamá decidieron dejar de comprar plantitas y... que jugaran los niños.

Cuando vivimos en esa casa tuvimos dos hermosas gatas: gris oscuro y ojos verdes, Soraya I y Soraya II, otra vez muy original, ambas regalo de Josefina Ponce de León, mi amiga desde el kínder. En esta época me había dado por hacer vestidos para mis muñecas, así que un día decidí vestir de monja a Soraya I. Le hice su hábito y, con un poco de trabajo, tras algunos rasguños, logramos ponérselo, hasta que, desesperada, se lo arrancó y salió huyendo. Antes de que se lo quitara, mi hermano introdujo a la gata en el claustro que le había construido con ladrillos, madera, un cajón y al frente, a manera de reja del coro, la parrilla que le acababan de cambiar al Opel de papá.

Asimismo, Polo ponía en práctica con ella sus tácticas armamentistas. Le colocaba un paracaídas y la aventaba desde la azotea. La gata, un poco asustada y maullando, aterrizaba con bastante

agilidad. Además, le había excavado en una parte del jardín un refugio antiaéreo, donde la había enseñado a esconderse cuando, desde la escalera de la azotea, le tiraba bombas —pequeñas piedritas o pedazos de ladrillo—. En una ocasión cayó una impresionante granizada y la gata corrió a esconderse en el refugio, reconociendo un bombardeo masivo. Esto le causó enorme preocupación a Polo, quien temía que el refugio se inundara y la gata pereciera ahogada. Pese a los regaños de mamá, quien le decía que la gata por instinto se pondría a salvo, él se empeñó en salir en pleno aguacero, corrió a sacarla y a ponerla en un lugar seguro.

... Tres o cuatro rollitos de anchoas con alcaparra en el centro...  
Un par de espárragos...

Para la temporada navideña, desde muy pequeños, nos llevaban a ver escaparates para escoger los juguetes que pediríamos a Santa o a los Reyes, así como a ver los adornos navideños de las tiendas y de la ciudad, los diferentes nacimientos que ponían en los comercios y casas, en muchas de las cuales dejaban abiertas las cortinas para lucirlo. Desde que tengo memoria, cada año nos compraban —porque lo rompíamos— un nacimiento de barro de Amozoc, de los que vendían en el mercado de La Victoria; hubo años en que dos o tres veces lo repusieron, sobre todo al niño Jesús; como a mí me gustaba mucho jugar con él, por supuesto le quebraba los bracitos o un pie, y como era de yeso, no había forma de pegarlo.

A mamá le hacía mucha ilusión esta costumbre y, desde chiquitos, empezamos a ponerlo con esas figuras, muchos animalitos, paxtle, lama, foquitos y espejos como lagos. Cuando Polo tuvo como nueve años, era prácticamente el creativo del nacimiento junto con mamá. Fue entonces cuando ella le pidió a tía Chole que le enviara un misterio<sup>10</sup> que había sido de abuelita María y

<sup>10</sup> La Sagrada Familia: la virgen, san José y el niño Jesús.

se lo había regalado. Eran figuras italianas, pequeñas, con facciones muy finas: san José, de pie, la virgen postrada y el Niño recostado en el pesebre en una sola pieza. Entonces empezamos a comprar más personajes; unos italianos con base de corcho, de similar tamaño, que vendían en Casa Rugarcía; había también unas figuras españolas de parecidas dimensiones en La Tarjeta. El nacimiento fue aumentando su tamaño, aunque no demasiado, ya que las figuras eran pequeñas. Más adelante Polo incrementó su realismo al pintar un lienzo con la bóveda celeste y colocar un sistema de ríos, encerar y moldear la tela que serviría de lecho. Le quedaba precioso. Lo ponía en una esquina del comedor para disfrutarlo.

En la niñez, durante las posadas, nunca dejamos de asistir, acompañados de Carmen, a la de doña Josefina Robles, ni a la de Chabe Márquez, abuelita y prima de Paty Osorio, otra amiga de la infancia, respectivamente, y quienes las hacían cada año; no faltaba alguna otra invitación, y el resto de los días las celebrábamos en casa. Cantábamos la posada mamá, Carmela, Carmen, Polo y yo, después rompíamos una piñata pequeña y... quedábamos encantados.

Polo siempre tuvo enorme inclinación artística; a los nueve años quería aprender a pintar. Zoila, mi prima, hija de tía Chole, se vino a Puebla y estudió la Normal en el Colegio Esparza, donde estuvo interna. Tuvo un excelente maestro que impartía clases de dibujo y pintura, y también enseñaba en la Escuela de Artes Plásticas del Estado. Fue entonces cuando mamá, por medio de Zoila, se puso en contacto con el profesor José María Pérez, quien comenzó a ir todos los sábados a la casa para darle clases a mi hermano, que tenía en ese entonces alrededor de diez años. El profesor Pérez era una persona de edad madura, tal vez unos sesenta años, moreno, delgado, con escaso pelo, de voz suave y pausada, la cual fortalecía la claridad de su enseñanza. A Polo le ayudó a desarrollar su capacidad para el dibujo y después para pintar al óleo y espátula, así

como otro tipo de técnicas; la paciencia y dedicación del maestro y la destreza del alumno, comenzaron a dar frutos.

Así fue durante varios años, hasta que, en segundo de secundaria, el prefecto de disciplina del colegio, el señor Echeverría, un maestrillo que además era el encargado de deportes y un fanático de la materia, empezó a exigir a los alumnos que asistieran todos los sábados a hacer algún tipo de ejercicio físico, bajo la amenaza de expulsión. Polo fue a hablar con él para explicarle que era el día en que tomaba clases de pintura. Sin razones de ningún tipo, le dijo que era obligatorio. No hubo alternativa y tuvo que suspender sus clases para cumplir, a medias, con el requisito; iba en contra de su voluntad, no comprendía que para el prefecto fuera superior el deporte al arte. Mi hermano siempre lo consideró un negado intelectual que, por lo mismo, un poco más adelante tuvo que salir de la comunidad jesuita. Para Polo el deporte no era lo suyo, sí el carácter firme y cierta rebeldía. Asistía al colegio, se sentaba en el campo y, a manera de protesta pacífica, no realizaba ninguna actividad física, sólo pasaba asistencia, ni siquiera se ponía los zapatos de fútbol que le habían comprado, éstos se los prestaba a los compañeros que olvidaban los suyos.

Mientras tanto, fui yo la que tomó las clases de dibujo, con la esperanza de que al señor Echeverría se le bajara la fiebre del deporte y Polo pudiera reanudarlas, lo cual fue imposible y tuvo que seguir asistiendo los sábados. En definitiva, tuvo que dejar las clases de pintura, algo que lamentó mucho, porque además de que le apasionaban, le había tomado mucho aprecio el profesor José María, quien lo consideraba un alumno aventajado.

Cuando Polo pasó a secundaria, estuvo todavía unos meses en el edificio que se encontraba en la 9 Poniente, para irse después a estrenar el flamante colegio, ubicado donde se encuentra ahora.<sup>11</sup> La construcción del Instituto Oriente fue una de las primeras del

<sup>11</sup> Colonia San Manuel.

recién fraccionado rancho San Manuel; a su alrededor sólo había terrenos baldíos. Para comunicar esta parte nueva de la ciudad, pusieron en marcha una línea de camiones color verde pistache, conocidos como "los verdes San Manuel", que pasaban en la esquina de la casa y fue el medio de transporte que utilizó para ir al colegio.

Con la militarización del colegio se introdujo un uniforme similar al de los soldados en color caqui: pantalón, camisola, corbata, calcetines, cinturón con brillante hebilla dorada y gorra, cuartelera para el diario y quepí para gala, y por último media bota café oscuro. Todos los días se pasaba revista. El encargado era el mayor Flores Narro y si alguno no llevaba completo el uniforme o limpio, o no le brillaba la hebilla o las botas; las uñas no estaban recortadas o el pelo a la brush casquete corto, o no era del tamaño adecuado, tenía que cumplir arresto, no salían a comer y por la tarde los ponían a marchar. Si eran reincidentes, tenían que hacerlo en la zona militar, donde los encerraban en dos pequeños calabozos a cumplir el castigo. Esta práctica fue suspendida después de algunas quejas de los padres de familia.

En bachillerato, mi hermano tuvo muy buenos amigos entre los "maestrillos"<sup>12</sup> que llegaban al Oriente a colaborar con la formación de los muchachos. Entre ellos, Carral, Ponce de León, González Torres, Neftalí Pérez y Chucho Maldonado, estos dos últimos frecuentaban mucho la casa, junto con un grupo de compañeros de clase que tenía un grupo de debate. Polo considera que estos dos jesuitas influyeron mucho en su manera de pensar. Con Felipe Ruiz y Bernardo Murcio fuimos de misiones a Libres; una experiencia inconmutable, de esos momentos de la vida en los que sientes poder cambiar el mundo. Felipe y José Luis Gómez Gallegos, como eran muy entusiastas, empezaron a organizar el grupo de Viva la gente, en el cual participamos los dos, Polo no era parte del coro,

<sup>12</sup> Aspirantes a ser jesuitas. Todavía no son sacerdotes, pero tampoco novicios, algo más adelantado.

sino un elemento de apoyo —como diría él— y a mí, a pesar de ser muy desentonada, me admitieron por entusiasta y porque le echaba ganas. A lo largo de estas presentaciones tuvimos vivencias muy enriquecedoras.

A veces recuerda a varios de sus maestros, como a don Mariano Silva, Nerón, que daba matemáticas, y para lo cual había elaborado una libreta de apuntes en mimeógrafo, bastante enmarañada, que utilizó durante toda la secundaria; don Pedro Ángel Palau, que impartía las mejores clases de historia y además contagiaba el gusto de saber más; el doctor Arroyo, el Sapo, al cual cito: “¡Recua de mulas!, son como las arañas, apenas les quita uno el pie de encima y ¡brincan!”, inolvidable maestro de inglés y matemáticas; el capi León, el mayor Flores Narro. Entre los jesuitas, Cano Peón, Lapuente, Migoya, Cervantes, Malpica y Barquera, una inteligencia brillante como pocas; y los rectores que estuvieron en su transcurrir por el Oriente, los padres Figueroa, Álvarez Domenzáin, Crespo y Ruiz Ugalde.

En una ocasión, mis amigas Lenis, Gabriela, Celia, Lety<sup>13</sup> y yo participamos en un rally organizado por el colegio Benavente. Nos invitaron unos amigos que estudiaban ahí: Jorge y René. Este último pidió prestada a un tío una carcacha divina y la adornamos de forma llamativa, pero nos hacía falta ayuda para resolver las preguntas de cultura general, por lo que invitamos a Polo para que apoyara en esos aspectos y quien, por supuesto, nos fue de mucha ayuda. Quedamos en segundo lugar.

... Dos rebanadas en rollo de galantina, ¡mmm!, me encanta, y otras de jamón holandés... Éste podía variarlo con jamón serrano, pero al igual que los quesos, cuando prohibieron su importación en México todavía no había mucha gente que lo preparara. La primera persona que conoció Leopoldo fue un asturiano en Las Vigas, Veracruz, que hacía jamón serrano y sidra...

<sup>13</sup>Todas ellas compañeras del colegio.

La personalidad de Polo es compleja, como la de la mayoría de los intelectuales. Es de fuerte carácter, en ocasiones explosivo, rebelde; serio, respetuoso, reservado, distraído; con una enorme capacidad de abstracción y de análisis; observador y curioso como todo investigador, además con memoria privilegiada, condición indispensable para ello; posee una extraordinaria cultura y gran sensibilidad artística; huraño, altivo y al mismo tiempo protector, generoso, ocurrente, noble, cariñoso. Todo un caballero, correcto, a veces irónico con quien tiene confianza, y cuando algo le causa gracia, echa unas ricas carcajadas contagiosas. Muy buen hijo y excelente hermano.

Alto, muy erguido. Comentaba mamá que Polo tenía el mismo porte del abuelo Agustín; apuesto, pelo rubio cenizo, ahora ya casi cano en su totalidad, medio ondulado; ojos almendrados café oscuro, cuando se ríe se le pierden; nariz recta, perfil Zuluaga, como mi abuela María; barba cerrada, actualmente la usa de candado; posee una voz grave y fuerte.

Polo ingresó a la Universidad Autónoma de Puebla a estudiar arquitectura, era la única universidad en Puebla que ofrecía carreras comunes; la Universidad de las Américas estaba enfocada a los intereses de los estudiantes americanos; sólo ofrecía carreras del área de humanidades, como antropología, arte y literatura.

Mi hermano fue objeto, como todos los recién ingresados, de las típicas novatadas. Le tocó que le pintaran el pelo color naranja, lo pasearan por las calles de la ciudad y, al final, que lo mojaran en la fuente de San Miguel; ésta era una tradición divertida que cobraba venganza al siguiente curso escolar con los de primero. Acababan de inaugurar la Ciudad Universitaria, las facultades que se encontraban allí eran pocas: administración de empresas, leyes, arquitectura, ingeniería civil y química. Cuando cursaba la mitad de la carrera, dentro de la universidad se radicalizaron los grupos entre ideologías de izquierda y derecha.



El conflicto siguió por varios años. Se dividió la universidad por esta causa y se formó una nueva: la Universidad Popular Autónoma del Estado de Puebla, UPAEP. En ésta, Polo terminó arquitectura junto con Silvia, quien había sido su condiscípula desde el inicio de la carrera, originaria de Jalisco que, por motivos del trabajo de su papá, se encontraba entonces viviendo en Puebla.

Polo y Silvia se hicieron novios. Ella habla el mismo idioma que él, comparten el gusto por el arte, la historia y la investigación; hicieron juntos la maestría de Restauración de monumentos y estudios de Arte sacro; mejor compañera no pudo encontrar. Inteligente, cariñosa, sencilla, buena y de enorme generosidad. Bromista y con gran simpatía. Carmela sentía especial afecto por ella, la conquistó desde que la conoció; siempre se preocupó por el bienestar de mamá, ambas se profesaban gran cariño. Le gusta platicar mucho, en eso me identifico con ella, podemos pasar horas y horas conversando, no se agota el tema. Cuando mi papá falleció, me encontraba en la ciudad de México, no estuve con él; Silvia, siendo novia de Polo, lo estaba acompañando. En el instante en que murió, se acercó y le dio un beso en mi nombre... No necesito decir más, este gesto expresa mejor su sensibilidad.

Polo y Silvia se casaron en 1979 y, pocos meses después, por motivos de trabajo, se trasladaron a vivir a la ciudad de Campeche; mamá y Carmela se fueron con ellos. Acababa de nacer mi primer sobrino, un nuevo Polo. Siguió el transcurrir de la vida, cada quien haciendo la suya. Él volvió a Puebla y aquí nació Luisa Elizabeth. Luego se trasladó al Distrito Federal, donde vivieron la inquietante experiencia del sismo de 1985. Un mes después nacería Silvia Alejandra, la pequeña de la familia. Sin embargo, el destino lo trajo de vuelta a Puebla.

Durante todo este tiempo no fue mucho lo que pudimos convivir, ya fuera por motivos de la distancia o de horarios, que en el correr cotidiano no nos permitía coincidir. Sólo unos cuantos días en el año y para Navidad. Ahora que los hijos han crecido y la

vida ya no va tan rápido, nos hemos acercado de nuevo. Después de la muerte de mamá, sentí reforzados los lazos que nos unen. Trato de frecuentarlo, de disfrutar cada instante de su compañía y de la de su familia, me encanta estar con ellos. Ha sido un apoyo invaluable para que yo pudiera realizar estos escritos, con su enorme conocimiento y vasta paciencia, es mi faro de sabiduría. Sus éxitos profesionales los siento míos, se me llena la boca cuando hablo de él. Lo respeto y lo admiro, mi adorado hermano, sigue siendo mi genio favorito.

... Cuatro o cinco boquerones ahumados de Málaga... Tres o cuatro ostras ahumadas... A veces, en vez de los primeros ponía un par de sardinas en aceite de oliva de Cervera. Recuerdo que la cajita que contenía la lata traía impresa la imagen de una mujer con un traje típico español y una servilletita en su interior...

## CAPÍTULO 10

### MOLE POBLANO

Doña Regina, la mamá de tu nana, hacía un mole delicioso y ésta es la receta que generosamente me compartió: para dos o tres pollos grandes, se necesita: un cuarto de kilo de chiles mulatos, tres chiles pasilla, siete u ocho chiles chipotles, ella usaba chipotle meco; cincuenta gramos de ajonjolí, dos plátanos largos o machos, ciento cincuenta gramos de pasitas, cien gramos de almendras, una tortilla, un puño de cacahuates pelados, una pizca de anís, dos clavos de olor, una cabecita de ajos, rajas de canela y dos tablillas de chocolate. Aceite, el necesario. Sal y azúcar al gusto. Se necesita una cazuela amplia para freír ahí todas las especias...

Cuando era niña, en el centro de Puebla y sus alrededores abundaban las fondas que en su entrada exhibían, sobre un brasero encendido, una enorme cazuela con mole, y el aroma que despedía era la invitación para pasar a degustar este apetitoso platillo, algo tan nuestro, tan rico y, a la vez, un elemento de pertenencia a Puebla, a su sabor y tradición, a sus calles y edificios y, para mí, además, un vínculo que me une a mi nana, una protagonista más de ese mi mundo perfecto que deseaba que permaneciera en el tiempo. No sé cuándo probé el mole poblano por primera vez. En mis recuerdos sólo veo imágenes donde, desde muy pequeña, lo pruebo de diversas formas; siempre me encantó, y tal vez fue éste, el de doña Regina, el primero. Ella hacía tamales para vender y, en muchas ocasiones, para meriendas de cumpleaños o simplemente por antojo, mamá se los encargaba. Hacía de los más tradicionales:

de dulce con gragea y pasitas, de rajitas y, por supuesto, de mole... y ni qué decir de los bocaditos que solía mandarnos.

Carmen llegó a casa un lunes del mes de enero de 1951. Concha, su hermana, nueve años mayor que ella, trabajaba con tía Estelita y fue el contacto para entrevistarse con mamá, que estaba buscando otra persona que le ayudara con los quehaceres de la casa ahora que se encontraba embarazada y debía cuidarse por indicaciones del médico. Mi nana comenta que, aunque en esos momentos se encontraba colocada con otra familia, mi mamá le simpatizó mucho, y por eso renunció a donde estaba y aceptó el empleo que le ofrecía.

Nació en Santa María Acajete, en el barrio del Calvario, el día de Nuestra Señora del Carmen<sup>1</sup> y la bautizaron el día de San Lorenzo,<sup>2</sup> por eso le pusieron María del Carmen Lorenza. Era la tercera hija de don Pedro y doña Regina. Luz y Concha eran las mayores de la familia, después su mamá tuvo unas gemelitas y luego dos varones seguidos, todos murieron. Carmen sobrevivió después de esas pérdidas y le decía a su mamá: "¿Por qué no se murió Concha y vivió uno de mis hermanitos?" Incluso platica que Concha, nueve años mayor, le tenía coraje porque había sido más fuerte que los hombres y no había muerto. Los cuatro niños llegaron a nacer y murieron por diversos motivos. Las gemelitas ya caminaban y una de ellas se iba por la parte trasera del jacal donde Regina tenía plantados muchos crisantemos y ahí, entre las flores, se dormía. Una vecina le decía: "Reginita, como ves, esa niña se va a morir porque se viene a acostar entre las flores". Y así fue. Se desconoce la causa, pero murieron las dos. A uno de los niños, tal vez con algo más de un año, su mamá lo llevaba cargado a la espalda en el rebozo, cuando una conocida le dio un cacahuate grande, con cáscara, y él lo fue chupando. Posiblemente

<sup>1</sup> 16 de julio.

<sup>2</sup> 10 de agosto.

al ablandarlo se lo introdujo en la boca sin que Regina se diera cuenta, y parece que se atragantó y se ahogó. Tres años después de Carmen nació Norberta, la más chica.

... Los pollos se ponen a cocer con sal y cebolla en abundante agua, para utilizar el caldo...

Don Pedro creció al lado de su abuela y de su madre, llamada Luz. A su papá lo vio sólo en una ocasión, cuando tenía como nueve años. Al llegar a su casa, escuchó llorar a su mamá, entró corriendo a verla y se encontró que estaba ahí también un hombre, al que trató de irsele encima buscando defenderla, pero ella le dijo: "¡No!, es tu papá". Jamás lo volvió a ver. Nueve meses después nacería Porfirio, su hermano.

Don Pedro, desde niño empezó a trabajar en la construcción. Ya jovencito, se fue a prestar sus servicios cerca de Veracruz, donde tenía que permanecer por temporadas. Su abuelita le mandaba por tren, como era la costumbre, una canasta con fruta y tortillas; un empleado del ferrocarril le colocaba el nombre a quien iba dirigido el envío. Los trabajadores iban a recoger las canastas a la estación y no necesitaban preguntar cuál era la suya, la reconocían de inmediato por el bordado de la blanca servilleta. Cuenta Carmen que, en la temporada de manzanas panocheras, se las enviaban con frecuencia porque la abuelita tenía un árbol de esta fruta. El aroma perfumaba el ambiente, tanto que despertaban el apetito, así que muchas veces vendía entre sus conocidos algunas de las que le mandaban o las canjeaba por otras mercancías que le hicieran más falta. Es probable que no haya asistido a la escuela, pero fue monaguillo de la parroquia de Santa María de Acajete, y el cura que estaba entonces era muy buena persona, le enseñó a leer y a escribir, algo que hacía con hermosa letra, muy estilizada, como la de esa época. También le enseñó algo de latín. Aunque de carácter fuerte, no era violento, jamás golpeó a Regina. Sí era

mal hablado y le gustaba mucho el pulque; sin embargo, fue muy respetuoso con sus hijas. Poseía enorme sentido común, era una persona con inteligencia natural sorprendente, pero sobre todo honrado, responsable y trabajador; virtudes todas que heredó a sus hijas. Siempre calzó huarache de llanta, como acostumbraba nuestra gente del campo.

... Los chiles se abren y desvenan. Se tuestan sin que se quemen: el mulato y el pasilla, el ajonjolí, ajo y la canela. Al terminar de tostar el ajonjolí, se le introducen la pizca de anís y los dos clavitos, con el calor del ajonjolí es suficiente para realzar su sabor. Reginita, a medida que tostaba el chile, lo iba remojando en agua, y si a la hora de molerlos todavía estaban muy pellejados, los calentaba sin que hirvieran, utilizando luego esta agua para el guiso...

Doña Regina sólo tenía una hermana, Refugio, dos años mayor. Siendo aún muy pequeñas, de tres y cinco años, se les extraviaron a sus papás en un día de plaza, se las robaron, pero gracias a la ayuda de algunos vecinos pudieron dar con ellas como dos meses después. Don Nicolás, su padre, enfermó a consecuencia de esto y murió al poco tiempo, dejando viuda a doña María Antonia, Tonchita, quien moriría poco antes de que Regina se casara.

Pedro y Regina ya habían formalizado su compromiso cuando, de nueva cuenta, lo mandó llamar el patrón con quien había trabajado en Veracruz y le ofreció un nuevo empleo en el mismo lugar. Pedro aceptó, eso lo proveería de medios y podría casarse antes de lo pensado. Tonchita le dijo: "Bueno, Regina, tú ya estás comprometida con Pedro, así que sería, lo tienes que esperar". Si quería ir al templo a rezar el rosario, debía pedir permiso. Por supuesto, ése era el punto de reunión donde se conocían los jóvenes, así que en cierta forma era el momento de esparcimiento de los muchachos. Pedro regresó para concretar sus planes. Cuando llegó, se enteró de que Tonchita estaba muy enferma, y al poco tiempo

murió. Le dijo a Regina: “Bueno, María, tengo un dinerito para la boda, ¿quieres que lo usemos para el entierro de tu mamá?” Regina aceptó y tuvieron que esperar algo más de un año para casarse.<sup>3</sup>

Regina le preparaba la comida a Pedro y se la llevaba al campo, donde estuviera trabajando, ya fuera sembrando su terrenito o ayudando a algún vecino, cuando no estaba en alguna obra. Regina les contaba a sus hijas que había tenido un pretendiente que era dueño de un caballo y Carmen le decía: “Mamá, ¿por qué no se casó usted mejor con el del caballo?”, a lo que ella contestaba: “Tu papá no me pega, qué tal que el otro me hubiera pegado, mejor que no lo hice”. Pedro era posesivo y no le permitía a Regina que saliera mucho, cuando Refugio, su hermana, la iba a buscar para asistir a algún lugar, utilizaba el chantaje y empezaba a decir que se sentía mal, prendía un cirio, colocaba cerca de él una imagen de Padre Jesús y se acostaba, así que ella desistía de ir a cualquier lado.

Regina, además de hacer tamales y llevarlos a entregar por las tardes, se ayudaba lavando ropa ajena. Un matrimonio protestante llegó a establecerse a Acajete e instalaron un dispensario donde atendían a la gente del pueblo. Conocieron a Regina en una ocasión que llevó a consulta a alguna de sus hijas y le dieron el trabajo de lavandera. Ella le pidió consejo al señor cura para ver si podía trabajar con ellos y, en caso de que enfermara alguien de la familia, asistir al dispensario. El sacerdote le dijo que sí, que no había problema, nada más que siguiera con su religión. El santo patrono de Acajete es Padre Jesús, la imagen de un Nazareno ensangrentado con la cruz a cuestas por quien existe una enorme devoción. Por desgracia, tal vez desconociendo el fanatismo de la gente del lugar y queriendo conseguir adeptos, en una ocasión la pareja protestante le comentó a un grupo de personas que para qué tanta adoración a Padre Jesús si tan sólo era un trozo de madera... Se corrió la voz, empezaron a repicar las campanas, se

<sup>3</sup> 1917.

reunió la muchedumbre y fueron a incendiar la casa. A ellos los lincharon, murió él, y a la mujer, muy mal herida y a escondidas, el señor cura la ayudó a salir del pueblo.

Carmen cursó hasta tercero de primaria en el pueblo. Cuando tenía trece años, Luz, su hermana, quien se había casado y tenía ya dos niñas, le propuso que se viniera con ella a Puebla para que fuera aquí a la escuela. Mi nana aceptó. El caso es que, por una cosa u otra, no entró a ninguna escuela y sí empezó a ayudar a Luz en su casa. Poco después comenzó a ir con la vecina a tirar la basura, barrer, lavar los trastes y entretener a los niños.

... Se fríe el chile chipotle, el plátano, las pasitas, las almendras pedadas, la tortilla y los cacahuates...

Recuerda Carmen que la vecindad donde vivía con Luz quedaba contraesquina de la casa de los Ávila Camacho.<sup>4</sup> Por las tardes, esta casa abría una pequeña puerta cerca de los establos y un empleado salía a vender leche entre los vecinos del lugar que hacían fila para comprarla, ya que era más barata que en cualquier otro lado. Para la festividad de Reyes, por esa misma puerta, regalaban suéteres y dulces a los niños de la zona.

Concha se había venido a trabajar cuando cumplió los quince años. Ella tuvo que lavar pisos de ladrillo a rodilla y con escobeta, y dormir en un petate en la cocina al lado del brasero. Empezó con personas que tenían muy poca consideración con el servicio; sin embargo, Carmen dice que ella siempre tuvo la suerte de que, en todos los sitios donde trabajó, siempre la trataron bien. Concha se la llevó con ella a casa de una familia Bracho, quienes administraban un negocio de abarrotes llamado La Reguladora. Salieron de ahí para irse ambas a trabajar con una familia de origen libanés en la colonia San Francisco; esto no se concretó y regresó

<sup>4</sup> Posteriormente Colegio Social Femenino.



una temporada a Acajete. Concha ya estaba con tía Estela cuando Carmen volvió a Puebla, tuvo dos trabajos más, uno de estos fue en el mismo edificio de mi tía, y el que dejó para empezar con mamá.

Carmen es morena, con una abundante cabellera lacia y negra en su juventud, que peinaba con una trenza de dos gajos. Después se la cortó y se hacía anchoas al frente para poder peinarse el co-pete; ahora, ya canosa, se recoge el pelo en un pequeño chongo. De baja estatura, en la actualidad un poco llenita; cuando llegó a la casa era muy delgada, le gustaban mucho los vestidos ampornes; se ponía dos y hasta tres enaguas almidonadas bajo las faldas circulares y se ceñía con cinturones muy anchos que le encantaban, como dice ella, se sentía soñada. Nunca le agradó el uniforme ni el delantal y se opuso siempre a usarlo.

Mi nana heredó la inteligencia natural de don Pedro, es muy lista y observadora. Ella y sus hermanas son el clásico ejemplo de superación: hablan con toda propiedad, se conducen de forma correcta y respetuosa. La nana es de carácter abierto y bastante platicadora.

Polo, mi hermano, bautizó a Carmen como Comina cuando apenas empezaba a hablar, pero tuvimos que dejar de decirle así porque a ella no le gustó. Cuando éramos niños, salíamos a jugar un rato en las mañanas a la cerrada, y la nana con nosotros; nos encantaba hacer pasteles con el lodo de los arriates; a veces, sentados en la banca de ladrillos y azulejos, ella se ponía a leernos cuentos. De repente mi abuelita se asomaba por la ventana de la sala y le decía: "¡Caramba, muchacha, a esos niños se les van a sancochar los sesos!" Presumo que Mariquita se imaginaba el sol ardiente de su tierra. Carmen nos levantaba de esa banca y cambiábamos a otra que había en el fondo, intentando eludirla. Mi abuelita, al perdernos de vista, reiniciaba la búsqueda y, cuando nos localizaba, ahora desde la ventana del comedor, le decía otra vez lo mismo. De nuevo nos movíamos para otro lugar y nos sentaba

del lado de la casa, en medio de las dos ventanas, donde suponía ya no nos divisaría, pero la abuelita no se daba por vencida y, al no encontrarnos, se asomaba por la puerta del patio de atrás; nos hallaba y... repetía su cantaleta; así, hasta que una de las dos se aburría y nos metía a la casa. La nana comenta que entonces le simpatizó más Polo porque mi abuelita María decía: "La niña, con su mamá", y Carmen, que siempre fue rebelde, pensaba: "Pues que la niña se quede con su mamá". Al pasar los años ya no le fui tan antipática.

... Primero se muele el ajonjolí, los cacahuates, las almendras, las pasitas y los plátanos. Esto se fríe y se mueve constantemente para que no se pegue, hasta que sazone bien, cuando cambia de color a más oscuro...

Por las tardes, la nana sacaba la pequeña mesa de palo y las sillas con asientos de mecates de ixtle de colores que mamá había comprado para nosotros; en ellas nos sentábamos los tres y comíamos mandarinas y cacahuates en época de posadas; nueces que ella traía de Acajete por el mes de agosto, nos las pelaba y ponía en un platito con un poco de sal. Mientras eso sucedía, platicaba anécdotas de su tierra. Recordaba el silbar del aire en el bosque de ocotes que había que atravesar para llegar al terreno de labranza de su papá; el aullido de los coyotes que a menudo oían al anocheecer, cuando éstos bajaban en busca de alimento y que ahuyentaba don Pedro con un silbido; y cómo, después de un fuerte aguacero, desde el jacal de zacate escuchaban el bajar del agua por la barranca y el golpear de las piedras que llevaba en su caudal; cuando oía pitar el tren nos decía que le daba mucha tristeza, porque su mamá se venía en él a Puebla a ver a sus hermanas, se quedaban ella y Norberta solas en el pueblo y este sonido le recordaba que se llevaba a su mamá. Por las noches, cuando íbamos a dormir, nos acostaba, y cuando metía bien las sábanas debajo del colchón,

decía bromeando que no fuera a venir el chicón<sup>5</sup> a comernos los pies o nos fueran a jalar las patas.

Con ella asistíamos a todas las fiestas infantiles, posadas o primeras comuniones; era costumbre que las nanas fueran a todos los festejos y cuidaran a los niños. En la temporada de muertos, Carmen y Carmela nos llevaron en varias ocasiones a la 3 Norte, detrás del mercado de La Victoria, donde se ponían los puestos con la mercancía relacionada con la fecha y, entre el olor del incienso y del copal, gozábamos comprando cualquier cantidad de chucherías. No podía faltar alguna “calaverita” que tuviera lo más parecido a nuestro nombre. Para Semana Santa, la verbena popular se ponía en el Zócalo y en El Calvario, ahí nos compraban máscaras y cascos de cartón, como los que usaban los soldados romanos de la Pasión y, por supuesto, alguna matraca de madera decorada con brillantes colores. Recuerdo también unas mariposas de hojalata, ensambladas en un trozo de madera con ruedas que tenía un palo para irla rodando y, con el movimiento, la mariposa abría y cerraba las decoradas alas. En Corpus Christi, había que llevar las mulitas de hoja de maíz y una panzona, para mí; Polo siempre buscaba soldados o animalitos.

La nana, cuando era todavía muy pequeña, estando en el campo con sus papás, se encontró con un “escorpión”<sup>6</sup> que la iba a picar. Su mamá se dio cuenta y rápido la levantó; esto se le quedó muy grabado y lo trasladó a una enorme fobia a las lagartijas. Un día, Polo se enojó con la nana. Él ya tenía como once años, tomó un cocodrilo de plástico que tenía y se lo colocó en la cama en el doblez que forma la colcha al cubrir la almohada. Cuando la nana se preparaba para dormir, al quitar la colcha saltó el bicho. Fue de tal magnitud el susto que se llevó, que mamá tuvo que darle un

<sup>5</sup>Tlacuache.

<sup>6</sup>Parece no referirse al enorme alacrán, sino a una especie de lagartija venenosa a la que llaman de igual forma, según ella misma la describe.

calmante a ella y un estate quieto a Polo. A pesar del regaño, una o dos veces más volvió a hacerlo, pero ella ya no se asustó.

... Aparte se muelen los chiles mulatos, pasillas y chipotles; anís, ajo, canela, tortilla y ajo...

Carmen tenía como veintisiete años cuando doña Regina enfermó, y ocho meses después fallecería. Norberta se quedó con don Pedro, pero no por mucho tiempo, pues se fue a México a trabajar a la misma casa donde estaba Concha. Fue entonces cuando Carmen iba más seguido a ver a su papá. Para la Navidad, mi mamá le mandaba toda clase de dulces. Decía don Pedro que era como si fuera su madre, porque lo procuraba, y la nana se lo contaba a mamá diciéndole que eso pensaba su patito feo. Las idas a Acajete comenzaron a ser más frecuentes. Don Pedro padecía bronquitis crónica y la edad ya no le ayudaba. Llegó un momento en que Carmen se tuvo que quedar con él; poco faltó para que ella desapareciera del planeta, adelgazó mucho por la tensión, el trabajo y porque ya no se acostumbraba al pueblo. Todavía no había agua potable, tenía que acarrearla diariamente en botes. Las hermanas iban de vez en cuando a visitarlo, no se quedaban más de un fin de semana, apoyaban con dinero, pero la nana era la responsable total de la situación. Cuando veía a don Pedro un poco mejor, se escapaba a Puebla a bañarse en regadera, porque allá sólo a jicarazos, se llevaba algo de ropa y se regresaba a cuidarlo. Hasta un día en que don Pedro le dijo: "Mira, Came, ya no llores, ya le pedí a Padre Jesús, que si no voy a volver a estar como antes, que mejor me recoja". A la semana siguiente, murió.

En su juventud, Carmen se comprometió con un novio que se llamaba Cayetano. Un hombre pocos años mayor que ella y a quien le gustaba tomar más de la cuenta. En una ocasión que fue a buscarla para salir a pasear, iba bastante tomado y, al verlo Concha, le dijo a Carmen que de ninguna manera saldría con él

en ese estado. Esto se repitió como tres fines de semana, así que Cayetano esperó a Carmen un día entre semana. Muy enojado le reclamó porque no había salido con él, se acercó a ella y con violencia la tomó por los hombros y la sacudió enfurecido. Como pudo, Carmen se soltó y le dijo: "Aquí se acaba todo y no me caso contigo". Se enojó más y le increpó: "Cómo que no te vas a casar, verás si no te obligo". Y Carmen insistió: "Pues no me caso". Cayetano fue a hablar con don Pedro para que se impusiera y la forzara a casarse. Le exigió que, si era necesario, le pegara para que obedeciera. Don Pedro le preguntó a Carmen qué había sucedido y ella le explicó la forma en que la había tratado, por lo que definitivamente no quería casarse con él. Don Pedro le dijo a Cayetano: "Pues dice que no, que no quiere, y si eso piensa, usted sabrá qué le hizo, y pues ni modo". Mi nana nunca se arrepintió de no haberse casado con él.

Después fue novia de Carlos, un muchacho muy bueno que trabajaba en una fábrica y tenía una moto. Estaba muy interesado en ella y un domingo le pidió que lo acompañara porque quería presentarla con su familia. Carmen tuvo miedo de que la hicieran de menos. Reconoce que estaba acomplejada porque sólo era una gata y temía que eso le fueran a decir a él en su casa. Por esa razón fue dejando de verlo, se le negaba o se le escondía. Se arrepintió de no casarse con él, era muy bueno. Lo volvió a ver muchos años después, cuando su tía Maura se estaba muriendo. Salió con su papá al barrio de Santa Rosa a comprar unas botellas para el velorio. Él los vio y la siguió hasta llegar a la casa de la tía. No le dirigió la palabra ni nada, pero fue atrás de ellos todo el tiempo. Carlos de verdad la quería, pero su inseguridad no le permitió aceptarlo y formar una familia con él.

Cuando la situación económica empezó a complicarse, mi mamá le dijo a Carmen que no podía seguir pagándole un salario justo, que de ninguna manera la estaba despidiendo, pero la dejaba en libertad de buscar un trabajo donde la remuneraran mejor, que

ella sabía que la casa seguía siendo la suya y podía considerarla como tal: regresar a dormir si su empleo era de entrada por salida, o los fines de semana si se contrataba de pie. Pero a pesar de todo, ella decidió continuar a nuestro lado. Le contestó a mamá que prefería quedarse porque, además del cariño que nos tenía, se le trataba muy bien, eso para ella era lo más importante. La nana no ha sido codiciosa y sí muy honrada. Don Pedro no quiso que sus hijas ambicionaran a nadie, les decía: "Nunca te sientas mal porque eres pobre. El rico necesita del pobre para que le trabaje y el pobre necesita del rico para que lo emplee. Si el rico lo tiene, es porque lo heredó o porque lo trabajó, y tendrá que vigilarlo si no quiere perderlo. Si las grandes torres se caen, que son de fierro y piedra, más fácil se acaba el dinero si no se cuida".

Cuando estaba Polo estudiando arquitectura y tenía que dibujar planos hasta altas horas de la noche, sobre todo si tenían repentina,<sup>7</sup> Carmen se quedaba velando con él hasta que se iba a dormir. Siempre le tuvo a Polo especial cariño. Cuando don Pedro murió, le trajo de regalo un Cristo antiguo que era de él.

... Cuando ya se sazonaron bien los primeros ingredientes y ya está oscura, se le agrega la otra mezcla molida y se sigue friendo y moviendo, hasta que, ahora todo junto, quede sazonado...

De adolescente, a mi papá no le gustaba que yo anduviera sola por la calle, así que a donde fuera, Carmen me acompañaba. Después ella hizo equipo conmigo desde que me casé. Mi papá le pidió de favor me ayudara a poner mi casa en la ciudad de México, que se quedara conmigo mientras me organizaba... Se quedó hasta la fecha. Es una verdadera bendición.

El signo de la nana es Cáncer, por eso le encanta el agua y todo lo relacionado con ella. Es limpia en extremo, lava perfectamente,

<sup>7</sup> Consistía en realizar un proyecto, con todo tipo de planos y maquetas, en el lapso de pocos días.

su mamá decía que a Carmen se le podía dar a lavar cualquier trapo y que, por sucio que estuviera, lo dejaría impecable, aunque fuera en pedazos, pero... limpio. En México, además de lavar, almidonaba las carpetas y manteles, a tal grado de bien hecho que Marilupe, prima de Álvaro y vecina nuestra, le decía a Carmen: "Usted debería dar clases de almidonado y planchado, lo hace de forma admirable".

Mis hijos han disfrutado mucho de su cariño, cuidado y compañía, los ve como a sus nietos. Espléndida y consentidora. Desde niños no sabía qué regalarles: que si unos tenis, que si la enorme caja de lápices de colores que vio en tal lugar, que el balón de fútbol, etc., hasta que un día mi marido le dijo: "Carmen, no esté usted gastando su dinero en ellos, gástelo en usted". Ella le contestó con todo respeto, pero claro: "Total, es mi dinero, y lo gasto en lo que yo quiera". Ha profesado por todos amor y fidelidad incondicionales. Nos ha velado el pensamiento y proporcionado, a Álvaro y a mí, la libertad de poder ir a donde sea con la tranquilidad de que nuestros hijos siempre estaban muy bien cuidados y regañados si hiciera falta. Rebelde, de carácter fuerte, con facilidad se enoja, pero con la misma se pone de buenas. Generosa y desprendida.

Durante la adolescencia de mis chamacos, Álvaro, Juan Pablo y Fátima, los fines de semana que se iban de fiesta, la nana no se acostaba hasta que llegaran, y todavía, a las tantas de la madrugada que se aparecían, les ofrecía algo de "cenar" para que se fueran a dormir bien alimentados.

... Ya listo esto, se le va agregando el caldo de los pollos, poco a poco, y si se desea, se puede mediar con agua. Se deja hervir y se condimenta: primero con sal, luego chocolate y al final azúcar...

En uno de los empleos que tuvo antes de llegar con mamá, Carmen trabajó con una señora que tenía una niña, Chofi, quien padecía las secuelas de la poliomielitis. Según le platicó, la había

contraído un día después de que la llevaron al circo y un chango se le había subido al regazo; tenía la fijación de que el primate la había contagiado. Cuando Polo y yo éramos niños, la nana no tuvo reparo en acompañarnos al circo. Pero con mis hijos me rogaba que por favor no los llevara, tenía miedo de que enfermaran. Ella intentaba convencerse de que razonablemente no era posible que el mono hubiera contagiado a la niña, pero era superior a sus fuerzas. Ahora Fátima, mi hija, bromeando la acusa de tener un gran trauma, ya que por su culpa no fue al circo durante su infancia.

Es incansable, dice que ya tendrá tiempo de descansar cuando se muera; eso sí, le gusta mucho manejar la batuta, como toda institución familiar, algo que no me preocupa. Hasta a mí me manda, y a mi marido cuando se descuida, pero siempre está buscando como halagarnos, qué dulce hacer o como obsequiarnos. Y también prepara todos los días una deliciosa agua de frutas para la comida: de guayaba, mango, naranja, melón o papaya, pero la de limón es su especialidad. De ella también he escuchado muchas frases llenas de sabiduría, algunas de sus padres o, a veces, recuerda algunas de Carmela o de mi abuelita. Este año cumplió ochenta, no tengo como darle gracias a Dios por el regalo de su compañía y, de vez en cuando, seguir disfrutando este delicioso mole.

... Cuando ya quedó en su punto, agregar las carnes. Muchas veces hay quien prefiere dejar aparte las piezas de pollo y, a la hora de servir, bañar con la salsa caliente y ajonjolí tostado.

Se come con arroz rojito y deliciosas tortillas. Y ahora, a disfrutarlo.



## CAPÍTULO 11

### ROSQUITAS DE NARANJA

Cuando era el santo de doña Lupita o el de Carmelita, nuestras vecinas, subía a darles un abrazo y a tomar el café con ellas; para esas ocasiones, la nana Leona preparaba unas deliciosas rosquitas de naranja, receta de la familia que era su especialidad, y que continuó elaborándolas hasta que la salud se lo permitió.

Para hacerlas necesitamos: quinientos gramos de harina, doscientos cincuenta gramos de manteca de cerdo de buena calidad, cincuenta gramos de mantequilla, doscientos gramos de azúcar glass, una cucharadita de carbonato, cinco yemas, el jugo de dos naranjas grandes, ralladura de naranja al gusto...

Siempre he tenido debilidad por las galletas y pastas secas, así que, cuando acompañaba a mi mamá de visita con las vecinas, comía con verdadero placer un buen número de rosquitas y, a pesar del tiempo, quedaron indelebles en mi memoria.

Me gusta mucho recordar esa etapa de mi vida, confieso ser una romántica absoluta, ya que el lugar donde transcurrió mi niñez tiene coincidencias que fueron señalando mi destino. Dentro de esta cerrada soleada y de brillantes paredes amarillas había cuatro casas, dos en la planta baja y las otras dos en los altos. La casa de nosotros era abajo, y el piso arriba del nuestro lo ocupaban doña Guadalupe Blumenkron y Carmen Rivero, su hija, quienes vivían atendidas al pensamiento por las nanas Leonardita y Toñita. Todos los domingos recibían la visita de los nietos de doña Lupita, y entre el numeroso grupo iba Álvaro, quien años después se convertiría

en mi esposo. El alboroto de tantos niños jugando invitaba a participar en la diversión; en casa de la abuelita Lupe jugábamos con unos maravillosos cuadritos de madera que tenía, y después nos daban a cada quien una tablilla de chocolate La Abuelita... ¡mmm!, ¡una golosina suprema!... Más tarde todos bajaban a la casa a ver en la televisión, que apenas empezaba, el programa: Teatro Fantástico, con Cachirulo: “♪Este es el trencito del chocolate Express, es rico y nutritivo y qué sabroso es♪”.

Conservo una foto de la fiesta de un cumpleaños de Polo, mi hermano, en la que, en esa misma banca de ladrillos y azulejos que en varias ocasiones he descrito, estamos un grupo de niños: los invitados, Polo y yo. Entre ellos se encuentran Álvaro y sus hermanos,<sup>1</sup> así como algunos de sus primos, los Unanue,<sup>2</sup> y esto me lleva a reflexionar sobre la misteriosa forma como se va entretejiendo la vida. Toda esta convivencia fue haciendo nacer una fuerte amistad con todos ellos y entre las familias; nos frecuentábamos y, en algunas ocasiones, fuimos invitados por ellos a festividades diversas.

Cuando llegó el momento de que Polo y yo hiciéramos la primera comunión, papá y mamá compraron en la ciudad de México unas estampas españolas muy lindas a las que había que ponerles un verso. Mi mamá había guardado una que le dieron en una ocasión y tenía un epígrafe que le gustaba mucho, decía: “Tú sabes que te amo, mas si pudiera, mi Dios, algo robarte, sólo amor te robara para más amarte”.<sup>3</sup> Ya está: ése había que fusilarse y poner en las nuestras y consumatum est. Años después, siendo ya novia de Álvaro y buscando algo entre unas estampas de diversos actos religiosos que había reunido, me encontré el grabado de donde fue copiado el verso. Era nada más y nada menos el de la

<sup>1</sup> Lola, Beatriz, Nacho y Jorge.

<sup>2</sup> Ángeles, Javier, Carmen, Eduardo y Chabe.

<sup>3</sup> Ignoro al autor de la cita, tal vez suena como a Santa Teresa.

primera comunión de Álvaro, mi esposo... Una vez más el destino nos hacía coincidir.

Nos cambiamos de casa y doña Lupita también; sin embargo, mamá siguió visitándola para su santo. En Navidad, para felicitarla y llevarle una torta de castañas. A la familia de Álvaro la dejamos de ver y transcurrieron muchos años antes de que volviéramos a saber de ellos.

Álvaro, el tercero de doce hermanos, fue alumno del Instituto Oriente. Su papá, don Pedro, había sido alumno del Colegio del Sagrado Corazón,<sup>4</sup> por lo que sentía especial admiración por los jesuitas. Álvaro realizó allá todos sus estudios, excepto la preprimaria y los dos primeros años de primaria que cursó en el colegio María Luisa Pacheco. De este último aún recuerda cuando la señora Amanda los encerraba castigados en el cuarto del chino; éste era una especie de bodeguita en la que se guardaba material escolar y donde, colgada en la pared, había la figura de un chino elaborada en cartulina y papeles brillantes, es probable que hubiera sido la decoración en algún festival, pero al encender la luz del lugar, el chino brillaba y asustaba mucho a los niños que caían castigados ahí. Y así fue hasta que un día, un compañero, Checo Sánchez, quien visitaba con frecuencia el cuarto del chino, se fue sobre él y a fuerza de puñetazos y puntapiés lo despedazó, destruyendo al peor verdugo del castigo.

Cuando Álvaro terminó la preparatoria, hizo su solicitud para ingresar al Tecnológico de Monterrey y lo admitieron. Se trasladó a esa ciudad, pues entonces era el único plantel que existía. Se presentó a hacer toda la tramitación necesaria para ingresar, pero ese día fue de calor extremo, insoportable, y apagó todo su entusiasmo por estudiar allá. Entonces apuntó sus baterías hacia el Distrito

<sup>4</sup> Se encontraba en la 11 Sur, en el edificio donde actualmente está la Escuela Normal del Estado y que fuera el colegio jesuita antes del Colegio Oriente.

Federal e hizo su examen de admisión en la UNAM<sup>5</sup> para estudiar Ingeniería Civil. Una vez que ingresó a esta institución, comenzó a buscar un sitio para vivir, y el tío Pancho, primo hermano muy querido de su papá, le ofreció su casa para hospedarse. Él aceptó y se quedó a vivir con ellos. Una etapa imborrable por la enorme camaradería que estableció con sus primos Fernández Cueto y que se prolongaría por más de diez años.

Álvaro no permaneció en Ingeniería, el dibujo definitivamente no era lo suyo y sí fundamental para la carrera, así que decidió dejarla. En este curso de la UNAM fue compañero de Enrique Krauze, con quien se reunían él y otros compañeros a estudiar en su casa. Una vez que dejó Ingeniería, entró a Administración de Empresas en la Universidad Iberoamericana, donde sí terminó la carrera.

Mi papá decía que él le pedía a Dios que yo encontrara a un hombre trabajador, que me quisiera y me respetara. Parecía que estaba describiendo a Álvaro, porque desde adolescente, en la temporada de vacaciones, trabajó. Varios años lo hizo en Almacenes Rodríguez, y más adelante en La Galletera de Puebla. Cuando estaba en tercero de licenciatura lo contrataron en La Italiana, en las oficinas de México, y se cambiaría a Bimbo más adelante, empleo en el que permaneció cuatro años más hasta que se trasladó a España para establecer el proyecto Bimbo en ese país. Vivió en Barcelona durante ocho meses y otros nueve, en Palma de Mallorca. Álvaro siempre ha sido muy activo, responsable, tenaz, recto y honrado.

Mientras tanto, yo terminaba mi etapa estudiantil en el Colegio Central, el único al que asistí y que me pareció maravilloso. Me dolió dejar el colegio, no por estudiosa, sino por todas las vivencias y porque alejarme de mis amigas me causaba cierta nostalgia, pero

<sup>5</sup> Universidad Nacional Autónoma de México.

ni hablar, la vida continuaba. Entré a trabajar a Hylsa,<sup>6</sup> un nuevo ciclo, diferente y muy enriquecedor.

En esta empresa las secretarías éramos las únicas representantes del sexo femenino en la planta laboral, además de una enfermera, una cajera y dos trabajadoras sociales. Todos los demás, hombres. Las mujeres no podíamos acceder a ningún otro puesto de trabajo, éramos promocionadas en los niveles de los ejecutivos de los cuales dependíamos, pero nada más. Tampoco era permitido a las empleadas continuar trabajando en la institución si contraían matrimonio, había obligación de renunciar. Ingresaban sólo mujeres solteras, pero antes de contratar a alguna aspirante, se hacía una prueba de embarazo, y si resultaba positiva, no había empleo. Todas éstas eran políticas de la empresa. Sin embargo, fue interesante y el primer acercamiento al mundo real, fuera del capelo en el que siempre había vivido, aunque confieso que también nos cuidaban bastante, había mucho respeto y buen ambiente de trabajo. Ingrid, esposa de Nacho, mi cuñado, empezó a trabajar aquí y estrechamos la amistad que habíamos iniciado en el colegio; ella estaba un año abajo. Tere, la esposa de Jorge, también mi cuñado, entró un poco más adelante.

... Batir la manteca y mantequilla hasta que esté bofita, agregar el azúcar glass cernida, batir hasta que esté cremosa...

Con Ingrid salía los fines de semana, íbamos al cine, al café, a comer o a cualquier acto que se presentara. En una ocasión,<sup>7</sup> tomando un café en El Esmeralda, encontramos a Álvaro, al que no veía desde la infancia, y se sentó con nosotras a platicar. Nos invitó a salir nuevamente, y fuimos las dos con él. No sabíamos por quién se inclinaba, la invitación era colectiva, hasta que un día<sup>8</sup> nos llamó



<sup>6</sup> Hojalata y Lámina, S. A. Compañía metalúrgica.

<sup>7</sup> 9 de marzo de 1974.

<sup>8</sup> 16 de marzo de 1974.

para ir a bailar al Jean Laffitte y llegó con Juan, un amigo suyo que se sentó con Ingrid y despejó la incógnita. Cuatro años después, Ingrid se casaría con Nacho, el hermano de Álvaro.

A partir de ese momento, Álvaro empezó a llamarme por teléfono con mayor frecuencia; él trabajaba en la ciudad de México. Hacía poco había regresado de España y se reincorporó a la organización Bimbo, ahora en la línea de Barcel. Venía a Puebla los fines de semana, llegaba el sábado por la tarde, pues trabajaba medio día, y el domingo en la noche regresaba al Distrito Federal.

La ilusión de vernos iba creciendo. Un mes después de haber coincidido de nuevo en la vida, salimos a cenar y, más tarde, me fue a dejar a la casa. Como a la una de la mañana escuché un mariachi que coreaba: “Canto al pie de tu ventana pa’que sepas que te quiero, tú a mí no me quieres nada, pero yo por ti me muero. Qué voy a hacer si de veras te quiero, ya te adoré y olvidarte no puedo ” Era Álvaro, ¡me había llevado gallo!<sup>9</sup> Una serenata que me emocionó como nunca, ¡precioso!<sup>10</sup>

Al sábado siguiente,<sup>11</sup> Sábado Santo, salí todo el día con él: a nadar, al cine y, en la noche, a cenar al Mr. Harris. Una cena llena de nerviosismo y agitación, en la que me pidió que fuera su novia... ¡maravilloso! Me entregó su anillo con las iniciales de su nombre y yo le di el mío del colegio, que, por cierto, no le quedó ni en el dedo chiquito. Tuve que mandar a agrandararlo, y el suyo a reducirlo, pues, como diría mi suegro: “El anillo de Álvaro a ti te queda de gargantilla”. Por la noche, otra vez me llevó gallo,<sup>12</sup>

<sup>9</sup> Serenata.

<sup>10</sup> Después de Serenata huasteca siguió con Paloma querida, Hay unos ojos, Los ojos de la española, Amémonos, Adoro, Café oscuro, Háblame y cerró con Buenas noches, mi amor.

<sup>11</sup> 13 de abril de 1974.

<sup>12</sup> Te traigo serenata, Noviamía, Contigo aprendí, Mujer ideal, Amémonos, Ella, Granito de sal, Paloma querida y Olvidaba decir que te quiero.

¡estaba feliz! Sentía que el corazón se me iba a escapar, el amor lo había tocado.

Una vez enamorados y sumergidos en la vorágine del sentimiento más hermoso del mundo, Álvaro llamaba varias veces en la semana y venía los sábados y domingos. Cada vez más felices y más seguros de querer estar juntos para siempre, empezamos a planear un futuro común. Así llegó el día de mi cumpleaños, en el que pasamos un día increíble. Fue entre semana, Álvaro se dejó caer la noche anterior para llevarme serenata,<sup>13</sup> se regresó a trabajar y, por la noche, volvió para ir a cenar de nuevo a Mr. Harris y a bailar a El Esmeralda, eran nuestros lugares. Para esta ocasión me regaló unos aretes que me había mandado a hacer, su diseño era muy original, tres rectángulos concéntricos, muy bonitos. Largos, pensó él, porque yo tenía el pelo hasta los hombros y, por otro lado, yo pensé en darle una sorpresa y... decidí cortármelo. Él comenzó a hablar de casarnos el 7 de junio del año siguiente; faltaban doscientos cuarenta y ocho días.

En febrero<sup>14</sup> habló con mi papá para formalizar el compromiso. Mi papá lo apreciaba mucho y le decía a mi mamá: "Ya puedo morir tranquilo". Y mamá sentía que por fin Dios había escuchado sus plegarias para que yo encontrara un buen marido.

El primer sábado de marzo del mismo año, me invitó a cenar, por supuesto al Mr. Harris, para recordar el día que nos hicimos novios. Esto fue sólo un pretexto, su intención era darme el anillo de compromiso, para mí el más precioso de la tierra, por su diseño y, sobre todo, porque significaba que sería la esposa de Álvaro, el hombre que siempre soñé. Nos adorábamos. Tuve que devolver el anillo, pues la petición de mano sería hasta el 6 de marzo, día de su cumpleaños, y había que esperar cinco días más.

<sup>13</sup> Mañanitas, Paloma querida, Delirio, Amémonos, Ojos cafés, A mi manera, El día que me quieras y Despedida.

<sup>14</sup> 1975.

Empezaron los preparativos para la boda; enseguida localicé a mis queridas amigas Josefina y Leonor porque tenía la ilusión de que Pepa y Lenis, sus hijas, fueran mis damitas; ellas aceptaron. De inmediato me puse en contacto con Rafa Olvera, modista muy prestigiada de Puebla, para mí la mejor. Tenía el sueño de que ella confeccionara mi vestido de novia y se hizo realidad. Me dejé llevar por sus sugerencias. Con Rafita, el resultado final todo era perfección, hasta el mínimo detalle.

La tela había que comprarla en la Casa Armand en el Distrito Federal; debía pedir que me atendiera Carlotita, pues ella conocía a Rafa y sabía qué materiales le gustaban. Tenía que comprar veintiocho metros de organza de seda, cuatro metros de tul ilusión, cinco metros de pellón para el forro y cinco de alpaca. Me parece estar viviendo de nuevo la escena cuando, junto con mamá, le llevé todo lo que había solicitado. Me dijo que las telas tenían vida, que cada una de ellas expresaba su destino, que aspirara el aroma del tul que era de seda y percibiría un sutil olor a miel; por eso el velo de novia en sí mismo expresaba dulzura. Fue un momento muy especial, su sensibilidad me cautivó, sentí una gran simpatía y admiración por ella, de quien, al pasar los años, me convertí en una de sus primeras alumnas y lo seguí siendo prácticamente hasta que murió.

El haber estado cerca de Rafita enriqueció mi vida porque, además de tener un don tan extraordinario en sus manos, poseía la generosidad de querer enseñar todo lo que sabía; era un ser humano fuera de serie, llena de experiencias, compartía por igual su espiritualidad y bonhomía; su personalidad, a pesar de su corta estatura, la hacía engrandecer como un gigante, siempre perfecta en su atuendo de influencia afrancesada, porque allá fue donde tomó los cursos de alta costura, hablaba un perfecto francés; llena de coquetería, siempre llevaba un pañuelo atado al cuello artísticamente colocado, muy peinada y despedía siempre un delicado aroma.



El domingo 13 de abril cumplimos un año de novios, y una vez más Álvaro me llevó serenata.<sup>15</sup> Cada día lo quería más, me sentía feliz, no me cambiaba por nadie. El día 30 renuncié a mi trabajo, me iba a vivir al Distrito Federal. Terminaba un ciclo y no dejé de sentir cierta nostalgia. Cuando llegué a mi casa, estaba Álvaro con un hermoso ramo de rosas y una tarjeta que decía: “Señorita desempleada, le ofrezco un empleo. Compañía: Álvaro de Velasco y familia. Puesto: Esposa. Sueldo: Amor al contado y por siempre. Fecha de inicio: 7 de junio de 1975. Favor contestar”. Por supuesto que me derretía su ternura.

... adicionar las yemas batidas a punto de cordón, mezclar bien. Precalentar el horno a calor medio...

El 13 de mayo, día de la virgen de Fátima, por la tarde, tocaron el timbre de mi casa, Carmen, mi nana, abrió la puerta. Era Leonardita, la nana de mi suegra; le dio un abrazo a Carmen y le dijo: “¡Hasta que se nos hizo, Carmelita! Álvaro y Faty se van a casar”. Había ido de parte de doña Lolita a llevarme un regalo. Por supuesto que ella se había ofrecido a hacerlo, se le hacía tarde para ir a celebrarlo con mi nana y Carmela, a quienes había conocido años atrás, cuando fuimos vecinas, y a mí me vio nacer. Todo el entorno era armonía y regocijo.

Llegó el día esperado: 7 de junio. La boda civil fue en casa de los De Velasco a las cinco de la tarde. Rafita estuvo allá a las cuatro para realizar el ritual de vestir a la novia. Álvaro estaba impecable enfundado en frac negro. A mi alrededor el mundo parecía girar y las emociones se confundían. Después de las fotografías y una larga ceremonia, porque tuvimos una interminable lista de testigos, nos trasladamos a la iglesia de Santo Domingo, donde se llevaría a cabo la boda religiosa, en medio de una lluvia

<sup>15</sup> Paloma querida, Novia mía, Amémonos, Poco a poco, Sin ti, Ojos cafés, Muñequita linda, Dianas, Buenas noches, mi amor y Gema.

pertinaz que presagiaba felicidad. Pedro Juan, mi cuñado, fue el celebrante. María Eugenia y Marilupe, mis cuñadas, las damas; Lenis, Pepa, Loli y Arturín fueron las damitas y el paje; estos dos últimos, sobrinos de Álvaro.

La invitación citaba a las diecinueve horas y mi papá, puntual como era, quería llegar exacto a la cita. A Enrique, mi cuñado, quien manejaba el vehículo en el que íbamos, yo le hacía señas para llegar lo más tarde posible, conociendo nuestra mala costumbre poblana de que las bodas empiezan siempre media hora más tarde de lo que dice la invitación. Dimos dos vueltas al zócalo, pero mi papá se puso firme. En medio de un fuerte aguacero, y en esa época con la calle llena de ambulantes apostados alrededor del templo, llegamos a la iglesia que, por supuesto, estaba vacía. Así se inició la ceremonia. Después sólo hubo un pequeño brindis en casa de los De Velasco. En cuanto pudimos, nos escapamos con una botella de champaña y las dos hermosas copas de cristal cortado que María nos había regalado. Así iniciamos nuestra luna de miel en Cocoyoc. Cuando llegamos a la habitación, nos esperaban un hermoso arreglo de flores y otro de frutas que nos habían enviado Ale y Pato, primos de Álvaro; con éstos, la champaña y una pequeña carta llena de cariño que él me dio, comenzamos la aventura de amarnos. El resto del viaje, que emprenderíamos el lunes, era una sorpresa que me tenía reservada, yo sólo supe que sería al extranjero, ¡qué emoción! Lo más que había viajado allende las fronteras había sido a San Antonio y Corpus Christi, Texas.

Yo iba brincando de sorpresa en sorpresa, la tarde del lunes tomamos el vuelo 066 de Air France con rumbo a París. Hacía mucho que soñaba conocer Europa y me lo concedía mi inmejorable acompañante. Allí permanecemos cuatro días; nos hospedamos en el Hotel Regina, en Place des Pyramides. No cabía en mí del asombro que me produjo la Ciudad Luz, su majestuosidad y grandeza aunado a la embriaguez del amor.

El viernes por la noche viajamos en tren rumbo a Venecia. Tras registrarnos en el hotel Luna, desayunamos en el Caffé Carlo Lavena en Piazza San Marco, ningún lugar podía ser más apropiado para este par de enamorados. Dos días después continuamos el viaje en tren hacia Florencia, aquí estuvimos en el Albergo della Signoria en Via delle Terme; el lunes por la tarde seguimos a Roma, al hotel Majestic en Via Vittorio Veneto. Yo pasaba del asombro a la fascinación entre tantos sorprendentes lugares, todos nuevos para mí, y el descubrimiento de un hombre extraordinario a mi lado que se desvivía por halagarme y llevarme a conocer lo más que fuera posible, lo que a él le había parecido más bello cuando había estado ahí. Conociendo mi debilidad por la comida, me llevó a degustar una gran variedad de platillos deliciosos, pero en especial recuerdo una tarde en Roma en una trattoria, donde al final de la comida nos llevaron una fuente colmada de cerezas frescas, rojas, brillantes... como el amor, parecían de cera, estaba embelesada, ya que entonces no llegaban a México estas frutas frescas, sólo se conseguían en almíbar, algo tan sencillo y tan hermoso fue un verdadero deleite.

Álvaro rentó un coche para tener mayor facilidad para movernos. En Roma me enfermé, contraí estomatitis y hubo que llamar al médico, tenía la boca llena de aftas. Algo incómoda, pero entusiasmada, no pude dejar de echar mis monedas en la fuente de Trevi, las aftas no iban a impedirnos seguir gozando de tantas bellezas.

El viernes volamos a Barcelona, pernoctamos en el hotel Colón, ubicado en la avenida de la Catedral. Frente a ésta, se podía ver cómo bailaban las sardanas, muy cerca del barrio judío, y la ciudad me dejó cautivada. El domingo volamos a Avilés, teníamos reservación en el hotel Principado, en Oviedo. Toni, mi prima, y Julio, su esposo, nos fueron a recoger al hotel y nos llevaron a hospedar con ellos en su piso de Avilés. Me encontraba por primera vez con la familia de mi papá, otro estupendo regalo con

el que Álvaro me obsequió; fue muy emocionante conocerlos, nos colmaron de cariño y atenciones, estuve en los lugares y con quienes mi papá me había platicado, recorrí sus caminos de niño y me hallé en la casa de los abuelos, donde él había nacido. Nos llevaron a visitar a la Santina,<sup>16</sup> imperdonable no hacerlo; después tuvimos un encuentro con muchos parientes y amigos de papá con quienes pasamos tres días inolvidables.

El miércoles, en coche, marchamos a Santiago de Compostela y nos hospedamos en el Hostal de los Reyes Católicos, en la Plaza de España. Continuamos a Salamanca, nos quedamos en el hotel Monterrey, y seguimos hacia Ávila, San Lorenzo del Escorial y terminamos en Madrid, albergándonos en el hotel Suecia, en la calle Marqués Casa Riera. Al día siguiente fuimos a Toledo y Aranjuez. Fue un viaje espléndido, gozamos cada momento, Álvaro mostró más de lo que yo pensé, cálido, detallista, mi todo... Dos días más tarde tomamos el avión de regreso a la ciudad de México, donde nos instalamos en una casa monísima que sería nuestro hogar por cinco años, en la que vivimos días muy felices y también de enorme tristeza.

... añadir, poco a poco, la harina cernida con el carbonato; el jugo y ralladura de naranja, alternando con la harina...

Teníamos más de un año de casados y mi papá acababa de fallecer. Yo tomaba clases de francés con madame Silvetti, una mujer mayor, francesa de la zona vasca, en quien estaba puesta mi esperanza de aprender. Ella tenía una hija sordomuda a la que había enseñado a hablar, no sólo francés sino español, por lo que deduje que tal vez lo lograría. Sin embargo, al poco tiempo me enteré de que yo estaba embarazada. Fue tal la ilusión, que dejé las clases, ya no me interesaron, sólo tuve cabeza para ponerme a

<sup>16</sup> La virgen de Covadonga, patrona de Asturias.

hacer la canastilla. Álvaro estaba feliz con la noticia, él siempre fue muy niñoero y también sentía mucha ilusión de convertirse en papá. ¡Dios! ¡Cómo te cambia la vida! Me puse a averiguar lo que tenía que comprar, asesorada por mi madre y las mamás jóvenes cercanas que me orientaban en lo que se usaba. Me puse a tejer minichambritas. Vivíamos un momento muy especial.

La creencia popular dice que a todos los matrimonios les toca su noviciado, bueno, pues el nuestro no fue la excepción. Cuando tenía poco más de siete meses de embarazo, Álvaro hizo un viaje de trabajo a Brasil. En aquel entonces viajaba mucho, y aprovechó para conocer Argentina. Por obvias razones no lo pude acompañar. En Brasil empezó a sentirse un poco mal del estómago, pero aun así decidió continuar. Al llegar a Buenos Aires ardía en calentura, durante la noche alucinaba, así que adelantó su viaje a México. Se sentía morir y decidió: "Me regreso a morir a mi país". Tomó el primer avión que pudo, sólo encontró uno lechero que venía haciendo paradas. En la escala en Panamá lo hicieron bajar, pensaron que estaba drogado. Le bajaron las maletas y se las vaciaron, lo desvistieron. Con el malestar tan grande que tenía, todavía tuvo que pasar ese trago amargo; a pesar de haber cambiado su regreso, no llegó más que doce horas antes de lo planeado, fue un viaje que le pareció eterno.

Ese mismo día en la tarde fuimos al médico, tenía una tifoidea marca diablo, "paseada muuuuchos kilómetros", comentó el doctor. Le mandó medicamento y había que tomarle la temperatura cada hora, así como el pulso. La fiebre no cedía, se le empezó a complicar con una miocarditis, tuvimos que ir al hospital; estuvo ingresado quince días. En casa convaleció dos semanas más, lo dieron de alta cuatro días antes de que naciera nuestro esperado bebé.

Mi fecha de alumbramiento era para el 28 de julio, pero a la una de la mañana del 27 tuve el primer aviso. Me esperé y vino otro, en ese momento me empezaron a castañetear los dientes,

temblaba toda como gelatina; el miedo a lo desconocido se apoderó de mí. En seguida Álvaro, en compañía de mi mamá, me llevó al hospital. Fue un parto bastante rápido, nació un varón que se llamaría Álvaro, como él. Arribó con felicidad a las cinco y media de la mañana, gracias a Dios, a quien siempre le pedí en cada embarazo que vinieran bien, completitos, que no les faltara ni les sobrara nada, hermosos de alma y cuerpo, y me lo concedió. Álvaro papá no cabía de felicidad, había nacido su primogénito, el que llevaría su nombre.

Me embaracé de nuevo al poco tiempo. Cuando tenía seis meses y días de gestación, presumí que era tiempo suficiente para empezar a preparar las cosas del bebé que estaba en camino. Al bajar del clóset unas cajas, me dio una contracción y, al poco rato, otra. Llamé a mi doctor. Era jueves y se había ido a un congreso, regresaba hasta el domingo. Decidí esperar. Continuaron las contracciones, fue entonces cuando localicé al médico que se había quedado en su lugar y me mandó que tomara unas pastillas y reposo. Me solicitó que fuera a verlo al día siguiente. En el consultorio comentó que el bebé podía nacer en cualquier momento y necesitaría atención médica inmediata, por lo que era preciso inducir el parto. Del puro susto empezaron de nuevo las contracciones y nació Bernardo. Presentaba algunos signos de inmadurez por lo que fue trasladado al Hospital Infantil. Desgraciadamente los esfuerzos por salvarlo fueron inútiles, falleció el lunes siguiente; una experiencia muy dolorosa. Álvaro, antes de llevarme de regreso a casa, haciendo un enorme esfuerzo para sobrellevar el dolor de la pérdida y de haber llevado a enterrar, él solito, a nuestro Bernardo, recogió todo lo que yo había sacado para el bebé. Con esa delicadeza trataba de evitar que me entristeciera más.

Una vez superado este triste episodio, seguimos adelante. Alvarín tenía un año, eso ayudó mucho a distraernos, ocuparnos y... ¡otra vez embarazada! El doctor habló muy seriamente con nosotros. Nos informó que era un embarazo de alto riesgo y había

que realizar una pequeña intervención<sup>17</sup> después de los tres primeros meses y, con esto, evitar que el bebé naciera antes de tiempo. Me programó para el quinto mes. Las cosas no salieron como se esperaba. Cuando estaba siendo intervenida, se presentó el parto. La bebé murió al nacer. Otra vez nos encontramos enfrentando esta pena y Álvaro de nuevo pasando el trago amargo de llevar él solo, con mucha entereza, a enterrar a nuestra bebita.

De repente... otra vez esperábamos un bebé. Y a repetir la historia. Entonces el médico prefirió hacer la pequeña intervención al cuarto mes de embarazo, me cuidé muchísimo, ahora sí fue todo un éxito. Un lunes empecé a sentir cierta incomodidad estomacal, se la achacaba a un cabrito del Correo Español que habíamos comido el día anterior en casa de Irma y Jorge Xacure, unos muy buenos amigos. De todos modos preferí ir al médico. Me llevó Irma, mi amiga, y cuál no sería mi sorpresa cuando éste me revisó y me informó que ya estaba en trabajo de parto. No era el cabrito, sino el chamaco. Tenía que ir de inmediato al hospital para retirar la jareta que me habían colocado. Le avisé a Álvaro para que me alcanzara, y al poco rato... llegó Juan Pablo. ¡Qué felicidad! Otro hermoso bebé, ahora Alvarín ya tenía un hermano con quien jugar y acompañarse en la vida, y a nosotros nos llenaba la nuestra. A este nuevo integrante de la familia le pusimos Juan Pablo inspirados en la primera visita del papa a México que nos había conmovido profundamente, muy felices y agradecidos con Dios por nuestros dos hijitos.

Después de este cuarto embarazo, el doctor sugirió que debíamos esperar un poco antes de volverme a embarazar, si es que pensábamos hacerlo; cada embarazo futuro sería igual de riesgoso.

... al terminar, poner la pasta en una duya y formar las rosquitas sobre latas de horno...

<sup>17</sup> Cerclaje.

Nos vinimos a establecer a Puebla. Álvaro iniciaba un nuevo negocio y, mientras tanto, disfrutábamos de nuestros hijos. Sin embargo, cuando ya habían pasado como dos años, decidimos ir por una niña... Y ahí vamos. A mí en lo particular se me antojaba una familia numerosa. No teníamos ninguna seguridad de que llegara una mujer, y entonces Bata —Beatriz—, tía de Álvaro, me comentó que le pidiera a santa Beatriz que intercediera para que yo tuviera una niña, que era muy buena abogada para esta causa, y así lo hice. Como por el tercer mes de gestación tuve algunas complicaciones y había que repetir el cerclaje, como en el anterior, así que tuve que guardar reposo, no absoluto, pero sí cuidarme mucho. En esta época ya existía el ultrasonido, pero no quise saber cuál era el sexo del bebé. Finalmente, el 29 de julio nació nuestra bebita con toda felicidad; no sabíamos cómo agradecerle a Dios. Ése día era santa Beatriz, pero nos vimos muy mal porque no le pusimos Beatriz, sino Fátima.

Álvaro estaba muy contento, porque además de sus dos varones, ahora también tenía su nena. Disfruté muchísimo la maternidad, me encantaba estar embarazada a pesar de que con Alvarín tuve muchas náuseas y vomité los tres meses del principio. Recuerdo el terrible malestar que padecí un lunes, yendo al mercado de San Juan, como todas las semanas, con Mari Lupe Fernández C., prima y vecina queridísima; tuvo que detener el coche, me bajé, y en el camellón de la avenida Chapultepec vomité como caño. ¡Qué espectáculo! La época de la gestación me encantó, me hacía ilusión la ropa de maternidad, la pancita no había que sumirla sino presumirla.

Mi compañero ha sido muy buen padre, buscó en todo momento darles a sus hijos la mejor educación a su alcance y ahora que ya han volado con sus propias alas; él, en su aparente rudeza, oso grizzly con corazón de pollo, es consentidor, trata de apoyarlos en lo que puede. Está muy orgulloso de ellos. Se le llena la boca al hablar de cualquiera de los tres, en su rostro se refleja una sonrisa



de satisfacción. Cuando vienen de visita, deja todo lo que tiene que hacer por disfrutarlos.

Cuando contemplo a mi familia siento plenitud, estoy feliz con mi vida, satisfecha. Con la maternidad se colmaron muchos de mis anhelos, tres maravillosas razones por quienes vivir y soñar, a quienes les dediqué con enorme gusto todo el tiempo que pude mientras estuvieron conmigo; desde que nacieron, o tal vez desde antes, siempre me repetí que no quería arrepentirme más adelante de no haberlos disfrutado, tuve la suerte de poder ser madre de tiempo completo y concretar lo que dice el pensamiento “abrázalos fuerte y después, déjalos ir”.<sup>18</sup> Esta plenitud alcanza a Álvaro, mi compañero, mi amigo, mi amante; me hace reír mucho, es muy ocurrente y atinado en sus comentarios; ahora, ya solos, nos buscamos y apoyamos más.

Hemos disfrutado de la amistad, Álvaro es comprometido, leal, muy bromista. Con los años sólo han quedado los verdaderos amigos, los falsos se han esfumando en el camino; otros se han ido antes de tiempo, los que quedan no son muchos, pero los que están son auténticos.

Él ha sido un hijo fuera de serie, siempre solidario con sus padres para sacar adelante a los hermanos, apoyando económicamente cuando era necesario. Después de él, faltaban nueve que educar. Pedro, el mayor, ya había ingresado con los jesuitas, y Lola, la que seguía, apenas se había iniciado como maestra del Instituto Oriente.

En la actualidad, doña Lolita, su mamá, ya no camina a consecuencia de una cirugía de columna. Hay que ver el cariño con que la trata, todos los días la va a visitar, le lleva pan de dulce para la merienda, porque a ella le gusta mucho. Cuando ha sido necesario, con toda ternura la carga y la acuesta en su cama. Si a alguno de sus hermanos se le presenta algún problema, es el primero en estar ahí para ver en qué puede ayudar.

<sup>18</sup> Gibrán Kahlil Gibrán.

Ingrid y Nacho tuvieron a Pedrín, quien nació con la espina bífida<sup>19</sup> y les dijeron que no viviría mucho tiempo. Lo mantuvieron una temporada ingresado en el hospital de las madres de la Caridad. Álvaro pasaba, lo menos, cada tercer día a visitarlo y lo apapachaba con mucha dulzura. Cuando sucedió el accidente en el que falleció Eugenio, hijo de Beatriz y Arturo, inmediatamente se trasladó a Jalapa para hacerse cargo de todo el papeleo y evitarles el trago de tan dolorosos trámites. Sin hacer ruido, ahí está siempre para apoyarlos.

Mi mamá y Carmela vivieron con nosotros en dos ocasiones. Álvaro, en todo momento, las trató con la mayor cortesía y consideración. Cuando terminaba con el periódico, se lo llevaba a mi mamá, porque sabía que le gustaba mucho leerlo. Jamás tuvo ningún roce con ella, al contrario, le reconoció su prudencia siempre. El día en que murió mamá, tengo presentes el cariño y la ternura con la que me consoló, de la misma forma que lo hizo cuando mi papá falleció. Gracias, mi amor.

Álvaro es una persona con mucho sentido común y muy madura. A veces repela un poco, pero ha apoyado cuanto se me ha ocurrido. Siempre tuve la ilusión de asistir a la universidad y estudiar una carrera; cuando pude hacerlo, me apoyó hasta el final. Aguantó que me levantara de madrugada sin disgustarse por despertarlo. El día que me gradué, él fue el más feliz; me tomó todas las fotos que pudo. Se organizó con nuestros hijos para regalarme un viaje a Londres y a Asturias por mi graduación, todo envuelto en el misterio, como le encanta, para que fuera sorpresa. Así de misterioso fue también para la fiesta que organizó, junto con Álvaro y Fátima —Juan Pablo estaba en España—, cuando cumplí cincuenta años. Lo hicieron tan bien, que en ningún momento me percaté de lo que se traían entre manos, fue maravilloso el festejo.

<sup>19</sup> Mielomeningocele.

Mi esposo es una persona muy bromista y sociable; sin embargo, en ocasiones es callado e introvertido y quisiera leerle el pensamiento; la forma de expresar sus sentimientos es brusca, volvemos al oso grizzli con corazón de pollo. Educado, inteligente, muy puntual, aquí es donde chocamos, porque el manejo del tiempo no es mi fuerte. Es alto, fornido, de complexión robusta, siempre me ha hecho sentir segura; con hermosos ojos cafés. Cuando lo reencontré en la vida, ya era de pelo escaso; desde ese día me gustó que oliera delicioso y su bella sonrisa. Admiro de él su constancia, disciplina y, en especial, su nobleza.

El matrimonio no es un camino llano, muchas veces hay que escalar alguna cuesta y a veces alguna montaña. Pero si los dos aceptamos subir juntos y darnos la mano, es más fácil. El querer estar y querer seguir nos hace más tolerantes. Ambos tenemos defectos; en el caso de Álvaro son más las cosas buenas. La vida no es blanco o negro, hay que ir capoteando cielos grises y tratar de buscar el lado amable. Creo en el matrimonio porque, como cualquier aventura, es un riesgo que hay que tomar si se quiere llegar a la meta: "Tres cosas hay que son permanentes: la fe, la esperanza y el amor; pero la más importante de las tres es el amor".<sup>20</sup>

Deseo envejecer a su lado, quiero seguir con mi amado compañero y disfrutar de lo que la vida nos vaya brindando. Experimentar nuevos y maravillosos sentimientos en complicidad, como ahora que debutamos como abuelos y hemos comenzado a saborear el postre de la vida:<sup>21</sup> Mateo y Patricio. Me gusta viajar con él, me encantaría seguir haciéndolo, sería estupendo, pero si no, el simple hecho de estar juntos, en compañía, me llena de felicidad, de dulzura, como las rosquitas de naranja.

... Hornear por quince o veinte minutos. Al sacarlas, se espolvorean con azúcar glass. ¡Mmm!

<sup>20</sup> 1 Cor. 13, 13.

<sup>21</sup> Catón.

## EPÍLOGO

### BUDÍN DEL TÍO MANOLO

En el rancho, tu abuela María acostumbraba hacer varios estilos de budín, alguno más postinero que otro; era un dulce común por ese rumbo en aquellos años. Yo aprendí a elaborarlos y después me fui quedando con mis consentidos: el budín real y este del tío Manolo, al que Mariquita solía llamar “sencillo”. Los dos los fui perfeccionando a mi gusto, con mis medidas, hasta que quedaron a mi entera satisfacción. Incluso tenía una cacerola dedicada en especial para prepararlos, en la que ya había calculado cantidades y tiempo de cocción.

... Rebanar cinco tortas, remojarlas con seis tazas de leche en la que se habrá disuelto una taza de azúcar. Mientras esto se remoja, preparar el caramelo del molde...

Este dulce era el caballito de batalla de mamá, lo disponía con frecuencia. Empezando por papá y siguiendo con el resto, a todos en la familia nos gustaba mucho. Aquí, en Puebla, no se acostumbraba. Fuera de mi casa no lo comí en ningún otro lugar; en ocasiones, en algún restaurante o salvo con mis tías que eran de la misma región. Por diferente, a mamá le agradaba disponerlo cuando iba a recibir visitas o simplemente como el postre del domingo. Carmela lo hacía de memoria, lo iba mezclando mientras preparaba el resto de la comida, le quedaba delicioso, y cuando ella, por el peso de los años, lo dejó de hacer, mamá tomó la estafeta de nuevo. A Silvia, mi cuñada, le encanta, y a todos en su casa. Mientras mamá vivió con ellos, cuando les invitaban a

alguna comida familiar, ella siempre lo llevaba de postre porque a la Chata, su consuegra, le fascinaba.

De mamá y papá aprendí a querer y disfrutar de la amistad, a valorarla como el don que es. Los buenos amigos nos hacen disfrutar más la vida; un café, una comida o un vaso de agua son más sabrosos en su compañía. A la amistad la relaciono con el budín, porque además de ser un dulce que he disfrutado desde la infancia, fue muy socorrido para disfrutarlo en casa, cuando venían los amigos, o gozarlo con ellos en otros lugares.

... Con ocho cucharadas de azúcar acaramelar un molde y, cuando se haya enfriado, untarlo con mantequilla...

A mis compañeras del colegio se lo he preparado más de una vez en las reuniones que por largo tiempo hemos celebrado y de las que, una vez al año, en el mes de agosto, me toca ser la anfitriona. Cuando selecciono el menú para esa ocasión, trato de buscar guisos distintos. A ellas les gusta probar los de la tierra de mamá, porque algunos todavía no son muy conocidos por estos rumbos.

En este grupo están mis amigas, sí, mis amigas, las del colegio, las de la infancia, las verdaderas. Crecimos juntas, jugamos y compartimos los sueños de juventud. Con ellas no necesito guardar las apariencias porque nos conocimos sin caretas, con la autenticidad de la niñez.

Al dejar el colegio tomamos diferentes caminos, involucrada cada una en sus intereses. A veces, por falta de tiempo, nos alejamos, unas más que otras; pasaron varios años y un acontecimiento doloroso nos volvió a reunir: Lety Torrescano murió de forma trágica.

Carmen Guzmán tomó la iniciativa, sugirió que no esperáramos acontecimientos similares para volvernos a ver. Ella organizó la primera reunión con una convocatoria extraordinaria; sin

embargo, en las posteriores y con el tiempo, el número se fue reduciendo hasta quedar sólo diez, que a partir de entonces no hemos dejado de hacerlo; ya son casi treinta años. Carmen se fue a vivir a España, pero cuando venía, se reintegraba, hasta el año pasado en que, después de una penosa enfermedad, se fue para siempre... ¡Con Dios, amiga!

... Cuando el pan esté bien embebido de la leche con azúcar, deshacerlo con una cuchara o tenedor, picándolo muy bien...

Entre estas compañeras y queridísimas amigas está: Jose Ponce de León, quien fue mi compañera desde el kínder. Para el fin de curso de preprimaria bailamos un vals, vestidas de damas antiguas en un vestido azul claro de tafeta y con holanes de organza; para esa ocasión nos peinaron con caireles, fue inolvidable. En esta etapa también estuvo Gabriela Oriol, después se fue al colegio María del Rosario, pero regresó en tercero. Carmen y Karina Picazo se integraron en primero de primaria, cuando tuvimos como maestra a sor María de la Paz. Celia Cano, Doris Cabañas, Chela Robredo y Lety, al igual que Gaby, se incorporaron en el transcurso de la primaria, ellas también estaban en el mismo colegio. Margarita Acevedo se sumó a nuestro grupo en tercero; por último, Leonor Real inició con nosotras la secundaria. Desde entonces formamos un grupo bastante compacto. Leonor, Jose y yo siempre fuimos las más altas del grupo, por eso nos sentábamos juntas hasta atrás del salón y dábamos bastante guerra. Todas siempre nos hemos llevado bien, son una parte muy importante de mi vida.

Como ellas, otras amigas cercanas, a las que tal vez no veo tan seguido como a las del colegio, están ahí, saben que son muy queridas también y que, de igual manera, forman parte fundamental de lo que soy. Las amigas han sido un condimento más para el puchero de la vida, porque también su cariño le ha dado gusto y sazón, ha sido un complemento indispensable. La amistad es un

don maravilloso, el cariño de los amigos es una cálida caricia del amor de Dios y disfrutar de ellas alegra el alma. ¡Gracias!

... Fundir una barrita de mantequilla y dejar entibiar. De esta misma se habrá tomado un poco para untar el caramelo...

Mi mamá fue una amiga muy afectuosa y detallista. La manera de demostrar su cariño era de forma sencilla, con lo que tenía a su alcance, como un sabroso postre. Para quienes profesaba verdadera amistad, no escatimaba en nada, ni tiempo ni trabajo, si el resultado valía la pena. Todavía mantengo contacto con alguna de aquellas añejas amistades tuyas, como Carmen Gurtubay, disfruto platicar con ella y siempre me dice: "Chabelita era una señorona y entrañable amiga", le sigue guardando un gran cariño. Recordaba, en nuestra última conversación, tantos manjares que disfrutaron juntas de uno y otro lado; ella también sabía cocinar de maravilla, como doña Raymunda, su madre.

Otra incondicional y muy querida amiga de mamá fue Lolita González de Gómez, su vecina cuando recién llegada de Campeche. A partir de entonces entabló una estrecha amistad que perduró hasta el fin de sus días. Lolita partió con Dios algunos años antes que mamá. Ella fue mi madrina de primera comunión, siempre cariñosa y espléndida. Con el tiempo, su hija, también Lolita, y yo, continuamos la amistad. Dejamos de frecuentarnos durante algunos años, mientras los chicos y obligaciones nos llenaban la vida, pero de nuevo nos hemos puesto en contacto con el mismo cariño de haber experimentado juntas, desde la infancia, muchas vivencias.

... Agregar a la leche, con el pan y azúcar, seis huevos batidos y mezclar bien. Añadir almendras peladas y nueces, picadas ambas, también pasitas; como cincuenta gramos de cada uno de estos tres ingredientes...

Pensando en mamá, en su faceta de amiga, puedo asegurar que también lo fue para mí y de muchas maneras: estando ahí sin decir nada, era compañía y solidaridad; fue apoyo y solicitud; cuando necesité algo, siempre dispuesta. Me regaló muchos ratos de entretenimiento con la amenidad de su conversación, aún percibo su presencia, me parece estar viéndola en la silla blanca, aquella que le era confortable, en la que por las tardes se sentaba junto a mí cuando yo cosía, o por las mañanas mientras me arreglaba, ahí, muy cerquita, empezaba a platicar haciendo remembranzas de todo tipo con su voz mesurada, relatos con todos los pormenores, parecía que lo había vivido ayer. Su enorme capacidad de observación le ayudó siempre a recordar hasta el mínimo detalle, matizado de emociones. Escucharla era un deleite, no sé cuántas veces habré oído cada narración, pero lo hacía con tanto sabor, tan rico, que no cansaba, al contrario, me despertó la curiosidad de saber más datos de lugares y personajes.

Pocos años antes de que ella muriera, se me ocurrió, tarde ya, grabar sus conversaciones, pero no contaba con que mi grabadora no era profesional, sino una pequeñita. Su capacidad no alcanzaba a percibir con nitidez el tono de su voz, que por los años ya era bajo, suave. Fue entonces cuando decidí, para no olvidar lo que me platicaba, comenzar a tomar algunos apuntes de ello, no fueron tantos como me hubiera gustado, creí que siempre estaría mamá ahí para despejar mis dudas.

Tenía sembrada la inquietud de, en algún momento de la vida, recrear todo aquello que había escuchado desde niña. Se lo había dicho a mamá, aunque para ello cometiera la indiscreción de compartir secretos familiares tan celosamente guardados por ella.

... Ahora perfumar la mezcla con dos cucharaditas de vainilla y tres cucharadas de buen brandy. Agregar la mantequilla fundida mezclando todo muy bien, desde el fondo para que no se asienten los ingredientes...



No había ni plazo ni fecha, sólo el enorme deseo de hacerlo, grabado tan profundo en mi interior que, de repente, de manera inexplicable, de forma inconsciente, me encaminé a lograrlo. Como suele suceder en la vida, las cosas se van dando, se presentan y te atrapan:

“No es extraño [...] pregúntale a quien quieras. Las ideas tienen propiedades magnéticas, atraen pensamientos de otros, revelaciones súbitas, coincidencias inexplicables. En mayor o menor grado, todos hemos experimentado estas aparentes coincidencias...”<sup>1</sup>

Durante mi tránsito por la BUAP,<sup>2</sup> donde hice mis estudios universitarios tardíos, por una de mis maestras supe de la existencia de los talleres de autobiografía; era la primera vez que los oía mencionar. Pero fue por la amistad que llegué a este taller: de casualidad coincidí con Alejandra Montero en un desayuno, hacía años que no la veía, ocasionalmente en el colegio de los hijos, pero formalmente desde la adolescencia, cuando participamos en el grupo Viva la gente. Volvimos a platicar después de tanto tiempo. Ale me comentó el trabajo que desempeñaba, me habló de DEMAC, me magnetizó; en esos momentos yo había terminado de cursar la licenciatura, me faltaba el servicio social, así que me tomé la libertad de preguntarle si podía cumplir ese trámite con ella en la fundación, a lo que, muy amablemente me respondió que sí. Asistí como observadora participante en algunos talleres, poco a poco me fue atrapando el proyecto, cuando concluí el servicio social, decidí tomar el taller.

... Vaciar al molde acaramelado y tapar. Poner en una cacerola a baño María, también tapada. Dejar cocer, a fuego lento, por espacio de hora y media. Retirar y dejar enfriar en el mismo recipiente a la

<sup>1</sup> Gioconda Belli, *El pergamino de la seducción*, México, Booket, 2009, p. 33.

<sup>2</sup> Benemérita Universidad Autónoma de Puebla.

temperatura ambiente. Es preferible desmoldar al día siguiente para que no se rompa...

Aquí también estaba la amistad. Además de Alejandra, con Leonor y Josefina, mis amigas de siempre. Inicié el curso y coincidí con Yuri Méndez, Ericka Carmona y Esperanza Borrell, nos hicimos nuevas amigas. Mónica Díaz de Rivera, nuestra insuperable tallerista, que con enorme comprensión, corrigió un sinnúmero de veces mis escritos y, además, me permitió cultivar su invaluable amistad. Todas ellas me hicieron sentir muy arropada. Con enorme tolerancia escucharon, las veces que fue necesario, mis textos enmendados y pude, no sin dificultad al principio y, con su apoyo, dar rienda suelta a la historia que quería contar. Muchas gracias, amigas.

Mi enorme gratitud también es para otras personas muy importantes en el aliño del relato: Polo, mi hermano, quien me dedicó mucho tiempo revisando manuscritos, sumando información y conocimiento para hacer más fidedigna la narración. A Zoila Berrón Lastra, Josefina y Carmen María Rosado Lastra, queridas primas, por haber compartido la misma historia, y a Gudelia Abréu González por sus aportaciones y datos.

La escritura me ha permitido plasmar un maravilloso paseo por tantos años, tantas vidas y recetas que recordé y que poco a poco fueron dando forma a la mía, como los ingredientes de un guiso. El mejor sitio de reunión en una casa, el más cálido, es la cocina, el fogón, y ahí, preparando potajes y pucheros, reuní a todos los personajes de mi memoria, los invité para que cada uno me fuera contando su vida, animándolo con algún platillo que le evocara los recuerdos. Algunas de esas vidas las compartí físicamente y fueron piezas perfectas de mi mundo ideal; otras, las conocí a través de la voz de mamá o de las cartas del abuelo o por las charlas con Polo o con Carmen, pero me han acompañado siempre. Al traerlas de regreso al papel las he saboreado y me han hablado con

una voz nueva, me motivaron a investigar para saber más de ellas y conocerlas mejor. Me enriquecieron e involucraron a todo mi núcleo familiar al compartirles las historias que estaban dormidas.

... En el mismo molde, una vez retirado el budín, hacer una miel con una taza de azúcar y tres cuartos de taza de agua, hervir por tres minutos; perfumar con una cucharadita de vainilla. Cuando esté fría, bañar el budín... y ahora a disfrutarlo... ¡Buen provecho!

## BIBLIOGRAFÍA

- Belli, Gioconda, *El pergamino de la seducción*, México, Booket, 2009.
- Beteta, José Luis, *Viajes al México inexplorado*, México, Contenido, 1976.
- Diccionario Enciclopédico Espasa, t. 10, Madrid, Espasa, 1979.
- García Oropeza, Guillermo, *Viaje mexicano*, 2ª ed., México, SEP, 80, 1983.
- García Rivas, Heriberto, *Paraísos del sureste mexicano*, México, Posada (col. Duda semanal), 1977.
- Glantz, Margo, *Viajes en México. Crónicas extranjeras*, t. II, México, SEP/FCE, 80/34, 1982, pp. 586-622 (Arthur Morelet "De la Habana a Sisal").
- Hardy González, Arnulfo, *Palenque, pasado y presente*, Tuxtla Gutiérrez, Edysis, 2004.
- Hernández Pons, Elsa C., *Investigaciones arqueológicas en el valle del río Tulija, Tabasco-Chiapas*, 3 vols., Proyecto tierras bajas Noroccidentales/Instituto de Investigaciones Filológicas/Centro de Estudios Mayas, México, Universidad Nacional Autónoma de México, 1984.
- Highwater, Jamake, *Viaje al cielo. Stephens y Catherwood en busca del reino perdido de los mayas*, México, Edivisión, 1987.
- Josep Cusachs y el servicio militar en España, Madrid, Ministerio de Defensa, 2001.
- Lastra Lacroix, Francisco, *Crónicas para no olvidar*, México, ed. de autor, 2008.
- Los municipios de Chiapas, México, Centro estatal de Estudios Municipales/Secretaría de Gobernación/Gobierno del Estado

- de Chiapas (col. Enciclopedia de los Municipios de México), 1988.
- Pardo Valdés, Gustavo, La masonería en Cuba, <<http://www.vision-masonica.org>>.
- Tavera Alfaro, Xavier, Viajes en México. Crónicas mexicanas, t. II, México, SEP/FCE, 80, 1984.
- Sotelo Regil, Luis F., Campeche en la historia, t. 1; Del descubrimiento a los albores de su segregación de Yucatán, México, Imprenta Manuel León Sánchez, 1963.
- Soustelle, Jacques, México, tierra india, México, SepSetentas/Diana, 1980.
- Torres Cuevas, Eduardo, El proyecto independentista de 1868 y la masonería cubana, La Habana, Casa de Altos Estudios Fernando Ortiz, <<http://dialnet.uniroja.es>>.
- Von Hagen, Víctor, En busca de los mayas. La historia de Stephens y Catherwood, México, Diana, 1979.
- Yourcenar, Marguerite, Memorias de Adriano, Barcelona, Planeta, 1998.

#### PÁGINAS WEB

- <http://www.catazaja.gob.mx>  
<http://www.ecured.cu>  
<http://www.uh.cu/historia>  
<http://www.uvs.sld.cu>

Graciela Enríquez Enríquez  
coordinó esta edición de 1 000 ejemplares

El cuidado de la obra estuvo a cargo de  
Yvette Couturier

Se terminó de imprimir en septiembre de 2013

Diseño gráfico editorial  
Solar, Servicios Editoriales, S.A. de C.V.  
Calle 2 núm. 21, San Pedro de los Pinos  
03800, México, D.F.  
55 15 16 57

En la composición se utilizaron tipos  
Baskerville en tamaños  
9, 10, 11, 13, 16 y 24 puntos

Editado por  
DEMAC